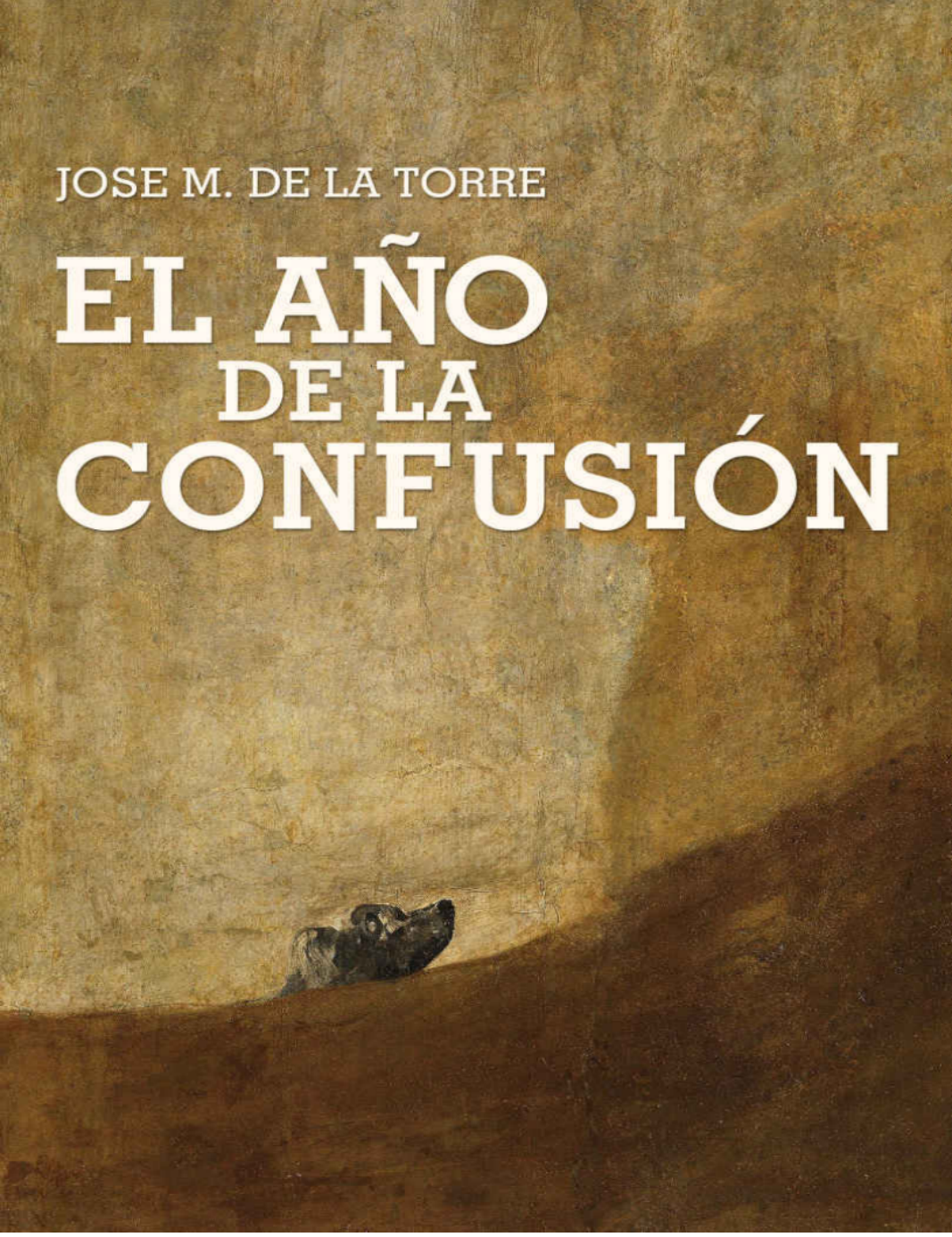
JOSE M. DE LA TORRE

# EL AÑO DE LA CONFUSIÓN



# EL AÑO DE LA CONFUSIÓN

Copyright © José M. de la Torre 2022 josemdelatorre@gmail.com

José Manuel de la Torre nació en 1977 en Tarragona. Estudió Historia del Arte en la Universidad de Barcelona y el Máster en Edición Global en Español de la Universitat Pompeu Fabra. Vivió cuatro años en Berlín y actualmente vive en Budapest. En 2015 publicó *Adictos a las Sombras* (Editorial Laertes).

Diseño de cubierta: *Perro semihundido*. Francisco de Goya (1819-1823). Diseño gráfico: Botond Nagy.
José M. de la Torre

# EL AÑO DE LA CONFUSIÓN

*A Sara y Jordi There are no pessimists; there are only realists and liars Paul Virilio*
*Intentarlo es el primer paso hacia el fracaso Homer Simpson*

PRIMERA PARTE EL PERRO DE CIORAN 1

Veo a Hugo alejarse con pasos lentos y los brazos caídos hacia la puerta del hotel, y no sospecho que será la última vez, ni que al cabo de unos meses empezaré el relato de los más de quince años que llevaba encerrado, tras tomar la decisión de recluirse para siempre en el piso familiar y negarse a trabajar, aunque ese relato sea imposible. Cómo cuentas la historia de alguien que ha resuelto quedarse en casa toda su vida, cómo narras a quien se ha negado a sí mismo la narración y quiere vivir solo dentro de su mente; cómo haces avanzar la acción de alguien que la rechaza, la evolución de quien se queda quieto, la dinámica de lo estático. Cómo urdes un relato con el progreso narrativo de un diccionario. Quedarme de pie ante el ascensor de aquel hotel y verlo alejarse fue tal vez la premonición de un final que no advertí entonces y que ahora me propongo fabricar antes de irme, de desaparecer.

Crees que sabes por qué un día decides irte. Buscas razones, excusas, motivos. Culpas a las circunstancias de forzar la huida. Pero esa no es la verdad. Decides irte y no sabes por qué. Los motivos pueden ser tan vagos como la aventura, el hastío o la demasiada juventud. El acto de decidir es misterioso. Hay estudios que demuestran que en el momento consciente de tomar la decisión en realidad ya estaba tomada. No hay razones para huir. O solo hay una, definitiva y confusa, como un mosaico de monitores que ofrecen diferentes contenidos dejándote aturdido, inerme, sin ser capaz de fijar la atención en ninguno de ellos pero sin poder dejar de mirarlos todos a la vez. El final de esta historia es lo único claro; es aquí y ahora, porque el tiempo presente siempre es el único final posible. Soy yo escribiendo esta página que no sé si acabaré; siempre he sido perezoso y nunca he escrito nada que tuviera que ver conmigo mismo, nada aparte de eslóganes, informes y redacciones en mi trabajo de publicista. Si logro vencer mi pereza natural seguiré escribiendo y contaré por fin la historia del accidente y la historia de mi hermano Hugo, que es también la mía.

Todo empezó con notas que iba apuntando en momentos dispersos, siguiendo la recomendación de un psicólogo al que dejé de acudir hace meses. “En cuanto se te ocurra algo que te parezca significativo

para nuestro trabajo, anótalo; que no te importe dónde ni con quién estés, saca la libreta, o el teléfono móvil, escribe un apunte, algo que te permita acordarte más tarde de lo que te ha venido a la cabeza, y del porqué". Según él, la terapia no es algo que deba limitarse a una determinada hora a la semana, sino algo que debe estar siempre en la mente. Debes esforzarte en verte desde afuera y analizar lo que recuerdas, lo que sientes en ese momento, el pensamiento posterior, la emoción que provoca, la persona que aparece en tus asociaciones mentales. Su charloteo no tardó en agotarme, ya lo conocía bien por mi trabajo en publicidad (apela a la emoción del consumidor, suscita recuerdos enterrados, miedos, deseos inconfesables). Llené varias libretas de pensamientos, recuerdos, emociones, opiniones y de lo que en jerga psicológica se llama asociaciones libres, es decir, todo lo anterior pasado por una centrifugadora. Las notas podían tener que ver con personas, conocidas o no, muertas o vivas. También anotaba impresiones sobre una película mala, la descripción de las piernas de una mujer en el metro, una ocurrencia, un chiste. Recuperaba recuerdos dolorosos que ya creía olvidados. Cabía todo. Como si me hubieran dado un tiempo limitado de vida, empecé a anotar mi pensamiento inconexo en pequeñas libretas azules. Garabateaba y era como amontonar las piedras de una casa en ruinas sin tener el plano para reconstruirla. Lo que fue un hábito más tarde se convirtió en necesidad, y terminó por ser un vicio. Me objetivaba sin juzgarme. Me desdoblaba en observador y observado en una entomología introspectiva, y eso me permitía crear un vacío, un hueco por el que sacar un tubo del agua turbia y respirar. El terapeuta quería contar con material psíquico con el que trabajar en cada sesión, para entender quién era yo: mis fobias, mis prejuicios y mis perversiones, pero su desmayada inercia profesional me hacía sospechar que era un timador libando la desorientación ajena, siempre reconcentrado, incómodo en el sillón de cuero, con expresión satisfecha, indagando en las pistas clave que certificarían mi personalidad insana. Tiempo después de acabar la errática terapia psicológica —sin resultado alguno— sigo apuntando, pero no había tenido la necesidad de escribir algo coherente hasta ahora, cuando Hugo ya no está.

Antes todo lo que necesitaba era vomitar el pensamiento. No necesitaba análisis; a veces releía las notas, otras no, nunca pensaba demasiado sobre ello. Las libretitas azules me ayudaban a no querer comprender. Ahora lo que me impulsa a escribir es intentar reconstruir la casa en ruinas, aunque sea sin plano, porque es la única forma que encuentro de concluir la historia de mi hermano, que también es la mía. 2

Oí una vez que hay dos tipos de personas: las que dividen a los demás

en dos tipos y las demás. Yo pertenezco al primer grupo, y divido a los demás en quien huye y quien se queda, salvo en el caso de Hugo, para quien la forma de escapar fue quedándose; el destierro íntimo, el exilio interior, el tópico nunca aplicable para él, que siempre fue un rizador de rizos, una oveja verde, aunque no sé si alguna vez sospechó que su huida fuera a durar tantos años. Yo, más insulso, en la división personal formo parte de los primeros, porque en el pasado hui varias veces, como planeo huir ahora, y adquirí una especie de inmunidad al escapismo. La primera deserción duró apenas una noche y sin embargo todo cambió desde entonces. Sucedió en esa época de la vida en que tener tan poco que perder y tantas ganas de cambiarlo todo lleva a cometer tales estupideces que no se puede más que mirar hacia atrás con indulgencia, como no reconociendo a la persona que las hizo, que es uno mismo. Todo sucedió de repente. No es que el tiempo importe demasiado de todas formas, porque lo que ocurrió podría haber pasado tanto antes como después, pero una sola vez, y fue precisamente entonces. Algo se transformó en mi interior, y la visión que hasta entonces tenía de la vida cambió. No mejoró. Tampoco empeoró. Simplemente, se modificó. Es posible que sea lo único de lo que estoy seguro a estas alturas.

A los veintipocos años mi vida se había convertido en una farsa prematura. Dedicaba el tiempo básicamente a no hacer nada, o nada de lo que comúnmente en la familia se consideraba *provechoso* o *práctico*; todavía hoy evito pronunciar esas dos palabras. Había pasado los años anteriores estudiando una carrera que aún no había logrado acabar y que solo inicié para poder irme (otra huida) de la mediana ciudad levantina de provincias donde vivía, cuyo nombre voy a obviar cervantinamente. Baste decir que es de tamaño medio (unos doscientos mil habitantes), marítima, portuaria, fea, turística en verano y desesperantemente gris e impersonal en invierno, industrial, mezquina y con ese orgullo local que tienen las poblaciones poco dignas y poco significativas. Tras un corto periodo en Barcelona intentando mantenerme con trabajos tan repetitivos como penosos (repartidor de periódicos, encuestador, montador de escenarios para verbenas de barrio) y perdido el último empleo, con unas perspectivas cada vez más negras en una ciudad tan grande como insolidaria y con mis sueños improbables de adolescente tardío ya traicionados, mi padre, ante mi apatía, tomó por mí la determinación de que lo mejor era que regresara, y lo hizo de la única forma en que podía, y además de la más efectiva: no ingresándome más el dinero que hasta entonces me asignaba mensualmente (en cualquier caso, mi actitud fue de mansedumbre ante las pobres perspectivas). Trabajaría en la promotora de Solanas, uno de sus clientes, un agente inmobiliario que

había hecho fortuna construyendo promociones de viviendas pareadas en la época en que construirlas garantizaba ganar mucho dinero, y ganarlo rápido. A mi padre, abogado especializado en Derecho Mercantil, más que deberle favores, le debía su éxito en innumerables negocios y me contrató sin ni siquiera pensárselo, como prebenda familiar. Así que allí estaba de nuevo, con un cómodo trabajo sin excesivas responsabilidades, con algo de dinero, un coche para mi uso exclusivo y todo el tiempo del mundo. Aquella recuperada comodidad perdida, aquel aburguesamiento adquirido tras las penalidades sufridas, me devolvió una dignidad ficticia, zalamera. Me pareció una lógica evolución en la narración de mi vida (que la vida no sigue ningún guion establecido lo aprendería bastante más tarde). Sin embargo, había algo que subyacía y que no sé explicar. Una sensación mental de bajo continuo que me invade en ocasiones, como el sonido de una nevera vieja en plena noche, algo que me infecta como un virus y que toma como huésped una parte mía entre consciente e inconsciente, una especie de voz muda y sin embargo muy presente, persistente, que quiere hacerse oír; me gusta imaginar que me previene contra algún peligro difuso, aunque tal vez me avise de algo ya irreversible, como el gesto de quien se agarra fuerte al volante antes de un choque inminente. Durante aquellos meses de entumecimiento oí la *no voz*. Como de costumbre, hice caso omiso.

Ir a trabajar, beber cerveza con los amigos, volver a casa y salir los fines de semana a emborracharme. En eso me ocupaba, y en intentar pensar lo menos posible. No tenía novia ni grandes planes. Viajaba poco. Culpaba a mi pequeña ciudad estrecha de miras y a su ambiente taciturno de coartar mis posibilidades. Culpaba a lo que me rodeaba de mi propia mediocridad. Me sentía estafado e impotente. Pero uno no puede culpar a nada ni a nadie de su propia mediocridad. Hay que aprender primero a aceptarla y después sacarle partido, porque solo la existencia de los mediocres permite a los excelentes existir, los cabrones nos necesitan, y una vida mediocre es en todo caso preferible a una vida de mierda. Eso lo aprendería, también, bastante tiempo después.

Hubo algún que otro signo de aviso. Un jueves, un par de semanas antes de lo que ocurrió, cogí una de las mayores borracheras de mi vida. Tras un día como tantos otros, salí por la noche a tomar copas con Hugo. Fuimos a *Le Fou*, el pub que más nos gustaba por entonces, con luz tenue de velas sobre las mesas, música *rock* sonando muy alta y cuadros de grandes clásicos del cine colgados en las paredes. Aquella noche las canciones zarandeaban mi ánimo y lo desordenaban entre la melancolía y la ira injustificada. Me quedé mirando el póster de *El ataque de la mujer de cincuenta pies*, una peli antigua de serie B,

hipnotizado por aquella mujer enorme y sexual, los coches estrellándose en un paso elevado como de *Scalextric* entre sus piernas flexionadas y larguísimas, tenía uno en la mano y la gente huía despavorida sin saber hacia dónde y yo, sin saber por qué, lo decidí. Aquella noche iba a beber. Más de lo que lo había hecho nunca.

—Hugo, hoy me emborracho —me palpé el bolsillo en busca de dinero. No tenía—. Déjame dinero.
Ahora ya estaba preparado. Pedí el primer *whisky* con cola, que es lo que bebía por aquel entonces. Me lo bebí de un solo trago. Pedí el segundo. Otro trago bastó. Bebí seis copas durante la primera media hora. Hugo sonreía sardónico, entre sorprendido e incrédulo. Me tomaba por loco. Lo último que recuerdo de aquella noche de brumas es estar bailando solo y a mi hermano intentando sujetarme porque ya cerraban el bar y que caímos los dos al suelo, rompiendo una mesa. Lo que siguió lo supe por él y algunos amigos que nos fuimos encontrando más tarde, porque la noche no acabó ahí. Quise orinar en el lavabo de mujeres de uno de los bares del puerto deportivo, tuve la intención de mostrar el pene en público, reí, grité, besé a una chica a la que no conocía de nada, intenté dar un puñetazo en la cara de alguien que solo me había apartado ligeramente para poder pasar entre la multitud (fallé), en algún momento incluso fui capaz de llevar una conversación normal (o que yo creía normal, según Hugo) con una camarera que me volvía loco. Al día siguiente me desperté con la camiseta desgarrada, el interior de la boca con la textura de una lija y con la sensación de que el estómago estaba vibrando y centrifugándose como una lavadora vieja. Recuerdo que lo primero que pensé fue, “No sé lo que hiciste ayer, pero la liaste. Y mucho”.
Otro de los signos premonitorios de aquella primera huida no se refiere a ningún acontecimiento concreto o explicable, sino que tiene que ver con una percepción algo distorsionada de lo que me rodeaba por entonces. El trabajo que hacía para Solanas era, y en esto exagero, poco exigente. Consistía en esperar en la caseta de ventas a que alguien llegara interesándose por alguna de las viviendas de muestra ya acabadas. La mayoría de los días nadie se pasaba por allí. En una urbanización todavía a medio edificar, la maquinaria y los cimientos de hormigón se erguían indiferentes e implacables sobre la tierra seca y levantada por la retroexcavadora. Aquella garita prefabricada de poliuretano, sin aire acondicionado, se me tornaba en templo del letargo, y en vez de estudiar las asignaturas que aún me quedaban para acabar la carrera de Filología Hispánica, no tardaba en sucumbir al aburrimiento y la divagación. Aquellos terrenos a medio construir, aquel solar perdido en el flanco de una carretera comarcal, el sol y el calor, me minaban, me disminuían entre los parajes más inhóspitos

del mundo. Era una sensación turbia, desalentadora, triste. Estar allí solo durante tantas horas provocaba en mí una sensación de vacío que me recordaba la sensación de sentir hambre cuando se tiene fiebre, está ahí, y no te apetece saciarla. El sopor del tiempo pasado allí era agotador. A la vuelta, preso de una estupidez demente, conducía muy deprisa por carreteras trilladas, alucinado, y cuando por fin llegaba a casa me tumbaba en la cama en silencio con los pensamientos contaminados del polvo, el viento y el silencio excesivo.
Ocurrió un jueves, al cabo de una semana tras la borrachera mítica, tal vez de dos. Esa tarde estaba tomando una cerveza en una terraza con uno de nuestros amigos de entonces, Santiago Peralta, el Piri (era raro en aquella época quien no tenía un mote o, como mínimo, una apócope). Las cervezas iban cayendo poco a poco, esta vez sin excesos. La conversación fue derivando en lo que siempre derivaba por entonces, la desazón vital, el absurdo existencial, la hipocresía social, en definitiva, el asco que nos daba nuestra vida de adolescentes tardíos. ¿Cómo hemos llegado a ser tan conformistas? Era la pregunta de la que no lográbamos escapar, la cuestión que suele aparecer entre la época de idealismo adolescente y la mitad de los veinte, cuando se empieza a vislumbrar cómo son realmente las cosas, la pregunta que intenta expresar la exasperación de una rebeldía yerma que se transformaba en una queja eterna condenada a no ser escuchada nunca y que así se quedaba, en lamento, lo cual nos provocaba un abatimiento aún mayor. Creo que fui yo el que lo dije. “Pues si no estamos de acuerdo con nuestra vida ni con lo que hacemos, ¿Por qué no rompemos con todo? ¿Por qué no nos vamos de este país de mierda?” Se hizo el silencio. El Piri dijo lo que se espera que se diga en un momento así, y que yo debiera haber confirmado. “Ya, lo que siempre se dice, y luego no hacemos nunca nada”, pero a la vez que él pronunciaba aquella frase yo supe que lo iba a hacer. Todavía hoy me pregunto cómo de una situación en apariencia tan banal y cotidiana y en menos de un minuto pude tomar semejante decisión, sin pensarlo, sin preparación. Hacer la maleta e irme, sin motivo evidente. Me iría aquella misma noche, a París, allí tenía algún amigo que me podía ayudar a empezar una nueva vida. Ante la estupefacción del Piri, cuya presencia volví a notar tras ese minuto límbico, casi metafísico, me dispuse a ir a casa, preparar un equipaje con lo más indispensable y tomar un tren hacia París, en busca de un cero desde donde partir, en busca de la libertad.

No encontré la libertad, sino la realidad. Una realidad que era aún peor de lo que había imaginado. Me encontré con todo aquello que ya estaba en mí y me negaba, con todo lo que quería evitar ser, pero era. Mientras revolvía ropa en los cajones, mi hermano Hugo me

observaba desde la esquina del cuarto, apoyando el hombro en la pared, con ese halo suyo en el que postura se fundía con actitud, en silencio. —¿Qué haces? —me dijo.
—Las maletas, ya lo ves. Me voy a vivir a París —yo ya sabía lo

que Hugo me iba a decir entonces.
—No seas idiota, anda. Vete a dormir la mona, mañana hablamos, esto no tiene sentido, y lo peor es que lo sabes.
—Yo me voy. Y tú deberías animarme o venirte conmigo, teniendo en cuenta las bullas que tienes en esta casa.
—Vale, haz lo que quieras. Me voy a ver la tele —dijo Hugo, alejándose.
—Eres un gilipollas.
Al cabo de una hora salí de casa. Estuve bebiendo cervezas toda la noche y tomé el tren al amanecer. No recorrí más de cien kilómetros. Entonces, cuando la claridad desvelaba el cansancio en mi cara y empezaba la resaca, supe que aquello era imposible, un sueño que
yo creía lúcido y que disfrutaba distraído justo antes de darme cuenta de que se me estaba convirtiendo en pesadilla, como transgredir una norma, como una lata de cerveza que abres ansioso y que no puedes beber porque estaba agitada y se derrama, no sabes qué hacer con ella,
la espuma entre los dedos y cayéndose en la alfombra. No tenía apenas
dinero. No sabía qué iba a hacer. Ni siquiera estaba seguro de querer hacer lo que estaba haciendo. Una cobardía de la que acababa de tomar
conciencia brutalmente me lo impedía. Me bajé en la estación de un pequeño pueblo costero, vacía, desierta, provinciana, real, y ahora pienso
que extraordinaria y de una inexplicable belleza precisamente porque en aquel momento, teñida por aquel amanecer metálico, rodeado de trenes de mercancías de color ocre roídos por el óxido, tan quietos que asustaban, me pareció un lugar infernal, la metáfora cruel de unas rejas
imaginarias que yo mismo había forjado. Dispuesto a esperar al siguiente
tren que me llevara de vuelta a casa, aguardé derrengado en un banco. La desolación más grande que había sentido nunca se adueñó de mí por completo. Más tarde le comenté a mi hermano cómo había llorado, sollozando como el niño que me resistía a dejar de ser, sin objeto, sin memoria, un ser herido, humillado e irracional, pero sintiéndome más

vivo de lo que me había sentido en meses, tal vez en años.
Estuve en silencio cinco días, sin salir de casa, tumbado en la cama sin fuerzas ni siquiera para cambiar de cara la cinta de casete TDK
90 que contenía el *Unknown Pleasures* de Joy Division que Hugo me ponía una y otra vez, como un Prozac estético. Mis padres decidieron dejarme en paz, situación recurrente desde que cumplí los quince años.
Al explicárselo todo a Hugo semanas más tarde me dijo: “No creo que llorases, David. De hecho, estoy seguro. No lloraste. Eres demasiado orgulloso para llorar en público”. No le respondí.
3

*I was moving through the silence without motion, waiting for you, in a room with a window in the corner I found truth*
*Joy Division*

*Unknown Pleasures* fue el primer disco de Joy Division, y los miembros de la banda detestaron cómo sonaba tras la fase de producción. Demasiado sintetizador, demasiado estilizado, ellos querían ser *punk,* como los Sex Pistols, como los Buzzcocks, pero estaban destinados a ser *post-punk* en un Manchester claustrofóbico y brumoso, hipertrofiado de bandas de *rock* y de *northern soul* y una mezcla de arrabales mugrientos y nuevos edificios residenciales de arquitectura brutalista. Una urbe donde la modernidad se definía en relación con el hormigón, que metastatizaba su degradación. Mala suerte, Ian, te tocó ser el primer oscuro, el primero que al querer decir *que os jodan* nota que en realidad de su boca salen las palabras *estoy jodido*. El disco cayó como una losa funeraria en la escena musical británica, pero fue un éxito relativo, y creó tendencia. Fue un golpe dramático encima de la mesa tras la desorientada sicodelia setentera y el latigazo *punkarra* rabioso y efímero de tachuelas, parches, esvásticas, pogos, crestas y escupitajos a la cámara. Aquellos nuevos grupos ingleses ennegrecieron las melodías y densificaron la lírica como nunca antes en la historia de la música popular. Fue en abril de 1979. Un par de años más tarde nacía yo en un hospital con nombre de Virgen rodeado de fábricas que a horas determinadas olían a queso fuerte. Ciudad de puerto industrial, de químicas y de cuarteles. Frente a nuestro piso de entonces había un conjunto de edificios militares desde los que ya muy temprano se escuchaban la corneta y las onomatopeyas marciales, y abajo estaba el Bar Barón donde por las tardes los reclutas con cara de resaca y de abulia compraban tabaco, comían bocadillos y bebían infinitos quintos. Manchester era parecida en su feísmo pero con mucha más lluvia. Recordando cómo era la ciudad entonces, aún me sorprende que aquella música nos llegara tan poco tiempo después de la dictadura de bigotes poblados, coñac y grupos

verbeneros, y de la histriónica e insufrible movida madrileña, y que calara persistente y callada como la lluvia inglesa. Para mí no hubo elección, siempre fue una música impuesta por la tradición heredada, aunque en mi caso no fue por Juan, nuestro hermano mayor, sino a través de Hugo, pero ahora no me imagino el pasado sin aquellos discos. Joy Division, The Cure, Sisters of Mercy. Bandas inglesas que nos salvaban de nuestra paletería y nos redimían las tardes de complejos. Lo que no imaginábamos es que aquellos grupos se sintieron en sus comienzos igual de provincianos que nosotros.

Nunca he sabido cómo o a través de quién le llegó esa música a Hugo, pero empezó a escucharla muy joven, con doce o trece años. Sin duda le impresionó el magnetismo trágico de Ian Curtis, un poeta maldito y urbano, muy joven como él, lúcido y serio, que se expresaba en el escenario vestido con atuendo sobrio de oficinista a través de un baile que evocaba su propia epilepsia, los ojos enajenados. Nunca llegó a ser ni siquiera adulto, en la acepción social de la palabra, como tampoco lo ha llegado a ser mi hermano. Morrison, Joplin, Hendrix, Cobain. No formó parte del club de los que murieron a los veintisiete; Ian Curtis fundó el de los veintitrés y fue su único miembro. A esa edad se colgó del tendedero de la ropa en su pequeño apartamento de Macclesfield. Al día siguiente tenía previsto volar a Estados Unidos para su primera gira con la banda.

*Rendido al instinto de conservación de otros que se preocupan solo por sí mismos. Una ceguera que roza la perfección, pero duele, igual que todo lo demás.* Esas eran las letras que escribía Ian Curtis, y me doy cuenta de que podría haber sido la versión lírica de alguna de las reflexiones que Hugo ya elaboraba a los quince años, sin importarle quién tuviera delante. Nadie debería haberse sorprendido de lo que sucedió después. Me gustaría pensar que lo que me propongo escribir es la historia de mi hermano. También será la historia del accidente y de lo que pasó tras él, incluso puede que escriba sobre lo que pasó antes, porque creo que tal vez sea una forma de acercarme a él o de entenderle, y puede que sea la única de entender algo sobre mí mismo, o tal vez de dejar de guardarle rencor, si es que se lo guardo, porque no lo sé. Puede que sea la única forma de pagarle lo que le debo, si es que le debo algo, de lo cual tampoco estoy seguro.

En los recuerdos más antiguos que soy capaz de alcanzar, él siempre está presente. Él era con el que jugaba, con el que volvía del colegio, el que me protegía de los hijos de puta que me querían pegar, el que me pegaba en ocasiones, con el que veía la televisión (los programas que él escogía), el que me contaba historias por las noches mientras mis padres se gritaban en el comedor. El que me contaba sus sueños,

pero sobre todo el que me relataba sus pesadillas. Ahora que todo ha pasado, y que él ya no está, trataré de entender lo que hasta ahora no he podido. No he encontrado mejor forma de hacerlo. Me asombra la capacidad de la gente para superar el pasado, no pensar más en lo que quiera que les haya obligado a plantearse la existencia hasta sus mismos cimientos y seguir hacia adelante. No entiendo cómo simplemente olvidan, dejan que muera, o matan, lo que no pueden entender o lo que ya no les sirve. A mí esa táctica no me funciona, a mí las cosas siempre me vuelven, me absorben, me controlan y me atan. Siempre ha sido así. Recuerdo que cuando tenía unos cinco años un compañero de colegio, durante una excursión, cortó un diente de león, una especie de flor silvestre esférica y de hojas tan livianas que parece irreal que se mantengan unidas, y me dijo que soplara fuerte mientras la sujetaba delante de mí. Soplé con fuerza y sus hojas diminutas desaparecieron. Entonces me dijo que si no encontraba otro diente de león en el plazo de cinco minutos moriría. Ni siquiera me planteé si creerle o no, presa del pensamiento mágico que hace que los niños de cinco o seis años puedan creer a la vez en los Reyes Magos y en una muerte súbita y espantosa. Me puse frenéticamente a buscar, internándome en el bosque, corriendo, jadeando, mirando desesperado en todos lados, con el corazón punto de estallar. Ni siquiera sé si al final encontré la flor, lo único que quedó es la sensación de horror, que se prolongó durante varios días. No podía dejar de pensar en ello, intentando encontrar la lógica de lo que había sucedido, explicarme la crueldad del compañero y lo ilógico de la reacción que tuve. La ansiedad solo remitió cuando mi madre me dijo que lo único peligroso eran las setas venenosas, calmándome con un comentario improvisado mientras me sonreía y me preparaba la merienda. Imagino que estar recordando el episodio treinta años más tarde da una idea de mi fragilidad en aquellos años, de mi temperamento quebradizo y vulnerable de niño consentido.

A Hugo jamás le ocurrió algo ni remotamente semejante. Él es un inventor de bromas mortales y un inventor de pesadillas, aunque nunca lo hiciera para divertirse o darse importancia, no por falta de crueldad, de la que era muy capaz, sino porque conocía perfectamente la reacción que el conejillo de indias iba a tener, lo que hacía que inmediatamente perdiera el interés. Solo le hubiera resultado interesante si la persona en cuestión que fuera a ser objeto de su broma le hubiera parecido apropiada y merecedora, todo lo consideraba siempre como un experimento del que aprender algo que de todas formas no le interesaba demasiado. Él jamás desempeñó papeles, ni consigo mismo ni con los demás. Es como si se le hubiera concedido un yo de acero innato, como a quien se le otorga un

talento, una prometeica arma de doble filo. Donde los demás jugábamos siempre a ganar (lo cual conllevaba inevitablemente la posibilidad de perder) y con ello exponíamos nuestra debilidad, él se mantenía firme, entero e íntegro, lo que provocaba en los otros miedo y rechazo. Nunca le interesaron los deportes ni la competencia, decía que la decadencia segura de un número uno es la más dolorosa, mucho más destructiva y humillante que la indolencia del mediocre. Eso le hizo adquirir, desde que se formó su personalidad, una respetabilidad entre sus congéneres, un saber estar del que él de todas formas nunca fue consciente, o si lo fue ni mucho menos había cultivado, y no solo estando rodeado de los niños de su edad, sino ante los adultos, que al observar sus reacciones y sus comentarios sarcásticos o burlones solo podían reír para tratar de disimular su perplejidad, o hacer algún comentario a mis padres del tipo *joder con el niño*. Hugo entonces se metía las manos en los bolsillos y chutaba una piedra, o seguía comiendo, o simplemente seguía mirando fijamente a su interlocutor, con aquella expresión lacónica, consciente de estar aumentando la incomodidad de su víctima, regodeándose en la estupidez de la que le había hecho tomar conciencia. Yo entonces sentía un orgullo infinito, y creía que mi hermano era el héroe que a mí me hubiera gustado llegar a ser, y que ya no quiero ser.

4

"Está loco. Tu hermano está loco". Me encontré con Alberto durante la pasada noche de fin de año y eso fue lo primero que me dijo cuando le hablé de Hugo; yo asentí con una media sonrisa, pero omití su ausencia. Le conté que se había pasado los últimos años componiendo música, estudiando física cuántica e intentando resolver la conjetura matemática de Legendre en casa de mis padres. Se lo comenté como si hubiera sido algo singular o contingente, pero lo cierto es que Hugo nunca salió de allí. Jamás tuvo la más mínima intención de hacerlo. Me había encontrado con Alberto el lunes anterior, pero no habíamos podido hablar, yo tomando un café, leyendo prensa deportiva en una terraza y él de pasada, intentando desmentir con su actitud amistosa la sorpresa y a la vez la contrariedad de nuestro encuentro, que le provocaba un fastidio evidente y casi visible (en una ciudad de tamaño medio, ese tipo de situaciones son muy habituales); con prisa, con los ojos muy abiertos, sospecho que en otro lugar en realidad, embutido en su traje gris de H&M y su corbata amarilla dispuesto a encontrarse con uno de los clientes de la aseguradora para la que trabaja; tampoco le pregunté más, nunca me ha interesado qué tipo de seguros ofrece, vende, o gestiona. Para Alberto la vida es una narración lógica, lineal y conocida de antemano en la que él se encuentra, en orden cronológico, en la secuencia tres de un total de

seis *edades del hombre*. Si una vida es nacer, crecer, procrear, madurar, envejecer y morir, su momento actual es el destinado al trabajo y a la cría. Casado con su novia del instituto, con un niño de dos y —creo que me dijo— una niña en camino, no hay para él más planteamiento posible que el de ofrecer, vender o gestionar seguros, llevar dinero a casa y mantener en su matrimonio el mínimo (y máximo) nivel de rutina indispensable para no pensar en hacer ninguna tontería ni plantearse posibles opciones, salvo (según rumores fiables) alguna visita furtiva, etílica y culposa a algún piso de putas discreto, con *variedad de género*, nunca a un burdel, en las ciudades pequeñas solo van a los burdeles los forasteros o los descerebrados. Alberto es el ejemplo perfecto de lo que Hugo más despreciaba; lo cotidiano, lo acomodaticio y el trabajo de nueve a cinco; Hugo personifica una versión sobria e ibérica de Bukowski, "la esclavitud nunca fue abolida, solo se amplió para incluir todos los colores".

No siempre fue así. Hugo y Alberto nacieron con seis días de diferencia, y fueron amigos íntimos durante los años del colegio y del instituto, doce en total. Formaban parte de uno de los grupos respetados de los Salesianos. Corrían los años ochenta. Yo soy cuatro años más joven, así que siempre los vi con una admiración desmesurada, casi mitológica. Eran héroes, nadie era capaz de plantarles cara, imponían respeto, leyes, temor físico y de clase, rangos que se establecían por la presencia y la apariencia física en la presentación ante la micro sociedad escolar, y por la astucia, la agresividad y la crueldad en los conflictos entre los alumnos. Tras una infancia uterina en la que yo pensaba que el mundo era un lugar cálido e inviolable, para mí se volvió un lugar muy real a partir de los siete años, que es cuando tomé conciencia de lo que asegura el asesino de la película *Zodiac*. El hombre es el animal más peligroso de todos.

"Es una historia natural de dolor, querer sin motivo, sufrir siempre, luchar de continuo, y después morir... Y así sucesivamente por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se haga trizas". Años más tarde, en la universidad, en las tardes de siesta, porros, películas y lecturas dispares me topé con esa frase de Schopenhauer y se me reveló como una verdad irrebatible. Hugo lo supo mucho antes. En el colegio empecé a comprender el conflicto entre lo que yo deseaba y lo que se oponía a mis deseos, para empezar, un afán exagerado por agradar a los demás. En casa siempre había sido el hijo tolerado; ni siquiera me veían en comparación con Juan —mi hermano mayor— y Hugo. Yo era el protegido, el indultado, y si me comparaban con ellos, juzgaban que yo era mejor, sencillamente porque era más pequeño e inofensivo. Las peleas eran constantes entre ellos. Yo, al ser mucho más joven, vivía en un mundo acomodado y fácil, hecho a mi medida

por mí mismo y para mí mismo, ya que por edad no podía entrar en la red de egolatría y mezquindad que empezaba a formarse entre mis dos hermanos mayores, entre ellos y mis padres (sumado a la discordia que ya se había formado desde hacía años en la relación entre mis padres) ni comprender la desolación y la angustia que esa mezquindad provocaba. Cuando mis hermanos se daban patadas en la espinilla, se mordían hasta hacerse sangrar o se metían los dedos en los ojos mientras mi padre se desabrochaba el cinturón, yo estaba en el cuarto jugando con los *Geyperman* que había heredado de ellos, dibujando a *Son Goku* con rotuladores de colores o viendo series en la tele, oyendo los gritos distraído, como un osezno oye los bramidos de los osos adultos en una reyerta a zarpazos por los favores sexuales de una hembra receptiva.

Mi entrada en el primer año de colegio lo cambió todo. Fue como volver a nacer en un mundo hediondo y hostil, en el que los demás niños eran seres aborrecibles y desagradables, adversarios inútiles en una guerra diaria sin objetivo y sin rumbo en la que los profesores desde luego colaboraban, si no por acción, en cualquier caso por omisión. En los ochenta el castigo físico era todavía la norma general y el terrorismo era utilizado sistemáticamente en los centros educativos —sobre todo en los religiosos— como un arma imprescindible de control, disciplinaria y disuasoria. Recuerdo bofetones con la mano abierta en los labios, tirones de pelo, de piel y de lóbulos de oreja, golpes con los nudillos en el cráneo y estar durante horas, con ocho años, de pie o de rodillas. Recuerdo cómo uno de los hermanos expulsó a un compañero de clase diciéndole: “vete, Satanás”, lo que era a la vez una amenaza y un exorcismo.

Mi única ventaja era que yo tenía dos hermanos mayores en cursos superiores, lo cual en aquel centro prácticamente era un blindaje ante los ataques arbitrarios, aunque hubo alguna excepción. Físicamente yo nunca fui gran cosa, era delgaducho y de corta estatura para mi edad, débil y reflexivo, responsable, demasiado estudioso y obediente como para plantear una defensa efectiva ante los más cabrones de mi curso. Y había muchos. Como en las películas de mafiosos, hay quien *lo* tiene y hay quien no, y yo no lo tenía, lo que hizo que concitara la violencia. Con nueve años, uno de los chavales de la clase me cogió una inquina injustificada; yo nunca había hablado con él, jamás habíamos tenido la más mínima relación o conflicto ni cruzado más de dos o tres palabras en la clase; sin embargo, todos los días al bajar del autobús de vuelta a casa se plantaba delante de mí y me empujaba; a veces solo una vez, a veces varias. Yo le preguntaba por qué lo hacía, intentaba hacerle entrar en razón, pero eso lo enardecía todavía más, mis preguntas literalmente hacían que entrara en un estado de trance

furioso, enajenado. Nunca supe por qué. Aquello duró algunas semanas, y luego cesó. No hubo más ataques.

Una tarde al bajar del autobús, ya de camino a casa, noté en un fogonazo que el mundo se desintegraba a mi alrededor. Las cosas que hacía un segundo veía con claridad delante de mis ojos habían cambiado de repente su entidad. Todo se volvió borroso y el ángulo desde el que observaba lo que había ante mis ojos cambió; mi mirada ahora se alineaba en paralelo a la acera y empecé a oír un pitido atronador y constante. Fue como pasar a otra dimensión. *Alicia a través del espejo, Matrix*. Entonces me di cuenta de que estaba tumbado en el suelo. Recuerdo que lo primero que pensé es que se me había caído un árbol encima. No hubo dolor ni miedo, ni siquiera sorpresa; solo desconcierto, desorientación. Entonces lo vi. Era él, de pie, ante mí; todavía él mismo sorprendido de la fuerza excesiva con la que me había golpeado en la cabeza. Los demás chavales se agrupaban a nuestro alrededor. Pocos años más tarde, con trece o catorce, vi por primera vez una escena pornográfica *hardcore* en casa de un chaval que se llamaba Simancas —el proveedor oficial de todo el porno que circulaba en nuestro curso— en la que una rubia muy pequeña practicaba una felación a un negro con una polla enorme, ante la que tuve una percepción parecida de dislocación, de lógica pervertida, que cuando recibí aquel puñetazo. Era un exceso en la cantidad tolerable de realidad, como si todo se hubiera amplificado hasta proporciones absurdas, obscenas; las formas ante mí eran excesivamente nítidas, transparentes, fuera de lo admisible por la razón y de lo procesable por los sentidos. Ni siquiera lloré; seguí en el suelo aturdido, callado, solo. Había conocido por primera vez lo atroz.

Aunque yo me callé, quizá más por vergüenza que debido al miedo, el incidente se difundió por el colegio con rapidez y llegó a oídos de Hugo y Alberto. Ni ellos ni yo lo mencionamos en casa. Tal vez a propósito, he olvidado el nombre del chaval que me dio aquel puñetazo, pero no la cara que puso dos días más tarde, en el recreo largo después de comer, ante lo que se le venía encima. Mientras estaba jugando un partido de fútbol en el patio, se le acercaron cuatro chavales de catorce años, Hugo y Alberto entre ellos (a él le debían de parecer hombres adultos) y se dio cuenta de que iban a por él. Sus ojos se abrieron mucho, sin mirar a ningún sitio en concreto, sino a todos a la vez, y su cuerpo reaccionó de una forma animal. Su cerebro descartó la lucha y optó por la huida en décimas de segundo. Empezó a correr por el campo de fútbol cambiando de dirección sin objetivo, mientras sus compañeros se reían a carcajadas estimulados por la visión del terror ajeno, e incluso intentaban zancadillearle. Aquel chaval corría haciendo eses, su boca aspirando y exhalando aire

frenéticamente para abastecer de oxígeno a su corazón y a sus músculos e intentar salvarse. Lo agarraron entre tres; el pobre desgraciado pataleaba como un gorrino. Por aquella época se solía emplear un método llamado *la vaca*, que consistía en agarrar a la víctima por las dos piernas y separarlas, dejando el poste de una canasta de baloncesto en medio de ambas extremidades. Una vez conseguida la posición adecuada, los encargados de sujetar las piernas estiraban con mayor o menor fuerza, para aflojar luego, esperar las súplicas del torturado y volver a estirar. Normalmente se le dejaba adoptar una postura oblicua, de forma que los genitales no se aplastaran directamente contra el palo. Aquel día no fue así. Yo lo vi todo desde una cómoda distancia, apoyado en una canasta de baloncesto al final de la cancha, junto al Piri. *Joder, esta es de las jodidas*, me dijo, con esa insistencia involuntaria en el taco tan típica de algunos preadolescentes para vengarse de las prohibiciones parentales. No sentí nada.

Mientras se luchó en la Segunda Guerra Mundial el conflicto aún no tenía ordinal, y no se dio importancia al mes en el que uno se rebelaba cuando en Moscú se vivió la Revolución de Octubre. Yo tampoco sospechaba en aquella cancha que la infancia empezaba a quedar atrás, y no me daba cuenta de que iniciaba una transición vital a una nueva *edad del hombre*, mientras estaba apoyado en el poste, en una metáfora en forma de postura de la que iba ser mi actitud a partir de entonces. Estaba lejos de todo, y quería quedarme ahí.

## 5

El primer ataque epiléptico de Curtis fue tras un concierto. Su mujer Deborah ya estaba en avanzado estado de gestación. Según Bernard Sumner, guitarrista de la banda (y años más tarde también cantante de New Order), ese día Ian estuvo de un humor extraño, quejicoso, casi infantil. Fueron a tocar al *Hope and Anchor*, un pub donde solo aparecieron cuatro gatos y volvieron a eso de las dos de la madrugada, en furgoneta. En la parte trasera estaban Sumner y Curtis. Tras una pelea tonta acerca de quién se cubría con un saco de dormir, Ian se acabó envolviendo en él y empezó a emitir sonidos animalescos, gruñidos caninos. Lo siguiente que Sumner recuerda es el puño de Curtis saliendo del saco, golpeando a Steve Morris, el productor, golpeando el parabrisas, sin control. Se convirtió en el primer ataque de lo que también se llama *grand mal seizure*, y eso es exactamente lo peor que le pudo pasar, su mal más grande, porque a partir de ahí todo se vino abajo. Llegaron el diagnóstico y la prescripción: no bebas, no te acuestes tarde, evita los destellos de luz. Justo lo que un aspirante a estrella de *rock* de veinte años espera oír de su médico. De temperamento melancólico e hipersensible, la pérdida de control de su

propio cuerpo y lo repentino e inevitable de los ataques fue lo que le elevó definitivamente a las cimas de la desesperación y a lo mejor de su arte.

Un ataque de pánico fue el motivo por el que todo empezó a desmoronarse para Hugo, y para él tampoco habría vuelta atrás. “Ya no podía confiar en mi cuerpo”, me dijo una vez con una locuacidad inusual, en la época en la que comenzamos a hablar de tú a tú; eso en algunas familias ocurre poco, en la mayoría no ocurre nunca. Sucedió cuando tenía diez años. Pidió permiso para ir al apartamento de verano de uno de sus amigos, era agosto y hacía un calor insoportable. Pusieron una película de vídeo. Hugo recuerda que cerraron las ventanas para poder oírla mejor, por lo que la temperatura debía de llegar a los cuarenta grados. No recuerda qué película era, pero sí la escena, en la que un avión se precipitaba al océano. A Hugo comenzó a faltarle el aire, así que se levantó para, al segundo siguiente, caer inconsciente al suelo. La madre del anfitrión, alarmada, lo cogió en brazos y lo tumbó en una cama. Hugo recuerda que al despertar le dijo que tenía una gran sensibilidad, y que por eso se había desmayado. Mis padres lo llevaron al hospital aquella misma semana, donde le hicieron todo tipo de pruebas, pero no encontraron ninguna causa fisiológica para el ataque. Mi padre sacó la ridícula y simple conclusión de que mi hermano fingía sus ataques de ansiedad para llamar la atención, por lo que dio carta blanca a Juan y a Magda, su futura mujer, para controlar todos los aspectos de su vida. Fue a partir de entonces cuando empezaron a hacérsela imposible.

Después de aquel episodio Hugo estuvo un par de meses obsesionado ante la idea de un nuevo ataque, desarrolló fobia a los espacios cerrados y a las aglomeraciones de gente; empezó a sufrir ansiedad ante la imprevisibilidad de un episodio parecido, pero lo más significativo es que aprendió a fingir ante la hostilidad de sus mayores. Para mí, sin embargo, más pequeño y endeble, todo era sólido en aquella época, mientras él era capaz de ver lo que en realidad era muy frágil y se desmoronaría sin remisión, lo que se iría derritiendo poco a poco, como una sustancia viscosa que a la vez que se calienta empieza a apestar. Hugo era el único que advertía la hipocresía, la falacia de una convención familiar en el seno de la cual cada uno de sus miembros intentaba medrar y ganar en estatus y en privilegios o, en épocas más calmadas, no perderlos o soportar lo mínimo en forma de humillación y de sufrimiento, dependiendo de la suerte, de la astucia, del talento, de la crueldad o del apoyo concedido por un tercero —las alianzas por conveniencia eran frecuentes—. En el seno del aparentemente estable núcleo familiar, que los demás creían sólido y protector, en realidad se jugaba un campeonato de resistencia

interminable; mis padres tratando de imponerse cada vez con mayor tesón y crueldad a medida que perdían autoridad mientras íbamos creciendo —mi padre a través de la amenaza, las demostraciones de fuerza y la dosificación del dinero o la denegación de permisos, mi madre mediante la conservación de su atractivo y el uso de su influencia con mi padre o de sus alianzas con Juan, ya adulto— mis hermanos mediante sus explosiones hormonales de virilidad incipiente y su capacidad para generar el caos a partir de la nada o de lo insignificante. Todo constituía un juego oculto que Hugo despreciaba; su abierta sinceridad y su desprecio chulesco amenazaba con desenmascarar, desarmar y disolver todas y cada una de las ficticias personalidades que habían conformado las fichas de aquel tablero demencial, dejándolas desnudas e inactivas.

Juan, nuestro hermano mayor, estaba a punto de casarse con Magda; tenían ambos veintitrés años (tanto Hugo como yo fuimos accidentes, algo que, por supuesto, no se ha comentado en mi familia, en la que nunca se ha admitido lo contingente, lo inesperado o lo meramente azaroso). Magda había acabado la carrera de magisterio y mis padres la adoraban. Segura, maternal aunque inflexible, dueña de sí misma (tras la muerte de su madre ella se había encargado de la educación de su hermana pequeña y de su padre, un cobrador de autopista que nunca se repuso de la muerte de su mujer), llegó a la familia como un mesías en forma de pedagoga, y recuerdo que yo la quería con desesperación. Su seguridad, unida a un físico contundente, de formas redondeadas, hicieron que viera en ella un arquetipo de la feminidad, como una de esas estatuillas paleolíticas de pechos enormes y culo generoso, por lo que mis primeras fantasías sexuales la tuvieron a ella como protagonista, haciéndome sentir freudianamente culpable, descubriendo la doble cara del sexo e intuyendo ya sus incongruencias, confirmadas algunos años más tarde en mis impulsos hacia Sonia, una compañera de clase con la que discutía a menudo; arrogante, engreída, estúpida, falsa, oportunista, obtusa, pero cuyo olor atraía como un campo magnético a las limaduras de mi libido naciente. A tientas, empezaba a intuir la naturaleza primaria y contradictoria del sexo. Si durante aquel curso me hubieran dado el poder de matar a alguien con impunidad, sin duda habría sido a ella, pero cuando llegaba la noche, era su imagen la que provocaba mis confusas y culpables primeras erecciones.

Magda fue la figura de orden que llevaba esperando desde que tomé conciencia de la discordia que imperaba en mi casa que, junto al ambiente hostil del colegio, habían tornado mi vida en un vertedero. Hasta la llegada de Magda, Hugo había defendido firmemente su posición de rebelde en la familia; no podía eludir los conflictos, pero a

medida que fue creciendo fue poniendo en evidencia paulatinamente los motivos y los métodos de cada uno de sus miembros, solo a mí me protegía en algunos casos, o me ignoraba en la mayoría.

Despreciaba a mi padre y su patética devoción por el trabajo y la disciplina, detestaba a Juan por ser una mera copia o proyecto de mi padre, y por el orgullo y el servilismo que mostraba ante él y sus logros como abogado. Los intentos de mi madre por agradar a los demás e impresionarles con su vestuario y su impostada actitud de respetabilidad, su afán histérico por eludir el desvelo de su edad y de exhibir un mesurado erotismo le provocaban risa e indiferencia, lo cual aumentaba la hostilidad de todos hacia él. Pero Hugo exponía la realidad de una manera cristalina, ponía el espejo delante del que lo escuchaba, sin filtro, decía sin ambages lo que pensaba sobre todo y acerca de todos, nadie se salvaba. Y lo hacía con socarronería, muy cáustico, con una ironía muy particular, sin aspavientos ni dramatizaciones, mirándote, soltando alguna pequeña carcajada y, finalmente, volviendo a su expresión serena y expectante. La aversión que alguien pudiera sentir hacia él le era indiferente, y eso hacía que si alguien se animaba a atacarle o despreciarle esa aversión se volviera contra el que la sentía, dejándolo desnudo y ridículo, sumido en un rencor de pataleta, en una posición de desamparo y de inferioridad.

La llegada de Magda lo cambió todo. Su inminente ingreso en la familia (en aquella época no eran raros, o no tan raros, los matrimonios entre veinteañeros) dio carta blanca a mis padres para delegar en ella nuestra educación, y no tardó en ponerse a ello con el entusiasmo del recluta al que han promovido a sargento. Su nueva función se manifestó a través de dos tendencias: cuidar y controlar la alimentación y supervisar y dirigir nuestro tiempo libre. Advirtió el interés de Hugo por la música y razonó que, si encauzaba su rebeldía apuntándolo a un conservatorio, conseguiría neutralizarla. Hasta los siete años, Hugo solo había practicado en el colegio con la flauta, demostrando una intuición musical excepcional para la improvisación de melodías y grandes dotes en la ejecución. A los diez tocaba con facilidad y sutileza piezas de Bach y de Mozart. Fue precisamente en ese aspecto artístico donde Magda creyó encontrar una forma de tamizar su carácter; si se le daba a Hugo la posibilidad de sublimar artísticamente sus frustraciones, su actitud se amansaría. Pero se equivocaba. Aquella fue la peor decisión que Magda y mi familia podían tomar, porque lo que hicieron fue abrirle a Hugo una vía de escape existencial, y lo que vio a través de ella fue una forma de libertad creativa que le dio la justificación para dejar atrás las adhesiones familiares que pudieran quedarle, así como cualquier sentimiento de pertenencia, abrazando una indiferencia ante ellos ya

irreversible. La música le dio la libertad.
6

*Nosotros somos, en suma, Seres de Luz. Albert Hoffmann*

Aún recuerdo la sensación de peligro y esa extraña emoción. Se vencía la reticencia inicial y se iniciaba el camino del colegio a casa. Ahora una amplia y transitada carretera se extiende entre ambos, pero entonces la carretera por donde circulaba el autobús era algo más sombría, y de todas formas no escogíamos ese camino para volver sino uno más corto, aunque todos nos cagáramos de miedo. Íbamos por ése porque era el corto; pero sobre todo para no arriesgarse a sufrir las burlas —insultos crueles, más bien— al día siguiente, por parte de algún matón de pacotilla muy valiente a plena luz del día. Era la hora del atardecer de pongamos un martes. Sé que no era viernes porque ese tipo de emociones siempre las buscábamos entre semana. El fin de semana ya tenía las suyas propias, aunque más convencionales. El viernes por la tarde uno corría de clase al autobús, era la liberación; un martes en noviembre, sin embargo, y a esa hora (las siete de la tarde), el día siguiente estaba demasiado cerca, con sus horribles rutinas, con su madrugón insano, con los profesores absurdos e implacables, que nos ninguneaban sistemáticamente.

Así que alguien hacía algo, distraía a tres o cuatro y perdíamos el autobús. Desechábamos la idea de llamar a los padres de alguien para que nos vinieran a buscar (nadie quería decir la verdad, la tragedia de perder el autobús entonces no tiene nada que ver con el simple fastidio de perderlo hoy) y decidíamos caminar a casa. Por el camino corto. Pero era largo en aquella época.

No nos dábamos cuenta y ya estábamos en marcha. La realidad empezaba a transfigurarse. Cruzábamos una especie de descampado, donde tierra, hierbajos, bolsas de plástico y latas de Coca Cola se mezclaban con nuestros pies, cada vez menos visibles porque caía la noche. “¡Eh!” “¡Venid, mirad!” Rubén, un chaval callado pero listo, levantaba unos papeles al aire. Íbamos corriendo a ver lo que era. “¡Es una revista porno!” Apenas eran visibles las imágenes en ella, ni siquiera la letra escrita, de tanto tiempo que llevaba allí tirada, expuesta al viento y a la lluvia. “Métemela por la rajita” o algo por el estilo, atinábamos a leer. Y nos partíamos de risa. “Dicen que son los internos, que vienen por la noche y se hacen pajas”, decía Rubén. Y nos excitábamos con esa pobre visión de unas tetas borrosas o una penetración a medias. Es extraña la sexualidad de los niños. Imposible de satisfacer, pero presente en la conciencia exactamente igual que en la de los adultos. Tal vez por eso sean tan crueles. Seguíamos nuestro

camino, algo más deprisa. Ya el cielo tenía la tonalidad rosácea de algunas tardes, como si quisiera dar su mejor cara antes de volverse negro. Y la tierra era ya un borrón oscuro, ignorando a ese cielo narcisista. Pasábamos por el muro de un huerto, cubierto de cristales de botella rotos, clavados en punta en el cemento. A alguien le hacían pie y miraba como podía al otro lado. Y cada vez que pasábamos veía algo distinto. Una bicicleta destartalada, un perro que ladraba (inmediatamente el susodicho mirón bajaba y nos miraba asustado, aunque con una sonrisa histérica en la cara), una pareja follando, la silueta de una vieja en la ventana. Mucho de todo aquello era inventado. Pero en aquella época veíamos lo que queríamos ver y no teníamos ningún cargo de conciencia.

No sé qué tenía aquella casa, apenas vislumbrada, por la hora y porque su fachada quedaba apartada por un muro alto y recio. “Villa Nekane” creo que se llamaba. Y un rótulo publicitario, antiguo y desvaído, en uno de sus flancos en el que se podía leer “Droguería Sanromá”. Asustaba no ya su visión, sino el simple hecho de que existiese. Era como volver a la realidad después de las naderías anteriores. Igual por el nombre tan extraño (nadie sabía entonces que “Nekane” era un nombre vasco). Puede que fuera la publicidad “Droguería”, sustantivo que por mero parecido fonético nos recordaba a las drogas, que en aquella época, en el colegio, nos decían que eran poco menos que el Diablo. Pero yo creo que no. Era su forma y su ambiente, su color amarillento y su estática grandeza decadente. Su abandono extemporáneo, que nos recordaba que había un mundo que podía llegar a ser perturbador fuera de nuestra existencia de niños. Después de verla, las bromas ya no eran tan histriónicas. El volumen de nuestras voces descendía con la misma cadencia que el sol, que desaparecía al cabo de minutos. Callados, con la pesadumbre del condenado, del que sabe que va a recibir una bronca monumental en casa, apresurábamos el paso.
7

No quiero que esto que escribo se convierta en una historia familiar. Revela lo que sabes de los protagonistas a través de sus acciones, que no haya nada que escribas que no haga avanzar la acción o que descubra uno de sus rasgos y los haga reales, separa la narración en actos, todo personaje debe querer algo, aunque solo sea un vaso de agua, define un tema; resumiendo, lo que recomienda el profesor en los talleres de escritura creativa; si alguno de ellos leyera lo que ahora escribo me mandaría trabajar el párrafo; aquí falta esfuerzo, me diría, los miembros de tu familia son borrosos y están poco perfilados. Pero por mucho que me esfuerce, precisamente la cercanía familiar me oculta a los personajes, los hace irreales y desorientadores; un

conocimiento más profundo de un mayor número de sus acciones los desdibuja aún más y los difumina; hay teorías sobre el exceso de información que dicen eso, cuanto más, menos. Más datos se traducen en menos conocimiento, como el ruido en una fotografía digital. No conozco a mis personajes, esta es mi *antiescritura* creativa o mi escritura que no crea, mi historia a través de un cristal ahumado y sucio; escribo perdido como un existencialista para el que lo importante no es lo que cuenta sino su perspectiva corrosiva; no sucede nada, el protagonista es desesperante o inane, o incomprensible. Y sin embargo te contagia su astenia.

Hugo leyó libros solo al principio, hasta los catorce, antes de ponerse en serio con la música. Las novelas le afectaban porque aún era muy joven y porque, como Ian Curtis, solo leía acerca del sufrimiento, humano, animal o abstracto, le daba igual. Curtis leía a Ballard o a Kafka, Hugo a Unamuno o a Cioran, en definitiva, variaciones de lo que unos llaman pesimismo, otros nihilismo y unos pocos lucidez. Ambos empezaron a leer fuera del ámbito escolar, buscando en la lectura un despertar, aunque eso les destrozara por dentro.

El Cloro era el mejor local donde íbamos a los veinte los sábados por la tarde. Era un local grande, elegante, oscuro, casi siempre vacío; trabajaban allí camareras bellísimas que siempre estaban solas acodadas en la barra. Las sustituían a menudo no sé por qué, tal vez se iban ellas, hartas de estar tanto tiempo solas tras la barra. Siempre sonaba nuestra música: The Cure, The Smiths, Depeche Mode. Nos instalábamos en la barra sin importar cuántos fuéramos, no queríamos sentarnos en una mesa que forzase una conversación frívola. Si alguien decía algo, debía ser porque debía ser dicho y si no se cerraba el pico, odiábamos la cháchara. El día en que Hugo me contó su descubrimiento de Hurbinek estábamos los dos solos divagando más que de costumbre. Recuerdo que sonaba el *Reptile*, de The Church. Tal vez esperábamos a alguien que tardaba en llegar.

—¿De quién hablas? —le pregunté.
—Del hijo de la muerte —me dijo.
Ante mi expresión escéptica, Hugo se puso a hablar. —Fue la época en que nunca iba a casa después de clase, papá

estaba con un juicio complicado y llegaba siempre a las once, te acuerdas, y yo siempre ponía excusas para llegar a las nueve, un día tenía entreno, otro conservatorio, pero nunca entrenaba y en el conservatorio no me veían el pelo, tuve suerte de que no se enteraran en casa. Juan y Magda parecía que estuvieran esperándome mano sobre mano para torturarme con la cena, así que cuanto más tarde

llegara mejor. Fui a la biblioteca a buscar libros sobre el Holocausto y tomé prestada la *Trilogía de Auschwitz*, de Primo Levi, los leí en una semana y por orden. Hurbinek aparece en el último, que es una reflexión sobre los dos anteriores, y me he dado cuenta de que Hurbinek es lo que somos, lo que somos de verdad —me dijo.

Puse cara de no entender. Yo había visto documentales, películas, fotografías, el niño del gueto de Varsovia con las manos en alto mientras lo encañonan, la niña del abrigo rojo de Spielberg; durante los noventa se trataba el tema en muchas películas y documentales, se confundía ficción y realidad en historias de muerte, de crueldad y de exterminio. Pero Hugo encontró en el último de los libros de Levi una historia que me marcó de verdad y que no he olvidado, la de Hurbinek, donde la crueldad no está personalizada en ningún kapo o en ningún SS; no hay Amon Goeth haciendo prácticas de tiro desde el balcón con los judíos como blanco ni Mengele sádico a quien culpar y, sin embargo, esa crueldad abstracta e impersonal es la más atroz de todas, porque no es la protagonista de una historia de muerte, sino de una historia de vida.

Levi comenta que los alemanes —así se refería a ellos, y no como nazis— ya se han ido, y "Auschwitz ha vuelto a la vida. La guadaña había segado por última vez, se había hecho el último ajuste de cuentas: los moribundos habían muerto, en los demás la vida volvía otra vez a correr tumultuosamente". Hugo aprendía frases enteras de memoria, y al recitarlas soltaba su risita aguda, así puntuaba una ironía. Hurbinek tenía unos tres años, y para Levi era la *mortal fuerza de afirmación.* Había nacido en el campo de concentración, nadie sabía quién era su madre —seguramente ya ceniza— y tenía un cuerpo atrofiado que apenas era capaz de andar, pero su mirada transmitía un ansia feroz por comunicarse. Entre el caos y el horror del campo, nadie le había enseñado a hablar. En sus ojos se concentraba toda la intensidad de su expresión, que no iba a poder nunca articular, porque murió poco después. Su mismo nombre, Hurbinek, era un remedo fonético que una prisionera, polaca creo que escribe Levi, había hecho de uno de sus exabruptos animalescos. Hugo me lo contaba mientras bebía un jotabé con cola, asépticamente, como dándome a entender algo que yo ya debería saber, que somos la peor mierda biológica, la más engreída y cruel, que ha conseguido medrar en este planeta putrefacto, y me acordé de la anécdota que Alberto me contó hacía un tiempo, la vez que el hermano Román habló en clase de historia de lo inhumano de los campos de concentración; Hugo levantó el brazo y le preguntó, fingiendo confusión, si los campos no eran algo exclusivamente humano, no entendía la *contradictio,* (parodiando furtivamente a Román, que siempre utilizaba latinajos), provocando la

carcajada general y la estupefacción bobalicona del profesor. Sin embargo, algo en su forma de contarme la historia de Hurbinek me hizo intuir que en su primera lectura enclaustrada, años atrás, algo le había sacudido, como aquella escena del avión precipitándose al mar, y que ahora lo explicaba porque hasta ahora no había tenido a nadie con quien compartirlo y contándolo desvelaba un conocimiento elemental y antiguo, la confirmación de un horror congénito en la *especie* que él había percibido ya a los seis o siete años y que ya nunca se disipó, contagiando lo que a partir de entonces sería ya no su vida, sino su forma de existir, tiñendo su visión del mundo de lo que algunos llaman pesimismo, otros nihilismo, y él, lucidez.

Obviado el parámetro de horror y salvadas las distancias, ahora pienso que otra posible teoría es que él sentía una íntima conexión con Hurbinek. Comprendía su tragedia no por el contexto sino por su naturaleza, el niño tarado que quiere hablar y no puede, su órgano de fonación subdesarrollado, en un infierno que cobraba entidad solo para el que lo observaba desde afuera, porque para él era el medio ambiente, lo natural, ignorante de todo lo exterior al campo de concentración, pura voluntad de expresión ciega inversamente proporcional a su capacidad para hacerse comprender, una metáfora perfecta de lo que le esperaba a mi hermano en el futuro. Si Hugo acabó por meterse en la música fue seguramente por una cuestión de espíritu, porque desconfió de los lenguajes explícitos y conceptuales ya desde muy joven, porque vislumbraba sus resquicios de hipocresía y adivinaba sus mentiras. La música no. La música no quiere convencer, tiene una autonomía que casaba muy bien con su carácter. El gran escéptico, el gran pesimista, el gran lúcido.

Hugo nunca logró difundir su música, tuvo un nulo interés por el *marketing*. Desde que grabó su primeras cintas en aquellos radiocasetes de doble pletina de los noventa, nunca pudo publicarla ni editarla en condiciones, ni por supuesto comercializarla; ni siquiera la distribuyó entre su paulatinamente decreciente grupo de amigos. Los noventa no fueron buenos tiempos para la difusión musical fuera de los círculos comerciales; aún no había internet, se necesitaban padrinos, cierto empuje, algo de suerte; nunca *creyó en sí mismo*, una frase que a Hugo siempre hizo sonreír, cómo voy a creer en mí mismo si no hay un yo en el que creer, si no somos más que meras marionetas en un teatrillo de ilusiones. Por eso la música era lo único que conseguía subyugarlo, porque ella no presupone conceptos ni traduce identidades, es pura intuición hecha arte, no copia, *expresa*. No refleja nada diferente de ella misma; inmune a la ilusión y al mito, es el arte de la pura libertad, un grito a la nada.

Quedábamos pronto, a las cinco o a las seis de la tarde de esos sábados blandos y abúlicos del otoño y del invierno, en el Roni's Burguer. El nombre estaba mal escrito con esa u entre la ge y la e y aun así en su imposible cosmopolitismo respetaban el genitivo sajón con su apóstrofe, en una época en que todavía se podían leer esos rótulos erróneos, Jons en vez de Johns, Jenifers, Lucis y *redy to gos*. Comíamos nuestra hamburguesa y bebíamos Coca-Cola mientras íbamos por las calles demasiado erguidos, como con miedo, las miradas aviesas esquivando posibles *skins* o quinquis y también ávidas, escrutando escotes o culos, hasta llegar al Play World con su rótulo exagerado de letras rojas enormes y mayúsculas. Aquel no era nuestro templo de diversión sino nuestro espacio natural, menos recreativo que narcótico. Estaba en una calle en pendiente, las tiendas cerradas siempre, oscura bastante antes de que anocheciese y llena a rebosar de mierdas de perro, que se tornaba en rebosar de colillas de Ducados justo a la entrada del local repleto de máquinas de Arcade y futbolines viejos. He leído que últimamente los han vuelto a abrir; intentan explotar una veta de negocio para atraer a los nostálgicos, cuidando el más mínimo detalle y recuperando juegos de la época: *Out Run*, *Street Fighter*, *Tetris*, *Donkey Kong*, y por supuesto billares, futbolines (estos, demasiado nuevos, incluyen a ese jugador que en los viejos siempre faltaba, como si lo hubieran expulsado, amenizando la partida) y *pinballs* para los más físicos o los más torpes con el *joystick*, entre los que yo me contaba. Imagino la decepción de los ahora viejóvenes panzudos. Así como proustianamente recuperamos una época de nuestro pasado por la aparición súbita de un olor que creíamos olvidado, fracasa su recreación por su ausencia; el olor de entonces era a tabaco negro, a sobaco, a ganchitos de Grefusa y a hachís. No puede ser lo mismo ahora; adivino la cara de estupefacción bobalicona de los que vayan un fin de semana porque no ponen ninguna peli buena en los multicines, en busca de sus tiempos perdidos, más tolerantes con su conciencia de que se han hecho adultos, que con la realidad de su presente lacerantemente *bio*.

El Play World aparece en mi memoria extrañamente nítido, con sus paredes amarillas y desconchones de pintura, las máquinas recreativas alineadas una tras otra hasta el fondo del local, su quiosquillo minúsculo y atiborrado de chucherías, revistas y bebidas, a la entrada a la izquierda, y el perenne Antonio tras el mostrador, jersey de pico, gafas de culo de botella que le duplicaban el tamaño de los ojos, barba desordenada y perfil barrigudo, de esa edad indeterminada entre los cincuenta y los sesenta y pico, ¿qué tal mi niño, qué te pongo mi niño? Es rara esa claridad nemónica, debe de ser por la cantidad ingente de horas pasadas allí, fortaleciendo circuitos neuronales

sábado tras sábado, porque en otros ámbitos, cuando miro hacia atrás, todo me aparece borroso y se desintegra, como si se tratara de una novela de la que he olvidado pasajes enteros. Pienso en 1990 o 1993 y son solo números, abstracciones en forma de calendario erótico petrificadas en un escote de Pamela Anderson con su bañadorcito rojo; recuerdo poco de esos años, todo se iguala y se difumina, la memoria borra, compone, recompone, enfatiza, minimiza, inventa, pero sobre todo anula; todo ese proceso caprichoso es lo que forma la identidad, pero nos engañamos al respecto, creemos sólido lo que es blando, pálido e infiel, y vivimos bajo la ilusión de esa falacia.

Releo el párrafo anterior y me doy cuenta de que esas son las palabras de Hugo, y si no las dijo podría haberlas dicho. Se las decía a todo el mundo, nunca tuvo ninguna reticencia ni discriminaba a sus interlocutores, tenía una coherencia de hierro ahí; pero ellos se asustaban y acabaron evitándolo cuando todo se le vino abajo, como ratas cobardes que abandonan la casa que arde. Me las decía también a mí y se me grababan a fuego. Fue demasiado pronto porque aún no tenía la habilidad del cinismo para relativizarlas o siquiera filtrarlas. Yo tenía unos doce años cuando Hugo sufría un acoso ya constante en casa, una guerra de desgaste en la que intentaban domarlo y reeducarlo, con métodos del conductismo radical que Magda había aprendido en sus estudios de Magisterio, posiblemente siguiendo los postulados *mundofelices* del lunático Skinner, premio y castigo, respuestas automáticas, mi hermano como avatar doméstico de Álex de *La naranja mecánica*. Hugo hacía lo que podía por zafarse, y su principal táctica defensiva era aparecer lo mínimo por casa. Me contaba lo que le hacían: humillaciones, chantajes, amenazas, provocaciones, insultos; le obligaban a permanecer sentado en la mesa hasta que se acababa la cena; sermones interminables acerca del comportamiento constructivo y el valor de la familia; control diario de los deberes escolares. También me transmitía sus cada vez más negras teorías sobre la vida y sobre el mundo; yo entonces carecía de escudo psicológico, pero eso a él no le importaba, porque yo era su confesor; creía que así me protegía y puede que tuviera razón, que me haya salvado de lo insustancial, de lo banal y lo inauténtico, aunque me haya dejado solo e inseguro como un niño perdido en un hipermercado. Cuando me decía que todo cuanto me rodeaba era un absurdo y un sinsentido yo me callaba, pero pese a que intentaba mantener el interés en la vida cultural y social que orbitaba a mi alrededor: el fútbol, la televisión, los videojuegos y las marcas, nunca me implicaba demasiado en toda aquella parafernalia lúdica, deportiva y consumista.

Dijo Pascal que nuestras desgracias derivan de nuestra incapacidad de

quedarnos solos y sentados en una habitación; yo siempre admiré esa capacidad de Hugo para quedarse en la suya, mientras a los demás se nos caían las paredes encima las tardes de los sábados de puro aburrimiento. Algunos fines de semana venía al Play World, jugaba, fumaba y bebía cervezas como todos los demás, pero no era raro que se quedase en casa, sobre todo cuando Magda y Juan se iban de fin de semana y él podía saborear su soledad. Dónde está tu hermano, me preguntaba Néstor. En casa, no viene, por qué, se queda componiendo; Néstor y yo íbamos a la misma clase. Yo copiaba sus deberes, él trataba de explicarme matemáticas y física sin mucho éxito porque invariablemente me aburría y acabábamos viendo por quinta o sexta vez alguna película de JeanClaude Van Damme; siempre hacíamos lo mismo y estábamos juntos por rutina, por necesidad y por protección mutua. En los recreativos jugábamos al *Splash*, posiblemente el juego más estúpido que se haya desarrollado nunca, en el que, cada uno con su *joystick*, movíamos unas brochas pintando una imagen, a la vez que debíamos evitar unas burbujas de diverso tamaño que también podías hacer estallar, pero que iban más rápido a medida que se superaban las pantallas. Si jugábamos siempre a ese juego estúpido era porque las imágenes que se iban desvelando eran eróticas: un par de mujeres con gafas de sol y los culos en pompa, otra con un biquini blanco y la camisetita de tirantes subida dejando las tetas al aire; aquellas mujeres no satisfacían nuestra libido con sus ridículas poses ochenteras, pero era todo a lo que podíamos aspirar los sábados por la tarde estando nuestras familias en casa viendo la tele (los *fascinantes* canales privados eran muy recientes) y siendo la pornografía todavía clandestina y de difícil acceso, sobre todo por nuestra vergüenza en adquirirla. No estoy seguro de que a Néstor le afectase tanto aquella libido frustrada y reprimida como a mí, porque él se concentraba en el juego y además era hábil y seguía pasando pantallas mucho después de que las burbujitas hubieran anulado mi brocha, y yo, claro, seguía a su lado por seguir descubriendo aquella infografía pervertida. A veces se nos acercaba algún *heavy* o algún quinqui, borracho y tambaleante, con aliento de petroquímica, y animaba a Néstor a seguir explotando burbujitas, eufórico por ver las siguientes tetas, qué buena está ésta, muy bien tío, me cago en la puta, sigue jugando, jaleaba con su voz cavernosa, y exhalaba el humo hacia la pantalla o soltaba un eructo. Entonces Néstor perdía la concentración, o puede que perdiera la partida a propósito, porque el *heavy* o el quinqui me daba la brasa a mí, que estaba ocioso; el sujeto me ofrecía constantemente un Ducados o empezaba a contarme la vida de mierda que llevaba o se ponía agresivo y a Néstor le sabía mal, se apiadaba de mí y decidía que ya estaba bien. Se dejaba matar y entonces nos íbamos a buscar otra pareja para proponer una partida de futbolín y hacer tiempo

antes de que se hiciera la hora de irse a casa.

Aquello era nuestra rutina de los sábados, que llegaba tras nuestra rutina semanal en una época repleta de rutinas, a las que nos apegamos porque parecen siempre eternas, porque configuran tiempos que parecen perpetuos. Pero se acaban abruptamente y dejan de serlo y aparecen rutinas nuevas sin que ni siquiera te des cuenta, demasiado ocupado trasteando con ellas como para ser consciente de que las que has dejado ya no vuelven. Triste. Pero qué es la nostalgia, si no es eso. 9

*Una de esas personas* . Eso es lo que acabó siendo mi hermano cuando llegó a la edad adulta, con su conciencia de lo mediocre, cuando todo el mundo empezó a mirarse su propio ombligo. Los papeles que hasta entonces habían sido protagonistas fueron denigrados a secundarios, cuando no a extras o a comparsas o a atrecistas, yo incluido, aunque de cara a la galería me pintase a la americana como un triunfador, como alguien que lo había conseguido, e intentaba desmentir mi narcisismo con una mal disimulada falsa modestia, para contrarrestar mi irrelevancia social durante los años escolares. Tenía, a diferencia de *los demás*, un trabajo creativo a prueba de reestructuraciones de plantilla y crisis económicas, un Mégane coupé cabrio 2.0 16 válvulas y una hipoteca que pagar de un *loft* muy bien situado y mejor amueblado. Quería ser Don Draper pero era Edward Norton al principio de *El club de la lucha*. Todo ficción y fachada.

Por muy bien que te haya ido, a una determinada edad las cosas siempre mutan a peor. Las que habían sido princesas se convertían en pocos años en ranas fofas y cargantes, y a los antiguos príncipes se les caía el pelo de forma prematura y cuidaban con tesón una barriga cervecera ya antes de los treinta; las princesas herederas ya no les miraban, y no debe de haber nada peor que haberlo tenido y luego perderlo, porque imagino que ser muy joven y que te miren es como ser muy viejo y que te escuchen, y cuando se acaba el efecto de antes y ahora solo provocas indiferencia debes de pensar que mejor no haberlo tenido nunca. Pero lo que no quieres de ninguna manera es que venga alguien a recordarte lo que fuiste y dejaste de ser. Y ese incordio era Hugo, que no había hecho otra cosa que augurar la decadencia general durante años. Precisamente por eso se convirtió en *una de esas personas*.

Néstor me llevaba recomendado ver la serie *True Detective*, de HBO, desde hacía al menos un año, pero había algo en su título que me alejaba, y nunca me animaba a empezarla. La empecé una de esas tardes de domingo lóbregas y residuales. No pude escoger un

momento anímico más adecuado. Por entonces apenas veía a Hugo y casi no pensaba en él, así que su aura volvió inesperada, como un espectro. Mathew McConaughey bordaba el personaje de uno de los protagonistas, un policía lacónico y cáustico torturado por la muerte prematura de su hija y era también, en la ficción, *una de esas personas*, alguien que espetaba a todo el mundo lo que el mundo de ninguna manera quería oír. Tuve solo una cierta impresión de que aquellas peroratas existencialistas ya las había oído antes. Me confundía la distancia entre ficción y experiencia, entre un poli americano ficticio en una Luisiana alucinógena, industrial y corrupta, con el aire viciado de aluminio y ceniza, y un desconocido compositor recluido en una apática ciudad mediterránea; pero hubo un momento, ya en el primer episodio de la serie, en que el pasado emergió desde lo más profundo del subconsciente tras años de pisar su cara desagradable con mi bota de autosuficiencia y olvido.

Una de las secuencias de la serie se desarrolla durante una de las largas travesías en carretera de la pareja de detectives, tras el descubrimiento del cadáver de una prostituta desnuda y con una cornamenta de venado en la cabeza, hallada atada a un árbol en una intemperie desolada, en lo que parece un asesinato ritual. Marty, el compañero de Rust, le pregunta si es religioso, y pese a la reticencia inicial y sus evasivas la conversación deriva hacia temas filosóficos; Marty ve en la religión un agente de orden social y espiritual, mientras Rust ve en ella simplemente un placebo para una humanidad desesperada y carcomida por supersticiones y miedos insondables; pero va más lejos, y ante la insistencia de Marty se define a sí mismo como realista, aunque filosóficamente se le calificaría como pesimista, tacha a la humanidad en su conjunto de ser poco más que una patética marioneta insustancial y perversa y conjetura, ante la perplejidad de Marty, que quizá lo más honorable para nuestra especie sería dejar de reproducirnos y caminar fraternalmente cogidos de la mano hacia nuestra extinción. Esa fue la frase que me recordó un episodio de 1995, éste real, casualmente ocurrido el mismo año en que se desarrolla la secuencia de True Detective, en que una noche, durante la cena, en mi familia por fin se pusieron las cartas sobre la mesa. A partir de entonces ya no hubo más hipocresía ni negación ni atajos. Hugo hizo saltar la banca, se acabaron las concesiones y las connivencias derivaron en estrategias para echarlo de casa. Lo que hizo mi hermano fue definir, con una sencilla frase, una postura vital cuya radicalidad implicaba ya su carácter definitivo. Yo tenía trece años.

Ocurrió como siempre ocurren estas cosas, sin esperarlo. Fue durante una cena corriente, en una noche normal, tras un día en el que no

había ocurrido nada fuera de lo habitual, y sin embargo se podía sentir una presión atmosférica excesiva, una energía psíquica maligna y destructora. Se dice que lo siniestro no radica en una realidad extraordinaria o monstruosa, sino en una familiaridad que de repente deja de serlo sin avisar ni cambiar de apariencia; te traiciona y te confunde, como el ataque epiléptico de Curtis en un viaje rutinario en furgoneta, como su cadáver colgado de una cuerda de tender.

Una vez mis padres, por pereza, ausencia o narcisismo (o por las tres en su conjunto), delegaron nuestra *educación* en mi hermano mayor Juan y en su mujer Magda, ambos, pero sobre todo ella, atacaban a Hugo de forma más o menos diaria. La intensidad era variable y dependía de su estado de ánimo o su cansancio. Sin embargo, aquella noche se mostraron especialmente beligerantes. Los primeros años las reprimendas tenían que ver con el hecho de que mi hermano comía mal o directamente no comía, más tarde la guerra se fue haciendo más psicológica; los argumentos maduraron al mismo paso que nuestros tejidos y músculos, se pasó de las broncas a las discusiones, y a medida que el cuerpo de Hugo iba ganando en presencia, su dialéctica se iba agudizando y ganaba en prestancia. El hecho de ser él siempre el blanco de las iras más biliares, lejos de amilanarlo lo alentaba, en un juego de cinismos en el que Hugo siempre se imponía. Eso ponía muy nervioso a Juan, la retórica nunca fue su fuerte. Pese a ser el mayor de los hermanos, se sabía disminuido y se sentía frustrado porque consideraba la jerarquía familiar un tótem sagrado, pero el descaro de Hugo engrescaba a Magda; vamos a ver hasta dónde llegamos hoy, eran una versión doméstica de McMurphy y la enfermera Ratched en *Alguien voló sobre el nido del Cuco*. Al faltar el estorbo sensiblero de los lazos de sangre, para ella todo se reducía a un problema pedagógico que exigía una solución conductual, como un problema de física requiere una solución numérica; mi hermano carecía de la posible baza de un indulto compasivo que ella nunca le ofreció. Siempre cumplía sus amenazas. Hugo jugaba sin red, y sin embargo jamás daba su brazo a torcer. Aquél día estábamos todos sentados en la mesa, Hugo volvía teóricamente del conservatorio, pero en realidad había estado tomando un par de cervezas furtivas en el Barón, tal vez para darse ánimos antes de subir a casa (en aquella época aún no había un control tan férreo de venta de tabaco y alcohol a los menores), y se sentía corajudo, *de buen humor*, me dijo, cuando años más tarde hablamos del episodio. Creo que Magda sospechaba aquellas pellas, y el no poder demostrarlas la enervaba; de hecho, la enervaba todo lo que escapaba a su control. Hugo se sentó y empezó a comer sus macarrones uno a uno, eso se me quedó grabado, porque no entendía aquella terquedad, aquel apego al conflicto constante. Mi

padre y Juan le conminaron a comer más rápido, pero Magda los calmó cambiando de tema de conversación, que fue más o menos como sigue:

—En un año tienes que ir a la universidad, ¿ya sabes qué vas a estudiar?
—No sé si voy a estudiar.
—Entonces tendrás que trabajar, ¿quieres empezar a trabajar a los dieciocho años? Y qué vas a hacer, ¿cargar ladrillos? ¿Servir mesas? Eres demasiado vago para eso.
—Yo nunca voy a trabajar, no voy a llevar la vida de esclavos que lleváis vosotros.
—¿Y qué vas a hacer, si tus padres dejan de mantenerte?
—No lo sé, lo que sé es que vosotros a mí no me podéis exigir nada, y si llego a saber que acabaría en esta casa hubiera decidido no nacer.
Se hizo el silencio durante un tiempo indeterminado. Mi padre se levantó de la mesa y se acercó a Hugo. Éste no se movió. Mi padre se colocó ante él, se mantuvo un momento quieto. En un movimiento ágil y muy rápido, del que yo no creía a mi padre capaz, le soltó un puñetazo en el mentón. Hugo cayó al suelo, junto a su silla. Nadie dijo nada. Tras un par de segundos, se levantó sin dolerse, ni siquiera se tocó la cara, que mantuvo inexpresiva. Se sentó de nuevo ante su plato y siguió comiendo los macarrones, uno a uno.
10

*El caos es orden aún sin descifrar. José Saramago. Libro de los contrarios*

Llego de la agencia. No importa el día, ahora son todos el mismo, estoy solo en casa y no espero ya a nadie nunca. Me quito los zapatos, me pongo los pantalones de capoeira; compré unos en mi primer viaje a Brasil y desde entonces siempre que voy a la oficina de São Paulo me compro unos nuevos, por puro hábito. Voy directamente a la nevera, sin encender la luz, abro una botella de Leffe rubia; las marcas de alta calidad no deberían anunciarse, pero no tienen más remedio que competir con las campañas publicitarias que yo ideo para cervezas que saben a pis. *Tan fresca como tú*. *Una rubia ligera*, vulgaridades que se toman por grandes hallazgos comunicacionales. *La chispa de la vida. Impossible is nothing. Think different, Just do it.* Los grandes hitos de la historia de la publicidad. Artesanía gramática de lo trivial traducida en eslogan, aunque en el mundillo lo llamamos *título*. Leí un cuento muy breve de Borges en el que alguien del presente conversa con alguien unos miles de años en el futuro, en un paisaje desolado, y tomé una de sus frases como una revelación que siempre me tranquiliza en mi trabajo, y que memoricé: *En el ayer que me tocó, la gente era ingenua; creía que una mercadería era buena porque así lo*

*afirmaba y lo repetía su propio fabricante*. La reflexión es casi exacta. Pensar en esa ingenuidad me facilita las cosas, me recuerda el esquema general, el objetivo y el plan último de mi actividad laboral y me relajo, como el orador que se imagina a su audiencia en ropa interior.

Escucho partitas de Bach en *Spotify*, bebo tragos largos de cerveza y se me ocurre leer de nuevo el relato de Borges; *Utopía de un hombre que está cansado*. Al terminarlo recuerdo que las casualidades no existen; que el caos es orden aún sin descifrar. Voy al despacho, busco otro libro, esta vez en papel, *La conspiración contra la especie humana*, de Thomas Ligotti, y lo abro por una de las páginas marcadas por uno de esos *post-its* adhesivos amarillos que puse tiempo atrás. Leo.

"Si no mejoras, alguien deberá asumir la culpa. Y ese alguien serás tú. Esto es más que evidente si eres un pesimista o un depresivo. Si llegas a la conclusión de que la vida es inaceptable o que nada tiene importancia, no nos hagas perder el tiempo con tus necedades. Vamos camino del futuro, y ni los filosóficamente desalentadores ni los emocionalmente deficientes van a impedir nuestro avance. Si no puedes decir algo positivo, o al menos equívoco, será mejor que te calles. Los pesimistas y los depresivos no necesitan aspirar a un puesto en la empresa de la vida. Tienes dos opciones: empezar a pensar del modo en que Dios y tu sociedad quieren que pienses o ser abandonado por todos. (…) Relájate o déjanos en paz. Nunca conseguirás que renunciemos a nuestras esperanzas. Nunca conseguirás que despertemos de nuestros sueños. No somos seres contradictorios cuya pervivencia solo empeora su grave situación como mutantes que encarnan la lógica retorcida de una paradoja. Ese tipo de opiniones nunca serán admitidas por las instituciones de la autoridad ni por la media de la humanidad. Para hablar en plata, sean cuales sean las ideas que pueda albergar tu cerebro químicamente desequilibrado son nulas, espurias o cualquier otro término despectivo que te queramos endosar a ti, que eres solo «una de esas personas». De modo que empieza a pensar que te sientes suficientemente bien durante el tiempo suficiente, deja de quejarte y vuelve a la formación."

Hugo no mejoró. Se convirtió en *una de esas personas*. Llegué a Thomas Ligotti a través de True Detective. Autor de relatos de horror sobrenatural, sirvió de inspiración a Nick Pizzolato, el creador de la serie, para dar coherencia y peso ontológico al personaje de Rust Cohle. La serie tuvo éxito, lo que seguramente fue una sorpresa para la productora HBO, y además tuvo buenas críticas. Leí sobre el tema en foros y webs, de forma anárquica y obsesiva. Ya había encontrado a algunos autores afines a Ligotti durante mis años en la universidad,

compraba libros de saldo en el vestíbulo de la facultad de Filología o los robaba en las librerías —los únicos lujos por los que pagaba su precio entonces eran el tabaco y el alcohol—; la densidad preclara de Schopenhauer, el sarcasmo histérico de Cioran, prefería a los pesimistas que a los sistemáticos, los psicológicos o los superhombres. Pero nunca había leído nada que se ajustase con tanta exactitud a lo que fue la evolución de Hugo después de aquél puñetazo de mi padre y de aquellos macarrones comidos uno tras otro. Ligotti tenía algunos puntos en común con Hugo, principalmente expresados en una frase de la solapa de su único ensayo hasta la fecha: "cuando tenía diecisiete años sufrió una crisis de pánico - ansiedad que con el tiempo se haría crónica. Aunque algunos han querido ver en ello el origen de su visión pesimista del mundo, muy bien pudo haber sucedido al contrario". Ligotti y Hugo coincidían en su ataque precoz de ansiedad, en su hurañía, en su aislamiento autoimpuesto (los ataques de pánico llevaron a Ligotti, además, a padecer síndrome del intestino irritable, cuyo dolor le hacía retorcerse entre espasmos sobre el suelo de las salas de urgencias, además de capítulos de depresión bipolar e hipomaniaca, esquizofrenia paranoide y agorafobia; en esta última también coincide con Hugo, puesto que ambos acabaron saliendo en contadas ocasiones de su reclusión). Ambos rechazaron la vida laboral convencional. Hugo se negó desde el principio. Ligotti abandonó asqueado tras una época en que sus compañeros acabaron creyéndole un perturbado potencialmente peligroso; ambos identificaban la verdadera locura en las reglas delirantes que rigen la vida corporativa. "No creo que pudiera acudir a una entrevista para postularme a un trabajo de oficina —en realidad, para ningún trabajo— sin estallar en un ataque de risa desquiciada. No me creo capaz de pertenecer al mundo laboral americano", fue lo que leí de Ligotti en una de sus entrevistas *online*, algo muy similar a lo que oí de Hugo tiempo atrás, y durante mucho tiempo. Ambos buscaron un refugio conscientemente desesperado en su propia creatividad artística, musical o literaria, más un Valium que un analgésico, que les permite aletargarse y observar su dolor como quien observa un buitre que le picotea una pierna adormecida. Ahora creo que en lo que más se parecen es en su coherencia, en una determinación casi mística a no dejarse embaucar, ni por los demás ni, sobre todo, por sí mismos o lo que ellos consideran que son o que *no* son, ellos mismos. Se parecen en su renuncia irreversible y radical.

Cioran escribió que ni siquiera un perro es el mismo tras haber sido apaleado, que hay algo en su mirada que cambia, en sus ojos se adivina ya una nueva forma de conocimiento definitivo del que no hay vuelta atrás. Hugo experimentó esa conciencia negra a la edad de

tres años, cuando mis padres olvidaron recogerlo una tarde en la guardería. Lo sé porque me lo contó, no como un episodio traumático de su pasado sino como el mojón que supuso un punto de partida, una nueva forma de ver las cosas. Sentado en la acera esperó durante una hora y media ante la puerta del centro hasta que salió la última cuidadora y le llevó a casa, donde asistió a una tanda de reproches entre mis padres acusándose mutuamente del descuido. Hugo tuvo durante aquel par de horas un sentimiento tan atroz de soledad y de abandono que solo pudo sacar conclusiones de ello, transformarse a sí mismo para poder seguir existiendo. Un acontecimiento que si se piensa es muy común (no tiene nada de raro que un padre olvide ir a buscar a su hijo, o no llegue a ver su exhibición de ballet, o no lea sus cuentos o admire sus dibujos) en cualquier otro individuo se sublima, reprime, justifica, olvida o se convierte en rencor. Pero las piedras en el camino de los otros eran las muescas en el hueso de Hugo. Un recuerdo vagamente doloroso en otros, en Hugo era reflexión profunda y determinación para la consecuencia lógica. Pero esa determinación íntima llamó a otras mucho más prosaicas.

Hugo expresaba las ideas que luego leí en Ligotti cuando yo tenía diez u once años, aunque posiblemente llevaba reflexionando sobre ellas desde hacía mucho más tiempo y solo las expresó cuando las hubo asimilado por completo, la muesca bien hendida en el hueso. A esa edad recuerdo haber oído a mi hermano sugerir a Elvira, una amiga divorciada, compañera jovial de gimnasio y vinos blancos de mi madre, que sería deseable un control de la natalidad relativo para controlar la superpoblación mundial y evitar que miles de pobres murieran de inanición. Tal vez Elvira, que no había tenido hijos ni sé si los quería, haya sido la primera en mirar a Hugo como *una de esas personas*. Por lo menos la primera que yo recuerdo en dirigirle esa mirada entre extrañada, confusa y recriminatoria, como quien aparta la vista y se aleja de un mendigo que apesta o de un niño que vomita. Al recordar el episodio, Hugo me comentó: “Nunca entendí su postura, ella no veía que su romanticismo era más cruel que mi racionalismo en este caso concreto”. Más adelante sus posturas se fueron ahondando, y acabó llegando a la conclusión, como Ligotti, de que la cantidad de sufrimiento causado por la conciencia del ser humano excede el propio supuesto valor de esa conciencia, considerada inútil, perniciosa e incluso maligna.

Voy por la tercera Leffe y releo por tercera vez *Utopía de un hombre que está cansado.* Sigue sorprendiéndome la capacidad que tenía Borges para escribir sobre los temas capitales de la forma más simple y profunda, en apenas dos mil palabras. Admiro su simplicidad de eslogan publicitario, lucidez nítida traducida en frases como “El

hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos". Lo que daría por tener el valor de sugerir esa frase en una de nuestras campañas para una crema antiarrugas; puedo imaginar el estupor bobalicón del anunciante si propusiera una frase así. Porque el cliente quiere que su producto ocluya la muerte, no que la exponga. Ni siquiera las funerarias le recuerdan la muerte al vivo y la emboscan en un crucigrama de eufemismos.

Tras varias cervezas, las líneas de Borges empiezan a entremezclarse. Atino a leer. "Sí. Uno solo. No conviene fomentar el género humano. Hay quienes piensan que es un órgano de la divinidad para tener conciencia del universo, pero nadie sabe con certidumbre si hay tal divinidad. Creo que ahora se discuten las ventajas y desventajas de un suicidio gradual o simultáneo de todos los hombres del mundo". Me pregunto si el hombre cansado es Borges y la literatura su utopía de omnisciencia, porque el cuento empieza con una cita de Quevedo en la que aclara que es una voz griega que significa *no hay tal lugar*. Una anuencia de lo imposible, un mundo que no tiene ni puede tener ni tendrá nunca lugar, que ha dejado atrás todos los mitos, la política, los gobiernos ("por inútiles, la gente dejó de acatarlos"), en el que los hechos solo son un punto de partida para la reflexión y la razón y no para los conflictos, en el que ya no se escribe porque se sabe que todo fue ya escrito y en que solo se relee, se disfruta de la soledad y se cultiva desmayadamente el arte. Es la utopía de Ligotti, la de Hugo, su sueño hecho realidad, un mundo innominable, ahistórico, vagamente artístico, casi acrítico o con una crítica benevolente, como de *egomuertos* ligottianos. El fin de los mitos destructivos que fabrican pesadillas. Se vive el tiempo que se desea y se muere sin drama, como quien cesa. Borges admite la utopía en su última frase, el habitante del presente afirma que se llevó un regalo que le hizo el del futuro y que guarda en su escritorio. Una pintura realizada, en ese momento, con materiales dispersos por el universo, en una duplicidad imposible.
11

Ligotti los llama egomuertos, pero son un ente imposible, ni siquiera él es capaz de concretar claramente lo que son o, más bien, lo que serían, son la utopía de un hombre cansado de buscar una salida a su laberinto existencial. Son los unicornios, los seres benévolos y mansos que le guían en la búsqueda de la verja de salida de su fábrica de pesadillas, libres del gobierno dictatorial de la biología, de la obsesión con la preservación de la especie, distanciados de placeres y dolores, desapasionados. "Ni la vida ni la muerte serían aceptables o inaceptables, deseables o indeseables, buenas o malas. Seríamos los egomuertos, los *sinyo* y, si osamos decirlo, los iluminados". En una secuencia de True Detective, creo que en el segundo capítulo, Marty

hace dudar por primera vez al envarado Cohle cuando están visitando una de esas parroquias ambulantes americanas de predicador histriónico salva almas; ante las críticas de Cohle a los crédulos palurdos feligreses, Marty le sugiere que baje de su pedestal de autocomplacencia y arrogancia y le insinúa que todas sus soflamas metafísicas y críticas a la religión solo tienen el objetivo de ocultar su pánico. Es el pánico de Ligotti.

"Nací para temer, es así de claro", declara en una de sus entrevistas. Tal vez aspirando a aceptar su propia humanidad, inapelable y onerosa, o para evitar plantearse la única cuestión seria que existió para Camus —el suicidio— se pierde en meandros de argumentos racionales, críticas de autores varios y sinuosas contradicciones. De ese laberinto irresoluble emana la sensación de horror ante una conciencia que considera tóxica; no tanto de reconocer un horrible estado de cosas del que no hay salida posible, sino de la indeterminación y vaporosidad de ese estado indefinible, y que a falta de una explicación satisfactoria y totalizadora traduce en depresiones, ansiedades, ataques y fobias. Sin embargo, sin esas contradicciones y esa búsqueda desesperante y estéril, él mismo reconoce que su literatura y su arte no existirían, y que tendría muchos problemas para pagar las facturas o —lo que es peor— se vería obligado a buscarse un trabajo de oficina. En una de sus entrevistas leo que tiene pesadillas recurrentes con formas inferiores de vida, entes insectoides o humanos reducidos a insectos que solo se alimentan, se aparean y luchan a muerte; *exactamente como nosotros*, afirma, *aunque sin nuestras ilusorias racionalizaciones*. Encuentra en esa irracionalidad entomológica un recordatorio constante de la grotesca naturaleza del mundo, y, sin embargo, ese automatismo determinista debería liberarlo, porque está fuera de toda conciencia del propio mecanismo demencial.

Seguí releyendo pasajes de *La conspiración contra la especie humana* durante varios días tras mi noche de Leffes, al llegar de la agencia, pero una tarde no quise volver a casa; envié un mensaje a Néstor para tomar un vino en el Nostromo, en el Gótico, un bar de decoración náutica, discreto y oculto en una callejuela, escondido del trasiego de turistas y artistas callejeros que vitalizan los alrededores de la Catedral. Un sitio tranquilo con camarero como los de antes, mayor y silencioso, y clientes también silenciosos o por lo menos no escandalosos (una especie en serio peligro de extinción), con una barra de madera con forma de quilla de barco y una maqueta de *El holandés errante*, el barco condenado a navegar eternamente por los océanos del mundo. Llegué pronto, con el libro en la mochila, pedí un vino, lo saqué y seguí leyendo, obsesivo; al cabo de diez minutos llegó Néstor y ni siquiera me di cuenta; dejó su casco sobre la silla; cómo va

todo, bien, como siempre, campañas, y tú, bien, lo mismo, pacientes.

—¿Qué lees? —me preguntó.
—No quieras ni saberlo, un libro de un tío que dice que nuestra conciencia no provoca más que sufrimiento y tontea con la idea del suicidio colectivo; bueno, no exactamente, es complicado.
—¿Como el de True Detective?
—Exacto. De hecho, de ahí lo he sacado, leyendo sobre la serie en internet. Entonces le hablé del pasaje que estaba releyendo, sobre los egomuertos, los *sinyo*, los iluminados.
—Tiene que venir un escritor yanqui a decirte lo que son —dijo Néstor. De esos he visto yo a algunos, y he leído historias clínicas de los *sinyo* esos de los que hablas.
Entonces me contó sobre los egomuertos de los que hablaba, en los que parece que más que iluminación lo que hay es un apagón generalizado. El grotesco mundo in-significante de cucarachas deterministas al que se refería Ligotti se traduce en una realidad que suele ser mucho más prosaica y triste. Néstor, que además de ser más inteligente que yo fue más aplicado, tras nuestros años de películas de Schwarzenegger y Play World estudió Medicina y se hizo neurólogo y psiquiatra. Aquel día en el Nostromo me describió su perplejidad ante un paciente que le visitó en su consulta y tuvo una crisis de ausencia. "El tío se detiene a media frase, y su cara se vuelve inexpresiva, y se queda mirando fijamente hacia un punto detrás de mí. Yo lo llamo por su apellido, Señor Tal, me oye, luego por su nombre, pero no reacciona. Entonces ve el vaso de agua, se acerca, lo coge y bebe, como un autómata, los ojos muertos, apagados, y al devolver el vaso a la mesa acaricia un poco el jarrón. Le vuelvo a llamar y no reacciona. Se levanta, va hacia la puerta y se para. Le pregunto qué le pasa. Silencio. Me pongo ya nervioso, le llamo, mi voz un poco más firme y autoritaria. Entonces me mira, parece que la expresión vuelve a su cara, y me pregunta: ¿qué?".
Néstor me aclaró con distancia médica que el episodio había sido una desorganización de la conciencia seguido de un automatismo de ausencia, una de las manifestaciones de la epilepsia. "Y ese tiene suerte", me dice, "a otros un accidente cerebrovascular les destruye el hipocampo y se vuelven como niños de dos años, se borra su memoria y no pueden crear nuevos recuerdos, viven en un eterno presente impersonal, solo reaccionan con emociones básicas ante lo que les rodea, para ellos eres siempre alguien nuevo y ellos no son en realidad nadie concreto".
Volví a casa aún más confundido. No sé qué sería en realidad un egomuerto, pero creo que se parece bastante al tipo de la consulta de Néstor, un envase al vacío, un estado neutro embutido en tejidos

humanos que destrozó la vida anímica del epiléptico Ian Curtis, que seguramente prefería el sufrimiento al recuerdo y el peligro constante de caer en esa nada intolerable. Ligotti también reconoce que solo la emoción nos otorga identidad, y que sin ella no hay concepto que venga a salvar los muebles por bien enunciado que esté o exacto que sea. “Una depresión grave hace que tus emociones se evaporen, reduciendo tu persona a una cáscara vacía y solitaria en un paisaje desolado. No saber esta verdad de la existencia humana equivale a no saber nada en absoluto”. Pero él lo sabe bien porque lo ha vivido. El horror *se siente*, pero fuera de ese sentimiento no hay nada.

Ignoro por qué razón en un determinado momento las cosas se tuercen y lo que era un niño normal, afectuoso y travieso, el pequeño Thomas Ligotti jugando al béisbol o a lo que jugase en los descampados destartalados de Detroit en los cincuenta, o mi hermano Hugo en el anodino barrio de edificios marrones e iguales, donde vivíamos en nuestra mediana ciudad de Levante en los noventa, comienzan a tener pensamientos extraños o sombríos y en vez de reprimirlos o relativizarlos y seguir jugando al fútbol empiezan a aislarse y a pensar demasiado para su edad y a tirar del hilo de una madeja que los cambiará para siempre y los convertirá en *una de esas personas*. Porque Hugo iba para héroe. Fue el príncipe de los desposeídos durante un tiempo y yo me sentía muy orgulloso de él. Imbuyó dignidad a los tarados, los feos, los raros, los gordos, los torpes en los deportes, que organizaron un grupo efímero de resistencia junto a él, hasta su expulsión del colegio. Los persuadió de que la derrota nunca está escrita de antemano, pero sobre todo les enseñó a convertir su miedo en desprecio, y lo hizo, mesiánicamente, predicando con el ejemplo. En una ocasión una venganza fue demasiado lejos. Un descerebrado que se llamaba Lucas se dedicaba a hacer la vida imposible a un grupúsculo de alumnos; les increpaba, les hostigaba y en ocasiones los agredía. Un día, cercano ya al final de curso, fue el grupo el que buscó a Lucas. Lo localizaron, se acercaron a él y le escupieron todos a la vez. Lucas se quedó inmóvil por un momento, como no creyéndose lo que acababa de ocurrir; los gargajos brillaban en su cara. Entonces, fuera de sí, empezó a perseguirlos. Todos corrieron como nunca en su vida en una sola dirección. Se internaron en el bosquecillo que se extendía al lado de uno de los pabellones. Llegaron hasta el punto en que se acababa el terreno; más allá solo había un pequeño precipicio rocoso de un par de metros. Todos se agacharon y descendieron por él con cuidado, arrastrándose lentamente. Lucas, en su carrera, no vio el alambre fino que habían extendido entre dos árboles. Tropezó y cayó de bruces al precipicio. Ya hacía calor y Lucas llevaba una camiseta y pantalones cortos. Se desolló, literalmente. Tenía heridas por toda la

parte delantera de su cuerpo; las costras le duraron un mes, iban cambiando progresivamente de color y de textura; supuraban pus de vez en cuando. Sus padres se quejaron al director y amenazaron con elevar su queja a instancias extraescolares.

Tal vez Hugo anhelaba secretamente lo que al final le ocurrió, lo desconozco, pero ante la evidencia de que el director buscaba un cabeza de turco a quien culpar, dijo que todo había sido idea suya. No sé si era cierto, pero al cabo de tres o cuatro días le fue comunicada a mis padres la expulsión del centro. Tras su marcha, se empezó a hablar del suceso como un episodio casi homérico e instauró una especie de *pax romana* entre los alumnos. Fue la primera vez que la casta de semidioses de las buenas familias, las marcas y los deportes, cretinos modelados en las pelis americanas que hasta entonces se habían regodeado en su soberbia y su crueldad, tuvieron que reconocer su vulnerabilidad. Tuvieron miedo.

Si he adquirido algún sentido de la moral fue sin duda cuando vi lo que Hugo hacía, por quién lo hacía y qué riesgos tomaba, o cuando más tarde me lo explicaron sus antiguos compañeros. Aunque entonces, como ahora, estaba solo, y él parece haber sido el único con conciencia del estado de absoluta soledad en el que siempre ha vivido. Nunca dudó de cuál iba a ser su destino. Si algo no hacía era engañarse a sí mismo, como hicimos todos entonces, infectándonos con ambiciones y propósitos felices más vanos que improbables y como seguimos haciendo ahora que ya somos adultos frustrados que se refugian en el cinismo para sobrellevar mejor nuestro desánimo y hartazgo. Nunca buscó remedio a ese aislamiento ni trató de paliarlo como hacemos los demás para combatir nuestra apatía, o solo muy al principio y solo a veces, cuando aún no era capaz de contrarrestar a sus hormonas; no forjó amistades profundas o relaciones amorosas que él sabía que en su caso estaban destinadas al fracaso, no se refugió en filiaciones políticas, religiosas ni deportivas, ni intentó evadirse mediante excursiones de índole química. Con una sola excepción. Sofía.

La evolución de mi hermano en la adolescencia no dejó de intrincarse. Tras la expulsión del colegio acabó la secundaria de mala manera en una academia de barrio y a los catorce años empezó el bachillerato en el instituto público. Descubrió el alcohol y las chicas, descuidó los estudios —aunque sus notas siguieron siendo muy buenas—, se enfrentó abiertamente a algunos profesores, comenzó a faltar habitualmente a las clases, se ganó fama de problemático y no era raro que recibiera lo que entonces se llamaba marcialmente *falta leve* y *falta grave*. Yo fui testigo de muy pocos de esos episodios, me he hecho

una idea gracias a los retazos que he ido recopilando o deduciendo, la información que escribo es inevitablemente parcial, si no superficial. Pero es lo único que tengo; unos pocos retales, anécdotas contadas por terceros y algunas suposiciones inverificables.

Tras los primeros y precoces ataques de ansiedad Hugo aprendió lo que era la inseguridad y el temor a una nueva crisis. Ya no podía confiar en su cuerpo, pero eso hizo que se volviera precavido, como el perro apaleado de Cioran. Durante unos años —de los diez hasta los trece— desarrolló formas de autocontrol. Buscaba en ocasiones sosiego y soledad, y se hizo más cauto, más reflexivo, mejor observador; en cualquier caso mucho más que el resto de los chicos de su edad. Abandonó el equipo de fútbol y en general toda actividad deportiva y, sin embargo, como agradeciendo su emancipación, su cuerpo ganó en estatura y porte. Como si taquigrafiaran su interior, los rasgos faciales se afilaron y la barbilla se hizo más prominente. Transmitía determinación. Su mirada cambió, ya no era la de un niño ni casi la de un adolescente, sino la de un adulto resabiado; seguía yendo más o menos regularmente al conservatorio; profundizó en el lenguaje y la técnica musical (consiguió, tras unas notas excepcionales en junio, que mi padre se sintiera insólitamente orgulloso y le comprara un sintetizador Yamaha DX7, aunque Hugo nunca lo pidió explícitamente). Cuando empezó el bachillerato ya había adquirido una cultura musical amplia, teórica y práctica; había hecho algunos pinitos en razonamiento matemático y filosófico, compuesto varias piezas para piano, tenía un grupo de música con algunos compañeros de curso (Resaca en Osaka, creo que se llamaban) y había tenido algunas experiencias eróticas (ignoro si sexuales) durante los veranos con las inglesas, francesas y alemanas *hiperhormonadas* que se emborrachaban por primera vez en las discotecas de los complejos turísticos y chiringuitos de la costa.

Puede que fueran esas primeras experiencias eróticas o esos cambios físicos y hormonales, o es posible que su relación con el mundo comenzara ya a desintegrarse, pero de la misma forma que una desintegración atómica ioniza su entorno, Hugo afectaba y era influido por el suyo, y sintió la necesidad de responder a esos estímulos y a la hostilidad exterior probándose a sí mismo, es decir, arriesgando su integridad física, que es la única forma definitiva y fiable de probarse a uno mismo. La primera anécdota de la que tengo constancia me la contó Sergio Barbosa, uno de sus secuaces de entonces. Fue en una de las pellas que hacían para no asistir a alguna de las clases especialmente tediosas; solían ser por la tarde, después de comer, para evitar dormirse en clase, lo cual representaba una falta leve si te pillaban; si sucedía tres veces, la falta era grave y significaba

que en casa se iban a enterar. Iban al bar impersonal y destartalado de la estación de autobuses (que ni siquiera tenía nombre). Estaba situado al final de unas escaleras bajando desde el vestíbulo, ante los andenes, lo que le daba un toque de clandestinidad y riesgo muy atractivo para unos chavales imberbes, ebrios de autosuficiencia, pero aquel lugar no era más que un sótano que contenía un conjunto de mesas de fórmica, todas diferentes, y sillas cojas en desorden; en las paredes, a cada lado, colgaban los consabidos pósteres de las alineaciones de hacía tres o cuatro temporadas del Real Madrid y el Barça; las estanterías llenas de los alcoholes más baratos del mercado; la barra solía estar poblada por borrachos al borde de la indigencia; allí nadie exigía a los menores de edad el carnet de identidad, y un camarero indiferente les vendía quintos de cerveza y paquetes de Ducados sin siquiera realmente mirarles a la cara. Al empezar el curso, uno de los malotes del grupo, Carreño me dijo Sergio que se llamaba, bajito pero rocoso y a veces muy agresivo, puso a prueba a mi hermano. Carreño había sido testigo, durante aquel curso, de un par de los desplantes de Hugo a profesores que provocaron la hilaridad general, y para marcar territorio decidió darle un susto que consistió simplemente en esperar a una reunión más o menos concurrida de gente en que coincidieran los dos, y sin motivo aparente, plantarse frente a él y mirarle directamente a los ojos. Hugo le mantuvo la mirada, sereno y serio, y eso bastó. Como un Joe Pesci ibérico y juvenil, terminó echándose a reír, porque Carreño tenía mala historia, pero buen fondo, y desde entonces se juntaron a menudo. Hugo entró con buen pie en el grupo de primates, pero en su seno no eran todos tan amigables con los advenedizos, sobre todo si se ganaban los favores de Carreño y un estatus de alfa sin pasar por filtros de novatadas, humillaciones menores ni purgatorios varios. Uno de aquellos lacayos expresaba sus celos de macho herido en su orgullo contradiciendo a Hugo constantemente, día tras día, buscándole las cosquillas, y una vez tras otra volvía a su rincón del resentido con una sonrisa bobalicona, noqueado por la retórica y el tonillo agudo de desprecio de mi hermano, que emitía una vocecita entre condescendiente y educativa, como quien le habla a un enfermo, provocando siempre la mofa de alguno de los demás chavales. Aquel día en el bar de la estación aquel chico tenía un mal día, me contó Sergio, y se pidió un cubata, buscando dar la imagen de bebedor fuerte y la admiración de los demás. Hugo, en vez de cerveza, pidió agua. “Qué pasa, ¿hoy no te bebes tu cervecita, maricón?”, le espetó Resentido. Entonces Hugo, sin mediar palabra fue a la barra, pidió un tubo de cerveza, volvió a la mesa y se sentó. “Míralo, cómo se baja los pantalones, ¿no eras tan independiente, empollón de mierda? ¿Dónde están tus huevos?”. Hugo cogió entonces el tubo de cerveza, se acercó

a él y lo volcó entero sobre la cabeza. “Yo creo que lo tenía todo previsto”, me dijo Sergio. “Quiero decir incluso antes de llegar al bar, tío. Creo que el cabrón de tu hermano sabía lo que iba a pasar punto por punto”. Hubo una pelea posterior, épica —quintos de cerveza volaban por los aires mientras ellos se destrozaban mutuamente en el suelo— pero fue la última entre ellos.

No fue todo tan legendario. Un sábado por la tarde Hugo llegó a casa con el pómulo hinchado, se quitó la chaqueta (que más tarde registré y estaba llena de pañuelos ensangrentados) y se metió en su cuarto. Solo le vi yo, hacía tiempo que en mi casa se había perdido la costumbre de saludar a los demás miembros de la familia al entrar. Llamé por teléfono al hermano de Sergio, que iba a mi clase y jugaba en el equipo de fútbol sala. Me dijo que Sergio aún no había llegado, que más tarde le preguntaría si había pasado algo. No me llamó, pero el lunes siguiente me contó en el colegio que tras fumarse algunos porros en un parque, nuestros hermanos habían estado en un bar que se llamaba Copacabana, inaccesible y mítico entonces para nosotros (años más tarde se tornaría en mero antro cochambroso). Allí estaban Hugo, Sergio, Alberto y un par de chicas que se juntaban con ellos jugando al billar y bebiendo cervezas. No lejos de la mesa había unos cabezas rapadas borrachos, exhibiendo sus chaquetas *bombers* y sus botas *Dr.Martens* como armas preventivas. Los neonazis y los quinquis eran en las ciudades lo que más temíamos entonces, gente ruda, agresiva y —en el caso de los quinquis— pobre, en la época en que la heroína diezmaba la juventud de los barrios, y robaban casi con impunidad. Uno de los individuos de aquel grupo se acercó con expresión de SS y le pidió un cigarrillo a Hugo. Éste se lo dio. Al cabo de justo el tiempo en que acabó de fumárselo, el individuo volvió para pedirle otro. Y a lo que cualquiera de nosotros hubiera respondido entregando el paquete entero Hugo respondió tranquilamente que no. Recibió un puñetazo, pero el sujeto no se fumó más cigarros. En otra ocasión, andando solo por la calle de madrugada, creo recordar que con el ánimo algo exaltado a causa de una discusión con Magda, respondió, ante la poco amistosa petición de dinero de un yonqui contestando: “no me da la gana, imbécil”, y siguió su camino.

Hugo no fue solo el protagonista de episodios autodefensivos o de explosiones de orgullo despreciativo. En ocasiones defendió a alumnos más débiles que él o que se encontraban en situación de desventaja, como ya había hecho en los Lasalianos. Una tarde en la clase de ciencias naturales les explicaron de qué estaba compuesto el aire común, una combinación de gases en proporciones variables, compuesto por nitrógeno, oxígeno, dióxido de carbono, argón y cantidades menores de otros gases. Un tal Benegas, repetidor de curso,

disfrutaba recreando escenas de humillación mezcladas con alguna perorata que había oído en alguna película o escuchado en clase, creía que así sofisticaba su brutalidad. Ocurre a menudo en los periodos totalitarios, algunos descerebrados retorcidos y frustrados demuestran su adhesión a la ideología imperante dando rienda suelta a sus instintos más sádicos. Y eso era el instituto, un sistema totalitario cotidiano; cuando pienso en Benegas recuerdo a Elías, el personaje real que Primo Levi conoció en Auschwitz y sobre el que escribe en *Los hundidos y los salvados*. "De su persona emana un aire de vigor bestial", escribe Levi. Así era Benegas, que aquel día, a la hora del recreo, agarró a un chaval gordo y torpe de su clase y colocó su cabeza bajo el surtidor de una de las fuentes cercanas a las pistas de baloncesto. En los momentos en los que le permitía respirar, le preguntaba, "¿sabes lo que es el aire?" una y otra vez, mientras el gordito intentaba insuflar aire a sus pulmones. "¡Nitrógeno! ¡Oxígeno!" —gritaba y soltaba unas carcajadas mulares—. Hugo llegó al lugar y se dirigió a Benegas.

—¡Qué te pasa a ti! —le contestó Benegas, dispuesto en su borrachera de violencia a pelearse con quien fuera.
La estrategia de Hugo no fue el enfrentamiento directo; tan solo dijo:
—El direc me ha dicho que te viniera a buscar. Creo que han llamado de tu casa. Se ha muerto tu padre.
Los ojos de Benegas enrojecieron y salió corriendo en dirección al despacho del director. No era cierto, pero era una mentira tan brutal y cruel que pasó como un malentendido. Los profesores no creyeron que Hugo pudiera haberla dicho y desconfiaban de Benegas, poco fiable en sus balbuceos por su neandertalismo obtuso. Los alumnos que estaban presentes durante el episodio de la fuente se dividieron entre los que se solidarizaron con el chaval gordo o habían sufrido alguna humillación del cabestro de Benegas, que prefirieron callarse y no hablar con los profesores —en íntima venganza— y los que empezaron a temer que la mente retorcida de Hugo idease algo contra ellos si se chivaban. Así que todos mantuvieron la boca cerrada. Si Hugo había sido capaz de mentirle a alguien con algo así, quién sabe lo que podía llegar a hacer o a decir; el primero de este último grupo fue Benegas, que renunció a enfrentarse con él y empezó a esquivarlo. Para Hugo, por su parte, era una cuestión de justicia. Si juegas con fuego, puede que no te pase nada, pero si tienes mala suerte, te pueden quemar. A Hugo, además, los límites morales hacía tiempo que le preocupaban cada vez menos. La indiferencia iba haciéndole imprevisible y en ocasiones peligroso.
Por lo demás, Hugo vivía entonces su precoz plenitud física. Algunas tardes de sábado salía solo de casa y se colaba en los locales del

puerto deportivo. Empezó a fumar bastante, también durante los minutos de descanso entre las clases. Tras su expulsión de los Lasalianos, una vez matriculado en el instituto —donde el ambiente era más distendido— bajaba a la cantina interior del centro a tomar cortados y, según sus palabras, "fumarme un cigarrito". Era un espacio exclusivo para los docentes, pero cuando Hugo se enteró siguió yendo de todas formas, simplemente porque "era más cómodo que salir a la calle". Solía tener, durante aquellas pausas, conversaciones con algunos profesores hastiados, que carecían del sentido de la disciplina o éste era más laxo, y le dejaban quedarse porque les divertía el desparpajo de aquel chaval tan espabilado de quince años. O tal vez porque les desconcertaba. 12

Sin una sensación incesante del yo, la persona, no podríamos vivir como lo hemos hecho durante todos estos años, escribe Ligotti. En ocasiones me asalta un sentimiento de extrañeza al pensar que yo siempre he sido yo. Mi yo niño, el chaval de quince años, el casi idéntico al de ahora pero de hace dos años, o tres meses. Creer que son el mismo es un acto de fe. La mayoría de las que fueron mis células murieron y son ahora otras. Un día tras otro, tras otro, te despiertas y olvidas al instante tus sueños, pero enseguida vuelves a ser tú, renuevas tu identidad y recuperas tu conciencia. La neurociencia aún no sabe cómo ocurre, cómo una amalgama de tejidos y reacciones químicas pueden llegar a decir yo soy yo, yo soy éste; se nos escapa un parámetro invisible, un salto oculto. Es un problema no resuelto, como la dualidad cuántica para la física; puede que haya que salirse del sistema para dar con la solución, tal vez parecida a la del reto de unir los nueve puntos con cuatro líneas sin levantar el lápiz del papel; pero es posible que no podamos salir del sistema porque formamos parte de él. Solo conocemos la química y no su porqué, como un mecánico que conociera hasta la última pieza y el más mínimo engranaje de un coche pero no tuviera ni idea de por qué decide arrancar e iniciar el viaje.

El viaje es siempre hacia atrás y tiene forma de recuerdos cada vez más evasivos. ¿Qué es lo primero que recuerdas?, te preguntan a veces; el nacimiento de mi hermana, la primera vez que comí pastel de chocolate, cuando no me vinisteis a buscar al colegio y me quedé solo allí sentado en la acera. Pero esa no fue la primera vez que fuiste tú, es solo lo primero que recuerdas. O lo último, depende de cómo se mire. Antes también eras tú, te llamaban por tu nombre, te querían, actuabas, solo que no lo recuerdas. Antes de generar esa memoria ya te habían inculcado la narrativa de los cuentos de hadas, cuyo objetivo es que el niño aún desmemoriado se enfrente con valor a la vida, porque si es valiente vencerá siempre y la historia acabará bien,

cuentos ancestrales de personajes arquetípicos donde el malo pierde y el héroe vence, historias que son el epítome de toda narración por ser la primera, el monitor en el que se proyectarán todas las que vendrán luego, que solo la niegan o la validan; hasta el existencialismo no es más que un cuento de hadas donde el personaje ha perdido el rumbo o no quiere seguir luchando o seguir vivo o le da igual porque interpreta la vida como el mal. Entonces el niño ha muerto, y con él la narración y lo que se cuenta ya no importa. Es el viejo que quiere morir, pero entonces los protagonistas ya son otros, él ya es solo un comparsa que va a desaparecer sin gran escándalo.

Siempre me sucedía cuando vivía acontecimientos excepcionales, en los márgenes de las rutinas. Fiestas de cumpleaños con muchos niños jugando alrededor o en un parque de atracciones; situaciones en que la multitud o el escenario apabullaban y la emoción se desataba. Entonces todo se me volvía extraño y lejano y empezaba a verme a mí mismo desde afuera. ¿Estaría adquiriendo la conciencia? Lo ignoro. Me veía y pensaba en mí mismo como si yo fuera dos, veía a los demás y me preguntaba, qué es, de dónde sale todo esto, cómo yo he llegado a ser yo. Pero aquella emoción se esfumaba, la familiaridad volvía, lo olvidaba y volvía al mundo. Más adelante, aquel sábado en aquel autobús, todo se complicó.

El autobús se detuvo en una carretera comarcal. Volvíamos de un partido de fútbol, éramos alevines, algunos teníamos once años, otros doce; viajábamos quince críos de vuelta a casa desde un pueblo del interior. Nuestro entrenador, o tal vez alguno de esos padres que siempre acompañaba a su hijo para verle jugar los sábados nos advirtió, no miréis por las ventanas, pero al instante todos lo hicieron. Ya era de noche. Yo tardé unos minutos en mirar.

Estaba boca abajo y era calvo, eso lo recuerdo, también el brillo de la sustancia roja y blanca que salía de su cabeza abierta. No se movía. Algunos chavales se reían, la emoción los desbordaba. ¡Es un muerto! ¡Es un muerto! Su moto, o la moto que lo había atropellado, estaba tirada en el arcén. También recuerdo que empezó a dolerme la frente de tanto apretarla contra el cristal de la ventana. Entonces vi la bolsa del pan, de la que sobresalía una barra, había otra tirada en la carretera. Uno de los chavales rompió a llorar, los demás críos se rieron de él y siguieron gritando de emoción. Me parecieron perversos. Quiénes son estos desalmados, pensé, que se ríen de un muerto. No miréis, no miréis. No sé el tiempo que estuvimos parados en aquella carretera, hasta que llegó alguien que autorizó el levantamiento del cadáver y la policía restableció el tráfico. Con el autobús ahora en silencio, quien rompió a llorar fui yo. Ver un cráneo

destrozado y unos sesos esparcidos sobre el asfalto me pareció espantoso, pero la imagen que no podía quitarme de la cabeza era la bolsa de pan junto al cadáver. No concebía que aquel hombre hubiera encontrado la muerte por ir a hacer algo tan intrascendente como comprar el pan. Me horrorizaba que un hecho tan poco significativo y otro tan definitivo pudieran estar ligados por una lógica causal. Supongo que fue mi primer encuentro con el existencialismo. Llegué a casa pálido.

Durante unos cuantos meses todo me asustaba. Me parecía que la muerte podía estar aguardando en cualquier momento, lugar y situación, y no conseguía apartar esa idea de mi imaginación, que empezó a desatarse incontrolable a través de imágenes que no eran dantescas, sino simples y cotidianas. Imaginaba profesores que se desplomaban en mitad de una clase de religión, madres de compañeros apuñaladas por sus padres en mitad de cenas entre semana, compañeros descuartizados por ascensores o aplastados tras el desprendimiento de su cubículo en montañas rusas. Vivía aterrorizado en un laberinto demencial de muertes repentinas, de bolsas de pan tiradas sobre el asfalto. No quería volver a subir a un autobús, ni jugar al fútbol, ni ir al parque; no quería hacer nada que supusiese el más mínimo riesgo. Estaba encerrado en mi habitación y lloraba a menudo.

Mis padres no sabían qué hacer. Tras los ataques de ansiedad de Hugo y sus recientes episodios de rebeldía adolescente, creyeron que era él quien me estaba metiendo esas ideas luctuosas en la cabeza, qué le cuentas al crío, deberías jugar con él al fútbol y no meterle tus tonterías en la cabeza, él no es como tú, déjalo en paz. Hugo callaba ante las acusaciones, que no eran ciertas. Lejos de ser él quien me inoculaba ideas lúgubres —él entonces estaba disfrutando de su época más vigorosa— fue quien me arrancó de aquel estado de horror constante que me tenía paralizado, y lo hizo porque sospecho que los problemas existencialistas que Hugo tenía no eran consecuencia de ese tipo de horror ni se expresaban en esa clase de pánico. No era la muerte lo que provocaba su ansiedad.

Una tarde se metió en mi habitación y me dijo, David, te voy a contar una historia. “Hace mucho tiempo un soldado vio morir a su amigo en una batalla, pero antes de soltar su último aliento le contó que existía un río cuyas aguas te hacían inmortal y le indicó dónde podía buscarlo, junto a la Ciudad de los Inmortales. Tras enterrar a su amigo y acabada la guerra, reclutó a algunos hombres valientes y salió en su búsqueda. Debían cruzar un desierto lleno de peligros y llegar hasta una montaña junto al mar, pero todos sus compañeros murieron,

desertaron o se volvieron locos antes de llegar. Solo el soldado, a punto de morirse de sed, llegó a la montaña junto a la cual discurría el río, y más allá supo que se alzaba la Ciudad de los Inmortales. El soldado bebió de sus aguas y se dirigió a la ciudad, donde vivían unos seres extraños llamados los Trogloditas, que no lo ayudaron. Tras recuperarse de las heridas del viaje, fue a la ciudad. En ella vio escaleras que no conducían a ningún lado, laberintos e innumerables salas circulares, de las que se abrían puertas sin función ni propósito, hasta que dio con unos peldaños de tamaños distintos, que se abrían a un círculo donde se vislumbraba el cielo. Subió por ellos y llegó a la ciudad; anduvo hasta un palacio que le pareció eterno, donde había pasillos sin salida, ventanas demasiado altas, escaleras inversas por las que no se podía bajar o que iban a morir a ninguna parte. Al soldado aquella ciudad le pareció horrible y tuvo pesadillas con ella durante muchos años. Volvió donde estaban los Trogloditas. No hablaban, no hacían nada. Uno de ellos llevaba tanto tiempo sin moverse que los pájaros habían construido un nido en su vientre. Entonces el soldado se dio cuenta de que los Trogloditas eran los Inmortales, que habían construido la ciudad demencial sobre las ruinas de una anterior, y se horrorizó cuando cayó en la cuenta de que él había bebido de su río y ahora era uno de ellos. Entonces entendió que ser inmortal no tiene importancia, que lo que de verdad es horroroso es saber que eres inmortal; los Trogloditas habían optado por el desdén y se habían abandonado a sí mismos, porque no eran nadie en realidad. Pero también pensó que no hay cosa que no se compense con otra, así que dedujo que debía existir otro río que le devolviese su mortalidad, y que, si era inmortal, no había límite que le permitiera encontrarlo. El soldado fue en busca de aquél otro río. Vivió nuevas aventuras y batallas y tras una de ellas bebió de un arroyo de agua clara. Se laceró la mano y vio una gota de su sangre y notó que el dolor que sentía era muy vivo. Entonces se supo de nuevo mortal y fue feliz y acabaron sus pesadillas, porque ya era como todos los demás hombres".

Años después, cuando leí *El Aleph* de Borges en la clase de Literatura del curso preuniversitario, reconocí el relato. Hugo vino a salvarme del horror existencial con un cuento de hadas existencialista. "Cabrón, era *El Inmortal*", le dije a mi hermano. "Aquel cuento que me contaste cuando me daba cague todo, de pequeño". Hugo sonrió, "no sabíamos qué hacer contigo, estabas alelado después de haber visto aquel muerto en la carretera". A continuación, mintió, y aún no sé por qué lo hizo. "Papá y mamá me pidieron que hablara contigo. Imaginé que si te contaba ese relato te ayudaría a aceptar que es mejor tener que cascarla que vivir en esta puta mierda de mundo para siempre". "Tenías razón", le dije. "Me ayudó". Hugo me lanzó otra de sus medias

sonrisas y siguió componiendo en su sintetizador.
13

Más o menos en la misma época en la que Ian Curtis se colgó del tendedero en su cocina, un par de ingleses muy jóvenes se conocían en una tienda de cachivaches electrónicos en el barrio de Chelsea, en Londres, y formaron un grupo de lo que entonces se llamaba música *pop techno*. Con el tiempo, los Pet Shop Boys llegarían a ser la antítesis de Joy Division, el epítome de la música ligera popular de masas, cuyos *hits* se cantarían incluso por los *hooligans* en los estadios de fútbol. En 1986 sacaron el tema *Paninaro* (lo reeditaron en 1995), una canción que hablaba de una tribu de jóvenes italianos que frecuentaban un bar de Milán que se llamaba Il Panino, locos por las marcas, la comida rápida y la cultura americana con sus películas, sus series y sus videoclips, todo ello potenciado por los nuevos canales de televisión privada de Berlusconi y regado por la bonanza económica y el neoliberalismo salvaje de Reagan y Thatcher, doctrina que pareció ratificarse —o reivindicarse— cuando se desmanteló la URSS en menos tiempo del que los análisis políticoeconómicos tuvieron para examinarla, al menos con rigor, decretándose atolondradamente (aunque ahora es fácil decirlo) el fin de la Historia y el triunfo definitivo del libre mercado. Del póquer de ases de las religiones de finales del siglo veinte, fútbol, videojuegos, televisión y marcas, los dos últimos eran miembros de la ecuación que harían de mí un joven próspero (JASP, Joven Aunque Sobradamente Preparado, según el eslogan de un *spot* aparecido algunos años antes), y cuya incógnita finalmente despejada era de un solo guarismo: el dinero.

Hay algo incongruente en la canción de los Pet Shop Boys, algo que no es raro encontrar en muchos de sus temas, una disonancia temática, una ironía o un sarcasmo que acaban resultando ser nada más que eso, ironía o sarcasmo. En el caso de *Paninaro*, entre palabras inconexas (marcas, conceptos, objetos, emociones o ciudades) que aluden al mundo pseudocultural de los gilipollas que pueblan las imágenes del vídeo —niñatos subidos en sus *scooters*, presumiendo de su grotesco atuendo de colores primarios y sonriendo bobaliconamente a la cámara que los graba— se distinguen también cuatro voces que nada tienen que ver con las primeras, semánticamente de otro universo, en cierta forma incursionando a las anteriores: *violence, religion, injustice, death*. Cuando escuché la canción, hace tiempo, no recuerdo haber pensado demasiado sobre el tema, aunque sí recuerdo que me gustó esa disonancia, me provocó un efecto parecido al morbo que produce que una chica muy guapa suelte un eructo. Sin embargo, hace poco encontré un artículo de Luis Landeira en la revista *Jot Down* que me abrió los ojos. Transcribo: “Pasión, amor, sexo, dinero, violencia,

injusticia, muerte. Chicos, chicas, artes, placer. Comida, coches, viajes, comida, coches, viajes, viajes. Nueva York, Nueva York, Nueva York. Armani, Armani, Armani, Versace, Cinque. Como toda la obra de los Pet Shop Boys, Paninaro es muy ambigua: podría parecer una apología del consumismo juvenil, pero la inclusión de palabras como violencia, injusticia o muerte, de alguna manera, era como una advertencia de que ese inmenso *mall* en el que se estaba convirtiendo Italia llevaba implícita la semilla de su propia destrucción".

Lo que llega o pasa culturalmente en Italia suele acabar llegando o pasando en España con mínimos matices, así que llegó Berlusconi y su televisión, llegaron las series y las películas, llegaron las marcas bien visibles como insignias heráldicas; el estatus social definido por ellas, cuantas más y más grandes mejor, en pecheras y cuellos de camisa, hebillas, calzado, culos de pantalón, bolsos, mochilas, cazadoras; en hombres, mujeres, niños y adolescentes, pero sobre todo en adolescentes. Cómo iba yo a imaginar que mi vida iba a depender de ellas, no pude prever que ellas iban a ser, más que el pan de mi boca, la línea de crédito de mi lujoso y desahogado bienestar y mi principal quebradero de cabeza durante interminables jornadas laborales, en las que me dedicaba al cuidado de las marcas como un monje zen cuida su jardincillo consumista. No es lo que somos, es lo que tenemos lo que nos define, habrá las excepciones que se quieran buscar, siempre ha habido budas, santos, héroes o ermitaños antes en sus cuevas y ahora en sus pisitos de mierda, y mendigos hundiendo sus pies en caminos de lodo y luego arrastrándolos en calles impecablemente asfaltadas ante escaparates opulentos, pero eso no cambia el hecho de que lo que define la sociedad y la cultura son sus condiciones económicas; tiene más importancia histórica el descubrimiento del acero o la síntesis química del polímero de plástico que cualquier revolución proletaria. Maquillamos la Historia como inventamos la narración de quién somos a partir de recuerdos, inseguridad, narcisismo, autodesprecio, odio, apego, amor, mentira, en definitiva, de la construcción mental de quién decidimos aparentar ser.

Durante años yo fui demasiado estúpido o arrogante o idealista, probablemente las tres cosas. Me creía moralmente mejor que los demás y aún no conocía la frase de Vonnegut, "somos lo que aparentamos ser, así que mejor tener cuidado con lo que aparentamos ser". Cuando Róber me propuso trabajar en la agencia ("tú tienes ideas, irá bien, echarás horas, pero ganarás pasta") pensé, vale, por qué no, podemos probar, prefería prostituirme intelectualmente a malvivir de correcciones o traducciones literarias que llevaba ya un tiempo haciendo, para siete editoriales distintas, con míseros ingresos. Después de no trabajar durante meses tras el accidente, no sé qué

hubiera hecho sin la indemnización, que llegó cuando mi situación económica empezaba a ser peligrosa. De alguna forma u otra, siempre aparece algo o alguien, que me salva del hundimiento final y definitivo.

Un par de años mayor que yo, Róber trabajaba para su padre, el empresario Solanas, en la época en que me contrató como agente inmobiliario para enseñar viviendas en aquella caseta de ventas, donde languidecía durante horas. Róber venía los jueves desde Barcelona a salvarme del letargo. Revisaba los materiales que harían falta en el plan de construcción de la semana siguiente y controlaba la facturación de las partidas de obra. Charlábamos y fumábamos juntos y muchas veces al acabar la jornada nos íbamos a tomar algo; acabamos haciéndonos amigos y quedando a menudo. Más adelante trabajó para el ICEX en Miami y se sacó dos o tres másteres en ventas, pero eso solo cubre su expediente como un salvoconducto; su verdadero fuerte siempre ha sido su personalidad resuelta y su capacidad de negociación. Es de esas pocas personas que le cae bien a todo el mundo. Con él, simplemente parece que nada se desviará de lo planeado. Ha trabajado vendiendo en varios sectores, desde puertas de ascensor hasta azulejos, pero de todo se acababa cansando hasta que llegó la posibilidad de entrar en la agencia de publicidad Vanitas como ejecutivo de cuentas; "nunca había tenido una sensación tan clara de vender humo como en el sector de la publicidad", me dijo una vez. Róber contacta y convence a clientes potenciales de que escuchen nuestras propuestas creativas, y de que las compren. Alrededor del cambio de milenio la publicidad española era de las mejores del mundo y la competencia era feroz, así que durante el primer lustro de los dos miles, Toni, el director creativo y socio fundador de Vanitas, empezó a estar desesperado por encontrar nuevos perfiles creativos.

No lo planeé ni tuve cuidado, me cansé rápido de mi vida de ermitaño estoico sin un duro en mi pisito de mierda, tras los meses en el hospital acepté la propuesta de Róber; Vanitas me contrató como creativo *junior* y ascendí socialmente de la forma más injusta posible, por enchufismo. De pronto me encontré en el epicentro de la sociedad de consumo, el departamento creativo de una agencia de publicidad, y ahora iba a ganar dinero en el lugar donde se idea cómo y para quién se debe gastar el dinero con el que comprar una apariencia. Cuando sentí ese prurito de tener cierto poder sobre los demás, por muy indirecto que fuera, no me rasqué la espalda, lo disfruté todo lo que pude.

Recuerdo de nuevo el cuento de Borges, *"la gente era ingenua; creía que una mercadería era buena porque así lo afirmaba y lo repetía su propio*

*fabricante”*. La frase es casi exacta. Pero solo casi. El fabricante pagaba, y mucho, para que lo afirmáramos y repitiéramos nosotros. Cualquiera de los polos éticos del circuito nos servía; lo importante era que fluyera la corriente. Violencia, injusticia, muerte; utilizábamos todo lo que estaba legalmente a nuestro alcance para vender, la contradicción no nos provocaba conflictos morales sino que era una herramienta más; inventábamos el eslogan *“no es lo que tengo, es lo que soy”* y nuestro objetivo era vender un reloj que luce en la muñeca de una pelirroja preciosa con un escote que deja entrever un buen par de tetas y unos labios carnosos muy rojos (eso antes del *Photoshop*); no es lo que era, es lo que tenía, pero nadie reparaba en ello o a nadie le importaba, y menos a nosotros si las cuentas le cuadraban al fabricante; en realidad el mundo publicitario es solo el corolario, la consecuencia lógica que deriva del aumento de la producción, la competencia y el fetichismo de la mercancía. Incluso en los inicios del comercio los alfareros ya marcaban sus vasijas y cráteras para diferenciarlos de los de los demás artesanos; el *modus operandi* ya estaba ahí, la comunidad científica concuerda en que el genoma humano en los últimos cien mil años solo ha sufrido mutaciones menores relacionadas con nimiedades como la tolerancia a la lactosa o la pigmentación de la piel; ningún cambio cualitativo en cuanto a nuestras capacidades cognitivas, lo que se traduce en que, básicamente, tenemos el mismo cerebro que el antiguo cazador recolector, escriba babilónico o lapón del siglo XIX; nos excitan las mismas perversiones que a Sade, nos pierde la gula de la hamburguesa o del cordero lechal, lo relevante es que nos pierde, y tenemos parecidas tendencias agresivas, que sublimamos de formas tal vez más refinadas que hace un siglo, lo relevante es que las sublimamos. Nos mueve lo que la Iglesia Católica considera los pecados capitales, “vicios de los cuales nacen otros muchos”; recuerdo la sentencia de los Lasalianos, Santo Tomás y su dichosa mortificación; precisamente para no mortificarnos gastamos en pecados nuestro dinero. La cultura del entretenimiento reina soberana desde la revolución tecnológica para evitarnos pensamientos ligotianos que nos angustian y nos mortifican (“toda distracción que invitamos o inventamos solo es un intento de escondernos de esta maldición que es la existencia, cualquiera que lo niegue es pura y simplemente un cretino”, escribió). Por eso el consumismo más que cautivarnos nos cauteriza.

Yo hice de la seducción mi profesión, y allí me disfrazaba y me ocultaba, pero en realidad trabajaba para las fuerzas de la inercia y de la distracción, y lo pasaba bien haciéndolo. Lo pasaba en grande porque había algo que no me esperaba en un principio pero a lo que más tarde me haría adicto, me di cuenta de que nuestros anuncios

tenían más éxito cuanto más estudiábamos el campo sobre el que teníamos que trabajar; cada campaña era la preparación de una batalla, y la guerra se libraba en el campo de la mente colectiva.
14

*En el centro profundo de las estrellas, ese difícil y mortal equilibrio ha sido logrado. A fuerza de intercambios el universo entero lo alcanzará, y estará tibio y muerto. Jorge Luis Borges*

Nadie sabe lo que es habitar la mente de otro. Escribe Primo Levi sobre Elías que su físico y su temperamento se adaptaban perfectamente a Auschwitz, que tal vez por ser un demente fuera capaz de resistir a la prácticamente unánime aniquilación interior mental del campo. Trabajador infatigable, dueño de una musculatura desmesurada pese a ser casi un enano, respetado por los *kapos* y los soldados de las SS —que se partían de risa con él— y los demás internos —que le envidiaban y le temían—, brutal e irreflexivo, *prospera y triunfa*, escribe Levi; no vive a pesar de su carencias sino precisamente en función de ellas. Conjetura que es más que posible que una vez libre, fuera del *Lager*, donde la vida se rige no ya por otras reglas, sino simplemente por reglas (entendido lo último como una comunidad de individuos donde impere el Derecho y la Ley, las mayúsculas son apropiadas aquí), Elías acabe en una cárcel o en un manicomio. Tiene gracia. Hugo nunca fue un demente, es posible que se encuentre en el extremo opuesto a la demencia, pero le une con Elías un parentesco de naturaleza difusa, un aire de marginalidad; posiblemente en el universo cerrado de colegios e institutos, donde las acciones y actitudes son todavía genuinas, las relaciones entre individuos son más viscerales y las leyes más arbitrarias, fuera el único ámbito en el que era factible que mi hermano prosperase y se hiciera valer y respetar, donde podía *ser alguien*. Me pregunto si Hugo y Elías se hallan entrelazados aunque estén en los extremos de un mismo campo magnético, el polo de Elías es el de la fortaleza física y la barbarie y el de Hugo el de la mente como último bastión del yo, sede de una identidad ultraconsciente a la manera kafkiana, ambos extremos consiguiendo una precaria estabilidad solo en entornos tan inestables como gases explosivos.

Para el resto, nosotros, los comunes, la masa, fuera de la institucionalidad educativa todo se volvió revitalizador por el rasero democrático de lo mediocre y lo funcional, y cuando salimos de las estructuras jerarquizadas de colegios e institutos nuestras mentes y nuestras vidas se adaptaron como bacterias en un nuevo cultivo. Abrazamos aquella nueva laxitud y relajamiento en las exigencias con alivio, casi con alegría; nos sentíamos más a gusto en nuestro nuevo medio insípido y temperado. Pero para Hugo, aquella mediocridad y

funcionalidad social fue una sentencia que marcaría el inicio de su espiral de aislamiento. Algunos nos fuimos a estudiar a Barcelona, otros a Madrid, Pamplona o Zaragoza. Hugo se quedó en nuestra ciudad mediana de Levante para estudiar Ingeniería Industrial, aunque bien podría haber sido Informática de Sistemas o Química; en realidad le daba igual la carrera en la que matricularse porque él ya sabía que los conocimientos que iba a adquirir nunca se traducirían en nada práctico —por muchas posibilidades laborales que ofreciera la ubicua industria que había en nuestra zona— y también sospechaba que cuanta mayor objetividad de baremos académicos tuviera su carrera (de ahí su opción por una técnica) menos problemas representaría para él. De hecho, la practicidad de matricularse en la universidad radicaba en que le proporcionaba una excusa verosímil y fiable cuyo objetivo era diáfano: que lo dejaran en paz unos años más.

En mi caso, el inicio de la universidad y mi marcha del hogar familiar puso fin a un periodo (dos años, puede que tres) de una holgazanería creciente e invasiva. Pasaba mis tardes en una pachorra vegetal de sofá y televisión, salvo algunas escapadas al Play World o a tomar cortados mientras jugaba al billar o al parchís con quien quisiera acompañarme al Barón. Mi única concesión al ejercicio físico era gracias a mi afición a patinar con mi *skate* Santa Cruz con tres o cuatro colegas, aunque nunca llegamos a superar el nivel de un *ollie* torpe para intentar un *grind* en algún banco de piedra que el noventa y nueve por ciento de las veces acababa con el patín rodando lentamente hacia la lejanía y nuestro culo blandengue en el suelo. Solíamos terminar la tarde fumando canutos de hachís en algún parque desierto. Conservo pocos recuerdos de entonces, si acaso una sensación de sopor denso, de paso de los días con cadencia carcelaria, como haciendo acopio de fuerzas hasta el momento de levantarme y partir hacia la gran ciudad. Hay teorías que especulan con que el universo se define no por tiempo, materia y energía, sino por su configuración organizada en sistemas coherentes, por la cantidad de información que ocurre entre sus límites (si éstos existen). Mi universo vital en aquella época se hubiera caracterizado por un grado de entropía elevado y una temperatura tibia. Apenas estudiaba y aprobaba por inercia (mis notas se resintieron, pero no lo suficiente como para alarmarse), volvía del colegio a casa donde ya nadie me recibía (mi padre trabajando hasta muy tarde, o eso decía, mi madre en recurrentes citas con amigas, o eso decía, Juan y Magda no aparecían hasta el fin de semana, Hugo en su habitación, supongo, componiendo con su Yamaha, porque nunca decía nada). Me dejaba llevar por un automatismo insectil; arrojaba la mochila en el recibidor, descargaba mi orina en el lavabo, buscaba el mando a distancia y me

disponía a absorber horas de televisión sin filtro hasta que un impulso más fuerte o una fuerza hostil me obligara a moverme. Recuerdo una serie americana de risas enlatadas que me sacaba de mi letargo de programas basura y de concursos pintorescos. La ponían en el Canal + alrededor de las ocho de la tarde y se llamaba *Búscate la vida.* Me tuvo hipnotizado durante una buena temporada. El argumento era tan absurdo y las situaciones y diálogos tan descacharrantes que provocaban en mí un efecto narcótico. Recuerdo que empezaba con una canción de R.E.M y trataba de un imbécil de treinta años llamado Chris Peterson, calvo y con barriga que trabajaba de repartidor de periódicos subido a una bici y que aún vivía en la casa de sus padres, que lo humillaban de continuo y solían estar en la cocina y siempre en batín, y ante cuyos ataques Chris siempre se mostraba indiferente, incluso arrogante. Creo que me gustaba porque con ella entendí lo que era la sátira, tomar una situación que en la vida real sería conflictiva o dramática o incluso trágica y, mediante el recurso a un surrealismo *punk*, hacer de la narración del drama algo hilarante. Hugo vio conmigo algún episodio en alguna de sus incursiones fuera de su habitación y contra todo pronóstico le gustó, o por lo menos despertó su interés. Normalmente solo se sentaba diez minutos para verla conmigo mientras se fumaba un Marlboro, pero una tarde soltó, como para sí mismo: "es Ignatius, el de *La conjura de los necios*". El libro, escrito por John Kennedy Toole estaba por casa, no me costó encontrarlo. Era una esas ediciones de colección que editaba RBA, dos clásicos modernos cada domingo en los quioscos, mi padre los compraba junto al periódico y nunca los leía, muchos seguían envueltos en el plástico. Como me gustaba la serie, haciendo un gran esfuerzo salí de mi estado catódico y lo leí, y es la primera vez que recuerdo haberme reído leyendo un libro. Hugo tenía razón, seguramente los creadores se habían inspirado en el personaje, bicicleta y cesta de periódicos en vez de carrito de venta de *hot dogs*, calva y barriga en vez de bigote y gorro de cazador con orejeras, pero ambas reflejan a un tipejo ridículo y asocial y sin embargo lleno de confianza en sí mismo y seguro de su visión cáustica del mundo, frente a un elenco de personajes a cual más mezquino y estrambótico tratando de medrar en medio de un ambiente social estúpido y perverso. Lo que atraía la atención era lo absurdo o políticamente incorrecto de la serie en una época todavía permisiva. Lo que en *La conjura* era un tipo obeso y grasiento deseando la muerte por gaseo a los niños que cantaban en un programa de televisión y le resultan repulsivos, en *Búscate la vida* es Chris diciéndole a un dependiente que le había timado: "como Humphrey Bogart dijo en *La reina de África*, no puedes comprar mi silencio con una sucia gorra de pato". Kennedy Toole se suicidó, dicen que a causa de no ver su trabajo publicado,

visión algo simplista porque Toole vivió alcoholizado la mayor parte de su vida y en los últimos meses sufría manía persecutoria. Su madre consiguió que publicaran el texto y póstumamente ganó el Pulitzer. De nuevo la sátira. Me compré el libro de nuevo hace un par de meses, esta vez en la versión de bolsillo de Anagrama, habiéndolo dado por perdido entre las bibliotecas familiares atiborradas. No lo he leído entero, solo algunos pasajes, para recordar más su tono que su historia. Empieza con la cita de Jonathan Swift: "cuando un genio verdadero aparece en el mundo lo reconocerás por la siguiente señal, que los necios se conjuran contra él".

Nadie se conjuró contra Hugo e ignoro si es un genio. Lo que en *Búscate la vida* o *La conjura de los necios* resultaba tan gracioso, se disipa en la vida real, donde lo cómico se encuentra raramente y es disperso, esporádico, inesperado. En las series y los libros dotas de un tono a lo narrado: cómico, melodramático, trágico. Usas la elipsis como una trampa y un atajo para evitar los ratos muertos y tediosos, todo tiene sentido y aporta información a un universo que se quiere estacionario, los personajes quieren siempre algo, aunque sea un vaso de agua, y no se atragantan ni tartamudean ni se tropiezan si eso no va a aportar algo al sentido de la historia. Nadie está simplemente no haciendo nada o siempre en bata, las narraciones son como los peces en la pecera, no pueden estar quietos. Hugo nunca quiso salir de la casa familiar, pero él no es Chris Peterson y no hay carcajadas histéricas desde no se sabe dónde. Siempre tuvo una visión negra de la vida y de los demás, pero no es Ignatius Reilly. Porque Chris e Ignatius son caricaturas. Pero Hugo es real, y lo que ocurrió es que se convirtió en *una de esas personas*, cuya descripción exacta encuentras en un libro tan indescriptible como el de Ligotti, que nadie lee. Y no lo leen porque no tiene un tema definido, y ni siquiera es una narración. Tiene lucidez, pero no tiene tono porque es transparente. Asusta y ahuyenta, como empezó a asustar Hugo a los que le rodeaban. Y cualquier ser vivo suele preferir la huida a la lucha.

Todo ocurre lentamente a lo largo de un tiempo prolongado y los sucesos despistan y extravían y solo los interpreto cuando ya no sirve para nada, porque Hugo ya no está y no se lo puedo explicar, o por lo menos aclararle por qué no hice nada cuando pude, si pude hacer algo, porque ni yo lo sé. Tampoco sé interpretar mis libretas azules repletas de pensamiento vomitado e inconexo, de desequilibrado, líneas de las que no consigo extraer una narración ni un sentido, y solo soy capaz de referirme a mi hermano con una locución vagamente aproximativa, *una de esas personas*, que aparece en un libro de Thomas Ligotti que nadie debería leer, o que todo el mundo debería leer, porque nos abre los ojos al horror que puede suponer

estar vivo; en fin, tampoco estoy diciendo que deba ser lectura obligatoria en los colegios, pero tal vez nos haga más sabios, o menos arrogantes, leer a alguien que nos sugiere que vivir quizá no esté tan bien como hemos venido creyendo durante todos estos años.

Convertirse en *una de esas personas* exige esfuerzo, tenacidad, dedicación, pero sobre todo indiferencia. Auténtica y sincera. Pero la indiferencia requiere voluntad, si no es verdadera se queda en pose y en ridículo. No es tan fácil, no puede impostarse como quien pasa por una época extraña y empieza a vestirse raro o se apunta a sesiones de meditación trascendental o se rapa el pelo al cero. Como quien tiene un objetivo o algo oscuro de lo que escapar para luego volver a su yo *auténtico* con fuerzas renovadas tras la travesía del desierto. No sucede de un día para otro. El patrón de pensamiento férreo que convirtió a Hugo en alguien tan poderoso en sus años de formación fue el que resultó intolerable a los amigos que como electrones orbitaban su pesado núcleo atómico cuando la vida pasó página. Los comentarios mordaces y las afrentas a la autoridad que antes resultaban tan ocurrentes y jocosos se convirtieron en suficiencia pasiva y pensamientos filosóficos elaborados que contradecían constantemente el estado de ánimo exaltado, pseudoviril y hormonado de sus compañeros, y ellos simplemente no sabían qué decir ante su desarmadora elocuencia y clínica observación ni cómo actuar frente a su desesperante falta de pasión juvenil. Fue como si se hubieran silenciado las risas enlatadas, como si Hugo ya solo estuviera en el mundo por inercia, puesto que para él no habría ya sorpresas ni novedades. No tenía ilusiones ni ambiciones personales. Cualquier batalla estaba de antemano perdida, y no solo si la libraba él —lo que desde luego él no estaba interesado en hacer— sino cualquiera que emprendiese la vana empresa. Lo suyo no era una queja, era una valoración exacta y quirúrgica de una realidad que inevitablemente y por motivos diáfanos era invariablemente vomitiva. Mi hermano se consideraba ya a sí mismo, por encima de todo, un compositor. Lo único que lograba subyugarlo, mantenerlo cuerdo, lo único digno, lo que justificaba el mundo (o mejor dicho, lo único que hacía que el mundo fuera de algún modo justificable) era la música. En ella ponía toda su inteligencia y sus escasas ganas de vivir. Sus emociones se modulaban a través de la expresión musical, lo que ocupaba la mayor parte de su tiempo libre. Todo lo demás era espejismo y engaño, horror, y en el mejor de los casos juego, ingenioso tal vez, pero finalmente vacuo, cínico y la mayoría de las veces perverso. La única condición del ser que valoraba era la del genio, que interpretaba certeramente a través del arte lo que, por lo demás, solo era un desbarajuste ontológico colosal. Hugo era a la música lo que un poeta

maldito a la literatura, jamás hizo nada por hacer público su arte, nunca se esforzó en que los demás disfrutaran de algo suyo, algo que, de todas formas, él aseguraba que no podían entender. El erotismo voluptuoso y corto de miras de las mujeres jóvenes de la palurda localidad en que vivíamos, que a nosotros nos provocaba sueños húmedos y frustración, a él lo dejaba indiferente. Su grupo de amigos fue mermando, cuatro, tres, dos; al final solo le acompañaba algún electrón desubicado y confundido. Ellos no se conjuraron contra él, los derrotó por agotamiento, y acabaron alejándose. Pero en vez de hundirse o amoldarse a un cultivo más benigno, mi hermano se replanteó su existencia como resistencia, con la música como única ley de un universo entrópico, tibio y muerto.

## SEGUNDA PARTE

### EL AÑO DE LA CONFUSIÓN 1

*Hay que extraer, pues, una nueva ecuación: la conciencia solo subsiste en los accidentes. Paul Valéry*

La noche del siete de febrero del año 2004 no estaba en Barcelona, estaba en mi pequeña ciudad de Levante. Solo iba a sesenta kilómetros por hora y ni siquiera iba en mi Honda CB 500, iba en una *scooter*, la *scooter* de Néstor. Me voy a casa, Néstor, estoy muerto. Coge la moto, me dijo, yo voy pedo, así mañana la tengo cerca de casa. Pasaré por la tuya a comer y pillo las llaves. Anduve un rato junto a los barcos amarrados en el puerto deportivo; pequeños grupos clandestinos esnifaban cocaína entre los coches. Había bebido, pero no en exceso, y como también había bebido el día anterior, disfrutaba de una lucidez algo engañosa. Arranqué la moto y emprendí la marcha. Tomé velocidad y de repente sucedió.

Cuando te has dado cuenta de que el coche que tienes delante no te ha visto, de que está dando marcha atrás, indiferente, de que ya no hay tiempo para avisos, ya estás sintiendo esa sensación de brutalidad encapsulada, pero no dura mucho, no hay tiempo para el pánico; nuestros peores miedos nacen de la anticipación, Balzac tenía razón, porque ya estás en el suelo, y ahora todo está lejos. El tiempo se desintegra. Los gritos que oyes y que se refieren a ti, a lo que acaba de pasar, están fuera, mientras tú estás en el interior de una burbuja. Encapsulado. Cuando ves tu pierna en una postura imposible, la sangre que poco a poco tiñe el asfalto, no eres tú, tú estás fuera. No duele. Solo, y sin evaluar la situación, como observándolo todo desde una silla de juez de tenis, inclinas la cabeza hacia atrás y la apoyas en el suelo. En ese momento te vas a otra parte.

El dolor llega más tarde, y de una forma no prevista. No inesperada en el sentido de que llegue de repente, eso también, sino que sobreviene de formas que antes no podías haber imaginado. El dolor es neutro y tiene su propia aura, es casi divino. Y cuando tienes un accidente, el dolor hace sus presentaciones, pero no tiene prisa. Es un caballero. O mejor, una dama. Te saluda, estaba por aquí y he decidido venir a conocerte, estaremos un tiempo juntos, me gustaría iniciar una relación contigo, no sé si lo pasaremos bien, pero te aseguro que no me olvidarás. Has conocido alguna mujer así, no debes sorprenderte. Te impone silencio, te manda callar. Anula tu personalidad. O peor, te despierta al hecho de que tener una personalidad y un carácter es un lujo que solo en ausencia de dolor te puedes permitir.

Los hospitales solo son grandes moles de arquitectura brutalista o nombres de paradas de metro, o el aséptico lugar donde trabaja un amigo o un familiar. “No me gustan los hospitales”, imagino cuánta gente dice esa frase todos los días. Es como decir, no me gusta el dolor. No me gusta la muerte. Obvio. No te jode. No aparecen en la

televisión, salvo por algún alarmante brote de *Legionella*, algún incendio o algún documental que nadie ve. Y de repente el hospital se convierte en tu mundo, en tu único universo, en tu ambiente, en tu círculo social, en tu vida, al fin y al cabo; una vida que ya no es como la de antes y está dotada de una fragilidad desconocida hasta entonces. Es curiosa la sensación de despertar en él, es extraña la expresión del médico cuando acude a verte y habla con tu familia de la serie de operaciones que te esperan o de la sangre que perdiste, o cuando te leen el diagnóstico. Rotura de pelvis en cinco sitios distintos y desgarro de vejiga. No suena bien, seis partes de tu cuerpo que dabas por supuestas van a reclamar toda tu atención.

Antes eras el protagonista de tu narración, triunfador o perdedor, pero siempre omnipresente, desde que te levantabas hasta que te acostabas, y ahora eres una masa biológica disfuncional, patética e inmóvil. Es grotesca la sensación de vulnerabilidad, de saber que tú ya no tienes poder de decisión, de que tu opinión poco o nada va a tenerse en cuenta en los acontecimientos que te esperan, implacables. Tú solo quieres dormir, irte lejos de nuevo, como cuando viviste el accidente, un accidente que le sucedió a otro en realidad. Es desconcertante el sentimiento de agradable vacío, los lamentos, los lloros y las frases amables que oyes, en la lejanía del pasillo. Y empiezas a amar al agujero en tu estómago, porque eso no es dolor, solo es hambre y te sientes vivo. El tiempo.

El tiempo se modifica y se transfigura. Antes volaban las semanas, *cómo pasa el tiempo*, ya es domingo, ya es fin de semana, otra vez las uvas. En el hospital las horas se duplican, duran ciento veinte minutos que a su vez duran trescientos sesenta segundos. Aprendes a odiar la televisión, pero te enamoras de la presentadora del telediario de las tres, reconoces todos y cada uno de sus gestos y mohínes, le deseas mentalmente buenas tardes cada día, e imaginas que la acabas conociendo. Te conviertes en guionista *en la nube*. Tienes tiempo para fantasear con tu boda con ella, los problemas de drogadicción de vuestro hijo, los cuernos que te pone con el realizador, que se muere su hermana, que te hartan sus malos humores, el previsible divorcio y la erótica reconciliación. Aunque el erotismo solo llega al cabo de unos meses, cuando ya aburres al exigente y celoso dolor, ya no te impone tanto porque te has acostumbrado y lo conoces, como las *femme fatales* que no han conseguido matarte o llevarte al suicidio. Así que inicia su retirada, poco a poco. Solo entonces el erotismo de hospital es un nuevo descubrimiento, que poco o nada tiene que ver con dos enfermeras vestidas de blanco a la que les adivinas los ligueros mientras te practican una felación. Nada de eso. El erotismo de hospital es un muermo blando, no es el erotismo del eyaculador

precoz sino el del impotente; es una voz decidida o femeninamente varonil, es un sujetador algo pasado de moda que cubre unos pechos pequeños y unos sobacos algo sudorosos. El erotismo es la cara de fatiga que se dibuja en las facciones de la enfermera, cuando decides encuadrar con tu mirada sus ojos en vez de su escote, ajeno a toda vergüenza, porque en el hospital eres libre de mirar adonde quieras y cuando quieras, no hay reproches.

Silencio, soledad. Te acostumbras a leer, aunque no te apetezca, por saturación televisiva. Y simplemente, porque cada libro te regala un tiempo nuevo, distinto del tuyo. Novelas en primera, en tercera, incluso en segunda persona, como lo que escribes ahora como si fueras dos. Sucesos en un solo día e historias que se desarrollan a lo largo de generaciones. Seres humanos tan distintos que parece que no pertenezcan a tu misma especie, que pasan por situaciones diversas, opuestas a la inmovilidad, que es tu única historia, tu única circunstancia en este tiempo estéril. Aprendes a amar esas horas lejos de ti, lejos del hospital, de las memorizadas manchas de tu pared, que podrías dibujar con una exactitud de cirujano. Cada vez que te interrumpen y te hacen volver, para darte de comer o para medicarte, notan tu mirada de fastidio, tu autocompasión y tu resentimiento por haberte obligado a volver a lo real, a tu vida átona de enfermo convaleciente.

Solo al cabo de dos meses tras el accidente empiezas a escribir tu diario, por necesidad. Es tal el desespero, el vacío, te corroe tanto la rabia y la quietud, que necesitas expresarte, plasmar palabras, compadecerte, irte, aunque solo sea para volver más tarde, porque mientras dura el acto de escribir el tiempo es tuyo. Dotas de sentido a algo que no lo tiene, al muerto anónimo de la ciento dos, a las conversaciones sobre la carrera de motos del pesado de la cama de al lado y el imbécil de su hijo, a las frases poéticas y haikus que, solo por tedio, te inventas. Y es que hay algo de masturbatorio en eso de inventar frases sin verbo, o en buscar un adjetivo durante media hora; nunca hay prisa, solo calma, solo cápsula, solo tú. Escribes sobre actualidad hospitalaria, describes la película que te gustaría ver antes de verla, insultas a Dios, te planteas si es genéticamente posible un cruce entre un pequinés y un san bernardo (y la criatura que resultaría de ser posible), te inventas chistes, te imaginas en un concierto de los Doors en el sesenta y siete, inventas una noche psicodélica reencarnado en Jim Morrison, historias sobre la frontera mexicana, sucesos pornográficos con las chicas de la tienda de fotocopias, la muerte de García Lorca, que eres tetrapléjico, te has quedado solo en el mundo y no puedes alcanzar un vaso de agua (en el hospital siempre los hay en peor situación que la tuya, por lo que la queja está

proscrita, aunque no la imaginación), que te mueres y despiertas en un futuro que ya no consigues imaginar. Acabas tan cansado, todo requiere tal esfuerzo, que te convences de que nada merece ser contado, de que todo debería olvidarse, y pronto. Eso es lo único que aprendiste durante los tres meses que viviste en un hospital.

2

Recuerdo y escribo. Estamos a finales de 2006, o tal vez en 2007. Sufro una resaca intensa. No podré recordar ninguna peor, pero eso será más tarde. He salido a la calle, no consigo fijar mi visión, el dolor de cabeza es insidioso, si no pudiera achacarlo al efecto del alcohol en mi metabolismo su intensidad me preocuparía. El exceso etílico ha desatado los congéneres en mi sistema metabólico, es su fiesta ahora, el turno del metanol y el polifenol, que bailan el *rock* que no bailé yo anoche, porque soy un cobarde animal de barra fija. No puedo recordar las últimas tres horas de la noche de ayer, o más bien de hoy. En mi estado actual, me maravillará haber sido capaz de llegar a casa, me figuro que tambaleándome por las calles, apoyándome en las paredes, sentándome a veces por la falta de equilibrio. Aún me sorprenderá más haber sido capaz de levantarme de la cama.

He escrito dos de los últimos tiempos verbales del párrafo anterior en futuro simple de indicativo porque son temas que solo me habré planteado cuando sea capaz de salir del estado en el que estoy. Me siento débil y blando como una babosa, pero seco. Imagino que para todas las actividades necesarias previas a salir a la calle (ducharme, vestirme, buscar las llaves para no salir sin ellas de casa) ha entrado en juego mi sistema límbico sirviendo al instinto de conservación de la especie, en este caso mi motivo egoísta de no acabar fuera de la campaña de una compañía europea de telefonía móvil. De las importantes. Hoy es la reunión. A las diez, tenemos que darles una idea válida, que aprueben por fin lo que les propongamos; ayer volví a casa a las siete, pronto para Vanitas, porque quería trabajar en la idea, reflexionar, leer literatura de gramática simple de aquello que a veces logra inspirarme, Stephen King o Bukowski o haikus japoneses, encerrarme en mis cuatro paredes del despacho que solo uso cuando quiero estar solo y ver vídeos dispares de internet o perderme en la pornografía o escuchar el *Who Made Who* de AC/DC y mientras fumar y divagar. Pero no podía concentrarme, algo me sacaba a la calle, sentía que algo me empujaba, algo inconcreto y de un orden imperativo e incomprensible, como lo que debe de sentir el cangrejo que se cae del puchero del cocido en el que perecerán hervidos sus hermanos; quería salvarme y salir y celebrarlo. Mi casa era un barreño azul de plástico muy nuevo donde buscaba en vano las esquinas. Necesito líneas rectas en mi vida. Abrí otra cerveza mientras me ponía

el cinturón y escuchaba *Sink the Pink*. Salí a la calle y me metí en un bar de la calle Tuset, serían las ocho. Creo que fue la última vez que consulté la hora. Empecé con ron y seguí con ron, y he olvidado la conversación que tuve con un individuo acodado a la barra del que dudé si era o no un indigente, pero que me recordó al ángel oscuro y cabizbajo de *Cielo sobre Berlín* y que tenía el pelo blanco y ojos de sabio que expresaban fortaleza, tristeza y derrota. Anduve cuesta abajo, crucé la Diagonal y pensé que ese era mi Rubicón, mi suerte echada, ya no iba a volver a cenar a casa y lo supe mientras bajaba Balmes hacia la Barcelona noctívaga del Gótico y el Raval. No sé qué acabé bebiendo ni con quién hablé, esas noches a partir de un determinado momento son solo fogonazos asociados a una emoción o a un vértigo. Siempre me sorprende cómo puede pasar tanto tiempo, cómo se llenan nueve horas de material psíquico, el tiempo de una jornada laboral, solo en la ciudad, de noche, cuando luego las lagunas inundan tanto espacio de la memoria. Recuerdo lugares y garitos innombrados a los que no sabría volver y gente extraña, pero perteneciente a ese mundo etílico que era el mío; el planeta distorsionado de la noche, habitado por el animal alcoholizado, con piloto automático de automatismos y carcajadas, viajes al lavabo a vaciar la vejiga, evitar mirarte al espejo mientras te lavas las manos; cerebro reptiliano a pleno rendimiento y conversaciones inconexas.

Hoy, ese día de 2006 o tal vez de 2007 —uno de los dos días que cambiarán mi suerte o mi destino o mi historia— no he cogido el coche, me da miedo no poder fijar mi visión, que aún es doble o borrosa alternativamente, doble *y* borrosa en algunos momentos, así que salgo a la calle donde la luz de la mañana me agrede y me meto en el autobús. Me preocupa el olor etílico que despiden mis poros, aunque nadie alzará el dedo acusador al llegar a la agencia —el mundo de la publicidad es tolerante con los vicios— sí parece que la mujer de mediana edad que tengo al lado lo nota, o yo creo que lo nota; adivino un mohín de repugnancia, un discreto apartamiento. Así que me levanto, diviso un sitio libre junto a la ventana algo más atrás y me siento, solo.

Entonces la veo. Está a punto de cruzar la Via Augusta, lleva un vestido color crema o marrón claro, no sé precisar ahora tras todo este tiempo, como no recuerdo si era hermosa o vulgar, pero tiene los auriculares metidos en los oídos y veo que sus labios se mueven. Antes de que el semáforo cambie a verde para los peatones comienza a mover su cabeza de lado a lado al ritmo de una música privada, inaudible para el mundo. Entonces sí, el semáforo se pone en verde y ella empieza a cruzar la calle moviendo todo el cuerpo y los labios a la vez, cantando, aunque no puedo precisar desde el interior del autobús

si a viva voz o solo para sí misma. Algunos la miran como mirarían a una loca, otros solo divertidos o serios con un leve fruncimiento de ceño; pero todos la miran al pasar y durante esos treinta segundos yo me olvido de mi resaca atroz y de la desesperante búsqueda de recuerdos borrados y de la tristeza de los ojos del ángel de la calle Tuset y me libero del material psíquico tóxico mientras la veo bailar al cruzar la calle, indiferente al resto del mundo y a sus miradas inquisitoriales, porque por primera vez en meses todo está bien y me siento vacío y acuoso como una babosa.

Soy un redactor creativo junior antes de ser *el* redactor creativo, la referencia para la frase definitiva, con gancho; Vanitas nunca creyó en la especialización, o no demasiado. Somos pocos, la facturación es modesta, nada que ver con las grandes agencias, pero en 2006 o 2007 todavía somos los mejores entre las independientes, los más audaces, los que se llevan dos de cada cinco premios a los que presentan sus *spots*, incluidos los de festivales internacionales; todos los estudiantes que acaban la carrera más inútil del mundo, Publicidad y Relaciones Públicas, nos envían su currículum en un sobre, como si la materialización en celulosa y tinta de su excelente formación pero nula experiencia fuera a materializar también su sueño *cool* de trabajar con nosotros, donde no hay Jerarquía, así escrito, con mayúsculas, donde un equipo de amigos colabora y gana dinero para sus clientes pero sobre todo *crea*, bajo los auspicios de una deidad ficticia —como todas— que sus creadores bautizaron como La Santa Anarquía, a la que nos encomendamos, idolatrándola en la forma de perfil de gatito negro erizado con una aureola de santo sobre su cabeza, que diseñó uno de los ilustradores. Llego a la agencia, que se parece más a un estudio de arquitectura, un espacio abierto y diáfano con *iMacs*, revistas y comida rápida sobre las mesas enormes de un ático en plena zona alta de la ciudad. Se accede a través de un portal con esgrafiados modernistas del siglo XIX; ni siquiera hay ascensor, nadie diría que allí se gesta el anuncio que te hará reír el sábado por la noche mientras te comes la pizza y ves el partido. No hay biombos ni despachos privados, no creemos en ellos, si quieres dormir la siesta tenemos un sofá, no estés en tu mesa dando cabezazos. Tenemos un futbolín y una máquina de *pinball*, nos adelantamos a los enrollados de *Google*; si ese día no te sale nada ponte a leer algo inspirador, o un cómic, Bukowski, haikus. Pero eso sí, nadie se va a casa antes de las nueve de la noche.

Es la tercera reunión con ellos, nada les ha convencido hasta hoy. Apple acaba de sacar el iPhone como guinda de la tarta entre sus *iCacharros*, o está a punto de hacerlo. Todos sus competidores saben que tienen que mover ficha, los ejecutivos sienten la presión por

mejorar los sistemas operativos, los diseños, los precios y, sobre todo, sus campañas publicitarias. Para relajar el ambiente en las reuniones, Toni servía Coronitas heladas o, dependiendo de si eran españoles o extranjeros, destapaba Coca Cola o descorchaba un rioja y podía ofrecer, en función de cómo veía al cliente, desde bandejas de nubes de azúcar y ositos Haribo ("les retrotrae a la infancia", decía, "eso ayuda") hasta una tabla de embutidos. Nuestros invitados de aquel día de 2006 o 2007 son los responsables de *marketing* de la filial ibérica, gente seria, así que opta por el vino y los embutidos.

Toni nunca entra directamente al asunto. Empieza hablando de fútbol, no suele fallar, a pocos les resulta indiferente; "visteis el partido, son malísimos, ¿demasiados partidos? Si a las dos de la tarde el martes ya están en el *jacuzzi*, me gustaría a mí verlos en una mina de carbón como a mi abuelo". Sin embargo, lo que desconcierta a los clientes es que el segundo tema de conversación tampoco hace referencia a la campaña que tenemos entre manos, aunque semánticamente ya se relaciona. Los últimos programas de éxito en televisión, los precios de los diferentes canales televisivos. Toni es un maestro del cambio de tema, porque como un buen editor en la sala de montaje de películas, la transición no se nota, en vez de un corte inserta un fundido y nadie se ha dado cuenta de que ya hace diez minutos que hemos entrado en materia. Aquel día de 2006 o 2007 la dilación en los preámbulos y las transiciones me salva, porque me ha dado tiempo de beberme dos riojas, lo que añadido al alcohol consumido la noche anterior hace que sienta un estupor benigno, casi lúcido. "Deberíamos centrarlo en lo lúdico", digo en voz alta. "Nada de rollos tecnológicos ni velocidades ni sistemas operativos. Deberíamos poner el foco en la música. El móvil como la evolución del viejo *Walkman*, una herramienta de hedonismo, quitemos lo farragoso y quedémonos con la diversión. ¿Qué hacemos los veinteañeros, incluso los treintañeros, ahora, de mayo a septiembre? Vamos a los festivales de música". Entonces lanzo mi idea para la campaña. Potenciar el aspecto *mass media* del móvil. Les describo la escena de la chica bailona que vi un par de horas antes. La convierto en una chica preciosa y sexy vestida de negro, le hago crecer el pelo hasta tener una tersa y sedosa melena color miel moviéndose de un lado al otro al ritmo de su bella cabeza, plagio a mi memoria almacenada apenas un par de horas antes; añado tópicos y estilismos que sé que van a despertar la lubricidad simplona de nuestros invitados, dos licenciados en gestión de empresas con emebeá o máster en *marketing* o en lo que sea que hayan pagado y no hayan estudiado. Es como echar aceite de masaje a la reunión. Incluso me incluyo a mí mismo en el *spot* como "chico melancólico que la ve a través de la ventana de un autobús y se anima" (creo que añadí que

esa parte se rodaría en blanco y negro), con lo que ganamos en el aspecto narrativo. El *déjà vu* de la borrachera provoca que me levante e imite torpemente alguno de los movimientos de la chica cruzando la calle. Eso a Toni le encanta.

A partir de entonces, además de una subida de sueldo, mi estatus en la agencia cambió radicalmente. No había sabido hasta qué punto estaba a prueba hasta aquella mañana de resaca febril. La campaña era nuestra y lo sabíamos. Las expresiones de los clientes al oírme hablar, gesticular y describir, más que de satisfacción, fueron de alivio. Ellos tenían más miedo que nosotros a volver con las manos vacías. Desde entonces llamé a aquella chica, que nunca conoceré y que apenas recuerdo, *la Medusa*. 3

En cierta forma yo siempre fui un privilegiado, porque Toni nunca me hubiera conocido si mi amigo Róber no me hubiera conseguido una entrevista con él. Le habló de mí, "ha leído mucho, desde que era crío, siempre estaba con libros raros y pelis antiguas, como tú". Puede que haber leído la *Antología del humor negro* y haber visto *Arrebato* me cambiaran la vida (en ambas coincidí en entusiasmo con Toni durante nuestra entrevista y fue prácticamente de lo único que hablamos —miento— también simulé interés por el fútbol). No lo sé. En cualquier caso ni siquiera le importó que no hubiera estudiado algo relacionado con la publicidad, la comunicación o el *marketing*. Él sabe que su negocio no depende de eso. "Empieza viniendo por aquí y hablando con la gente, no harás ni participarás en nada durante los primeros tres meses, solo observa lo que hacemos y cómo lo hacemos, lee lo que quieras, acude a nuestras reuniones, ve nuestros anuncios, apunta ideas o frases. Te pagaremos treinta mil para empezar. Y luego ves si te gusta". Lo que me cautivó de él fue que nunca incidiera en que era yo el que estaba a prueba, sino yo quien tenía que decidir si me quedaba con ellos o no. No era verdad, claro, pero Toni era un maestro encantador de serpientes. Un verdadero mareador de perdices.

Tuve suerte de que Toni fuera de la escuela de las palabras, que potenciara siempre lo narrativo por encima de la imagen. En publicidad hay dos tendencias: impresionar mediante lo visual o conquistar mediante lo verbal, es decir, crear frases con gancho o gracia. El verbo siempre había sido mi medio. Con el tiempo, Toni me llegó a confesar que si hubiera hecho alguna carrera relacionada con el *marketing* o la comunicación no me hubiera contratado. "No me convencen los que saben de todo y además te lo intentan demostrar. Lo que me convenció de ti fue, primero, que estabas relajado, parecía que no te iba la vida ni la autoestima en que te contratáramos o no.

Luego, que estudiaras Filología, que hubieras leído y hubieras conocido la noche. Hiciste una tesis sobre el poeta aquél, ¿cómo se llamaba? Fonollosa, joder, quién hace eso, flipo con que te la aceptaran en la facultad". No le importó que no hubiera acabado el trabajo sobre ese poeta sucio e irreverente, olvidado, brevemente recordado y luego vuelto a olvidar. Tampoco que le hubiera escogido a él por la razón desidiosa de que me atrajo su poema autoepitafio —unos versos hallados en un papel junto a su lecho de muerte— que acababa con la frase *tras consumida mi ración de este guiso indigerible otra vez no, una vez ya es demasiado*, y que le había oído recitar muy sulfurado a Robe Iniesta, de Extremoduro, al final de un disco de Albert Pla.

Lo importante para Toni era que yo representaba ideas frescas, un perfil antiacadémico, eso era entonces lo que buscaba. Tíos que supieran ver lo que subyace en la sociedad porque pertenecen a ella, y no que saquen matrícula en *Teoría de la Comunicación* o *Sociología del Consumo* y cuyo conocimiento se resume en frases abstrusas como "estudio y análisis de los procesos psicológicos, sociológicos, psicosociales, cognitivos y emocionales de la comunicación publicitaria y de las relaciones públicas para la comunicación persuasiva". "Como Robin Williams le dice a los poetas muertos", decía Toni, "romped la hoja del manual, que le den por saco a la teoría. Esto es la vida real, tu anuncio tiene que tener más éxito que el de la competencia, debe hacer más gracia, se tiene que hablar más de él. Y todo ello se tiene que traducir en un aumento de las ventas del producto que anunciamos. Tenemos que saber lo que se cuece afuera, en la calle, en la red; lo que la gente busca, lo que le preocupa o lo que desprecia. Hay que ayudarles a crear su identidad, su sitio en la sociedad a través de la marca. No te metas en cuestiones morales, el mundo es el mercado, nadie quiere vivir en una cueva, cazar bichos y hacer fuego con las manos". Él sabía que el poder de la publicidad está sobrevalorado, que nueve de cada diez lanzamientos de marcas al mercado resultan en fracaso, pero había que quemarse las neuronas por ese diez por ciento.

Al principio me sentía un estafador o un manipulador, o peor, como si fuera uno de los integrantes del proyecto Manhattan, las mejores mentes del mundo pensando cómo lograr la fisión del átomo y crear la bomba, resolviendo problemas complicadísimos y trabajando a destajo por un objetivo de aniquilación, equivocado desde el origen. Mis problemas morales no duraron mucho. Había leído demasiada cháchara anticapitalista durante mis años en la facultad, Virilios, Marcuses y Lipovetskys teorizando sobre sus héroes unidimensionales y planteándose sus estrategias de la decepción. Yo quería lanzarme de

cabeza a la era del vacío y desprenderme del molesto fárrago ideológico (no había sacado nada en el colegio de otra carga insufrible, la religiosa, que opera de igual forma).

Mis idas y venidas con la moral anticapitalista acabaron regurgitando en la segunda campaña redonda que ideé. La primera al fin y al cabo solo me había dado un cierto prestigio entre colegas de profesión, porque ganó el concurso entre las propuestas de varias agencias, pero el *spot* de la chica bailona, *la Medusa*, nunca llegó a realizarse. Los ejecutivos miopes de aquella compañía telefónica empezaron a dar bandazos estratégicos incomprensibles (entre ellos recortes en *marketing*, mientras su competidora americana aumentaba exponencialmente su inversión en publicidad) que culminaron pocos años después en una reducción a diez veces del que había sido su valor de mercado, perdiendo estrepitosamente en la revolución de los *smartphones*. Sin embargo, durante el tercer o cuarto año en la agencia, ya con más tablas, tuve un segundo momento —tal vez sin tanta epifanía— pero con mejores resultados. Esta vez la idea era potente en imagen y en texto. El anunciante era un grupo multinacional de energía renovable, participado por capital estatal y privado. Su departamento de *marketing* quería algo memorable, que se saliera de los cánones tipificados y previsibles de las compañías del sector energético, *nuestra luz eres tú, energía verde para ti* y bazofia anodina parecida. Iba a invertir parte de sus beneficios del ejercicio anterior en gastos extraordinarios y publicar sus anuncios no solo en revistas especializadas del sector, sino en dominicales, revistas de ocio, prensa convencional y carteles en el metro. Tuve suerte, porque Toni venera el cartel y la gráfica, los considera el origen de la comunicación publicitaria de masas, un puñetazo perceptivo. “Si me tengo que reinventar en Finlandia o en Rusia solo haré carteles y páginas para revistas”, decía. Mi propuesta iba en esa dirección.

No me avergüenza reconocer que saqué la idea de un chascarrillo que había oído no sé dónde. Bergman acabó rodando *Gritos y susurros* a partir de la visión de cuatro mujeres en una habitación roja, no veo por qué mis fuentes deberían ser despreciadas; la obra resultante tal vez sea más plebeya, un cartel en el metro en vez de una obra maestra, pero emana de una savia común, la necesidad. Toda la lucha subconsciente que se había desarrollado en mi interior; anticuerpo racional contra antígeno moral, se tradujo en una imagen: la silueta de Don Quijote y Sancho Panza, distantes pero reconocibles en la llanura, a punto de combatir contra enormes y modernos aerogeneradores. En cuanto al texto, en el departamento creativo dudamos entre “es inútil ir contra el progreso”, “no se puede ir contra el progreso” para, tres semanas después, decidir usar “no puedes ir contra el progreso”,

apuntando directamente a la rendición incondicional del usuario final. En publicidad la gramática tiene una importancia crucial; no puede imaginarse el eslogan más famoso de la historia, *Just do it*, como *You must do it* o *Let's do it*, y sin embargo esta última fue la frase que sirvió de inspiración al creativo y que fue exclamada por el reo condenado a muerte ante el pelotón que lo fusiló, disparándole en el pecho cuatro balas del calibre treinta. Llevaba puesta una camiseta negra, pantalones de presidiario y unas zapatillas deportivas, aunque no trascendió si eran de la marca que luego ganó billones de dólares inspirándose en las palabras que salieron de su boca exhortando a que todo aquello acabara de una vez. "Me gustaba la parte del *do it*", dijo el publicista, como si aún dudara de si fue la mejor opción.

Así funciona la publicidad, se picotea, se roba y se plagia de donde se puede o te dejan, y luego refinas, recortas y rehaces hasta que queda la expresión perfecta para una idea de marca, para empezar de nuevo el proceso desde cero si no convences al anunciante. Todo sirve para vender. Lo que expresó el impulso de muerte del condenado, su respuesta ante la oferta de los verdugos de pronunciar sus últimas palabras, se convirtió en el eslogan más inspirador de la historia del capitalismo y en el *leit motiv* de una filosofía vitalista. La ironía resulta tan evidente que casi me da vergüenza resaltarla. A ese cinismo amoral (que no inmoral) se refería Toni con una frase: "hacemos filosofía de lo mezquino". Yo no podía ir contra el progreso, así que mis días quijotescos tocaron a su fin. Tras el éxito de la campaña me dediqué en cuerpo y alma a saborear el éxito, que en mi caso se tradujo en que se me escuchaba cuando tenía algo que decir. No me convertí en millonario, en aquella época los creativos ya no ganaban las cantidades mareantes de antaño, pero empecé a vivir muy bien, mejor que la mayoría de miembros en mi estrato de edad. Formaba parte de la cúspide social, lo sabía y lo disfrutaba. Pero lo mejor, o eso creía yo, que me brindaron mi recién adquirida autoconfianza y mi saneada cuenta corriente fue una nueva determinación, tal vez incluso fuera suficiencia. Por fin pude hacer lo que desde muy joven había querido y todavía no había conseguido: minimizar al máximo mis lazos familiares.

## 4

Tras el accidente ella era la única persona que no esperaba que viniera a visitarme al hospital, y si aquella visita no hubiera sucedido posiblemente nunca hubiera escrito lo que ahora escribo, porque no se puede escribir sobre Hugo sin hacerlo de Sofía. Fue hacia el final, durante mis últimas y soporíferas semanas allí, cuando empecé a tener fobia a salir al exterior y el silencio iba convirtiéndose en mi aliado. Vino sola, el pelo rizado recogido en una cola; tal vez había ganado

tres o cuatro kilos desde el tiempo en que la vi casi a diario, y se le marcaban levemente las arrugas en la comisura de los ojos cuando sonreía, pero no se alejaba mucho de la imagen que yo guardaba en mi recuerdo. Su expresión no había cambiado, el brillo en su mirada era el mismo de siempre, dicen que eso no cambia ni de viejo. Hacía mucho tiempo que ella no tenía noticias de Hugo.

—Me he enterado de lo que te pasó por Alberto —me dijo—. Su mujer es secretaria en la comisaría, creo que lo sabes. Te preguntaría cómo está él y te lo preguntaré, pero creo que es más decente preguntarte primero cómo estás tú.

—Bien, ahora ya bien. Más o menos bien, aún ando lento y tengo la flexibilidad de un *click* de Playmobil, pero me dicen que me pondré bien, aunque no podré correr maratones este año, tú cómo vas —le dije.

—Bien, casos y más casos, todo está bastante podrido, ni te imaginas, pero por lo menos no paro. Mierda, perdona por el comentario, ahora no es momento de decirte eso, lo siento.

—No pasa nada —le dije—. Me alegro de que estés aquí, el tiempo pasa lento en esta habitación.
—Bueno, ahora sí te lo pregunto, cómo está él.
—Como siempre —dije—. Más o menos como siempre.
Sofía estuvo con mi hermano más años de relación de los que yo nunca he estado con nadie; salieron de los quince a los veintiuno, hasta que ella le dejó. Llegó un enfermero a traerme la comida y nos dio un respiro, un momento para pensar qué nos íbamos a decir, aunque por entonces ya sabía que había venido por mí y no por él, Sofía siempre había ido de cara, por eso me pareció siempre tan raro que en mi familia cayera tan bien. Imagino que porque la veían como la única esperanza de llevar a Hugo al redil de la gente normal, como una hechicera que haría que dejara de ser *una de esas personas*. El enfermero bromeó con una típica chanza de hospital, “hombre, por fin una mujer que te hace caso”, algo parecido, risita de compromiso por parte de ambos; “no, es una vieja amiga de la familia, no una amiga vieja, una vieja amiga”, risita de compromiso, “bueno os dejo tranquilos, adiós”.
Era media tarde, demasiado temprano para visitas, de cualquier forma la gente ya venía poco, se habían cansado de mi mal humor y seguramente de mis silencios cada vez más prolongados. Me regaló *after-shave* y *El jueves*, la revista satírica, “pensé que te distraería, que te haría reír, es que me parece ridículo regalar flores o bombones a un tío de veintitantos, como si fueras una señora mayor. El *after-shave* es

por mi abuelo, cuando estuvo en el hospital antes de morirse siempre se quejaba de que se le había acabado y ahora se lo regalo a todos los *internos*". Esta vez me reí sinceramente. He olvidado lo que nos dijimos a continuación, seguramente le pregunté por batallitas suyas en la policía, creo que me contó que es más aburrido de lo que la gente piensa, mucha vigilancia y mucha espera, y que seguramente intentaría meterse en la Brigada de Investigación Tecnológica, delitos en la red, todavía estaba para algunos trotes, pero le daban pereza. Cuando me enteré de que se había hecho policía me sorprendió; ahora me chocaba menos. Recuerdo que durante un minuto se hizo un silencio, el habitual antes del, bueno, me voy a ir, quieres algo antes, me da igual, no tengo prisa, no, vete, vale, te prometo que volveré pronto. No. Esta vez fue solo silencio. Ella mirando cómo el viento movía un poco la cortina, una de esas semirrígidas que no sabes si es de plástico o de tela y que parecen demasiado pesadas como para que el viento las mueva. Sofía, dime cómo fue.

Ella sabía lo que le estaba preguntando, no iba a hacerse la tonta para ganar treinta segundos e inventarse una excusa, y yo llevaba demasiado tiempo allí metido como para andarme con remilgos. Si había una ocasión para saber lo que ocurrió, era en ese momento y en ese lugar.

—Cuéntame sobre ti y Hugo —le dije abruptamente a Sofía.

—Coño, vas directo al grano… —esperó unos segundos, absorta, antes de proseguir.

—¿Sabes que la última vez que lo vi me invitó a vuestra casa a escuchar su últimas canciones? Como lo oyes, no cambiará nunca —me dijo.

—Creo que a estas alturas todos lo tenemos ya bastante claro —le dije. Entonces me miró a los ojos.

—Ahora no —percibió mi decepción y me calmó—. Ahora, digo. No es el momento. Cuando salgas quedamos una noche, nos emborrachamos y te cuento, pero aquí no puedo, no me saldría nada en un hospital.

Estuvo acompañándome una hora más, hablamos de mi trabajo, de su trabajo, de su familia, de la mía, de los hijos que no había tenido, de si quería tenerlos, del tiempo que compartimos, de nuestra pequeña ciudad de Levante y de las mezquindades de su gente mezquina, eludiendo a Hugo y lo demasiado sentimental o emocional o cercano. Se fue y me quedé solo, ya no vendría nadie más. Pronto llegaría la hora más desoladora en un hospital, después de la cena, antes del agujero negro de la noche, donde son habituales los desvelos de horas, los dolores inesperados y atroces como invasiones bárbaras. Por suerte alguien me había regalado una lamparilla de Ikea muy simple pero con la que podía dotar al ambiente de una intimidad que no permitía el despotismo binario de la luz blanca encendida o apagada, y pensé

en Sofía y en lo difícil que seguramente había sido todo para ella, y en que siempre me había gustado y todavía me gustaba su carácter, aunque no me hubiera querido contar nada, o precisamente por eso; por su forma elegante de eludirlo, de no irse enseguida, de no sentirse incómoda. Creo que fue la única persona que alivió mi soledad entre todas las que me visitaron en el hospital, aunque tampoco fueran muchas ni la soledad tan insoportable. Lo que en aquel momento no podía imaginar es que efectivamente ella no iba a olvidar nuestra conversación y que algunos años más tarde me enviaría un mensaje —en realidad dos mensajes— de voz. Fue tras un encontronazo en los pasillos de un Mercadona. La realidad es a veces desconcertantemente ordinaria.

5

En el primer mensaje de audio me dice que primero pensó en escribirme pero que luego sintió la necesidad de hablarme. Entonces me avisa de que va a parar la grabación para comprobar si se oye bien. En el segundo audio me confirma que sí se oye bien y me dice que ha puesto un disco de *The Cure*, y que se ha servido un vino. Oigo la música ahora, tenue, *a Forest*, posiblemente se ha puesto el *Seventeen Seconds* o algún directo, la calidad del audio no permite distinguirlo. Se oye cómo exhala el humo de un cigarrillo. Hasta aquí, los hechos. He elaborado lo que viene a continuación para adaptarlo al lenguaje escrito, pero no he traicionado lo dicho por Sofía. Tal vez lo haya maquillado, pero no he inventado nada. Me empieza a contar.

“No sé ni cómo empezar, es muy difícil explicar una relación de ¿cuánto? ¿De los catorce a los veinte, más o menos? Es complicado, y más aún tratándose de Hugo y de mí. Me pediste que te explicara cómo fue. Creo que te interesaba entonces mi punto de vista, cómo yo lo viví. Intentaré explicártelo. Supongo que muchas cosas ya las sabes. Sabes que yo estudié en un colegio de monjas, ¿no? No tuve prácticamente relación con chicos, ni siquiera tonteos o juegos infantiles. Ahí éramos todo niñas. Joder, no hace tanto tiempo, me parece una eternidad, cómo ha cambiado todo en treinta años; solo niñas y monjas, imagínate, lo único transgresor era una especie de *hooliganismo* que teníamos, yo era casi la peor ahí; cuando salí del colegio y entré en el instituto aquello más que un corte fue un hachazo. Yo ya sabía que ese cambio iba a ser la hostia, de hecho, lo estaba esperando. Salía preparada para lo que venía. Recuerdo mi último año en las monjas, con doce o trece, sintiéndome mal, fuera de lugar, andando por la calle con el uniforme, ya no tenía edad para eso, aquel uniforme era castrador en todos los sentidos, a veces aún sueño que lo llevo puesto. Bueno, da igual, que me estoy yendo por las ramas. El caso es que la entrada en el instituto para mí era todo: un

anhelo de libertad, de encontrar algo nuevo, a mí misma, muchas cosas. El último año en el colegio empecé a interesarme obsesivamente por la música: los *Pet Shop Boys, Depeche Mode*, luego *The Cure,* algo había cambiado y sabía que aquel paso era importante para mí; de las monjas al insti, un choque de trenes, pero para el que yo iba psicológicamente preparada, lo necesitaba, había algo dentro de mí que tenía que salir ya. Y fue entonces cuando él apareció en mi mundo. Ahora ese primer recuerdo es ya confuso y borroso, el tiempo lo difumina todo.

Hugo estaba en la misma clase que una amiga del colegio. Llegábamos con todo ese romanticismo de las películas que habíamos visto, de las novelas, cosas que solo las habíamos experimentado en la mente y que queríamos vivir y no sabíamos ni cómo, pero crees que ahí te esperan. Lo pienso y me doy cuenta de que se me han olvidado un montón de cosas… Recuerdo haberme fijado en él, comentarlo con mi amiga. Para mí era el estereotipo de… a ver cómo te explico. Fue la primera vez que tuve conciencia de que me gustaban más los villanos que los buenos. Me encantó él. Tenía un físico agresivo, raro, atractivo; a mí siempre me han gustado los hombres más bien delgados, más atractivos que guapos, aunque luego con los años todo va cambiando y se va matizando… Pero sobre todo me gustó su personalidad: combativa, antisistema, como se diría hoy, eso fue lo que me gustó de él, lo que me atrajo. El mismo físico con otra personalidad no me hubiera atraído así. En fin, me gustaba en su conjunto, pero como estereotipo de todo lo que me atraía como figura masculina, porque obviamente aún no le conocía. Comenzó la vida de instituto, con sus tonterías, sus juegos adolescentes… Conocí gente y formamos un grupillo, al que al final también pertenecía él, o por lo menos así lo recuerdo, da miedo cómo la memoria se va diluyendo y va alterando todos los recuerdos; durante aquellos años pensaba que nunca iba a olvidar esos detalles, todo aquello que estaba pasando era mi vida entera y ahora ni siquiera lo recuerdo bien. En fin, que pasó lo que solía pasar en los grupos de amigos en aquél entonces y seguramente sigue pasando ahora, alguien se enteró de que él a mí me gustaba y se lo dijo, alguien hizo de celestino, lo típico. Un día estaba dando vueltas por la zona del patio con mis amigas, si aquél descampado se podía llamar patio. Hugo estaba con unos amigos, me vio y se acercó a mí y me dijo, quieres salir conmigo y yo le dije que sí, de esa forma adolescente que luego, cuando te haces mayor y la revives, no tiene ningún sentido, pero así ocurre en aquel momento, y es bonito cuando te pasa. Le dije que sí sin saber muy bien qué implicaba, de lo que estaba segura es que quería estar con él. Más tarde me enteré de que me lo había pedido por una apuesta, imagino que propuesta por aquel

celestino bienintencionado, que le retó a atreverse a preguntármelo, así que después de pedírmelo él tampoco sabía muy bien qué hacer. De alguna forma misteriosa conseguimos gestionarlo: encuentros supuestamente fortuitos en el instituto, he olvidado esos detalles, pero supongo que algo así sería, se me acercaría él a la salida de clase, o de camino a casa, piensa que yo tenía aún el rol muy definido, las mujeres esperaban aún, en general, a que se acercasen los hombres, ahora ya no. Empezamos a citarnos para ir juntos al instituto casi a diario. También nos veíamos a la salida. Recuerdo claramente la primera vez que nos dimos un beso, muy cerca de mi casa, en el punto en el que nos separábamos para irse cada uno a la suya. Aquel primer beso fue tan real, tan húmedo y tan raro, muy poco de película, nada de lo anticipado en la imaginación. Él había dado ya algún beso antes; para mí había sido el primero. A partir de ahí empezamos a salir por ahí con nuestros amigos comunes; íbamos a los billares, a los futbolines de la Perla… hasta que poco después rompimos; soy incapaz de decirte por qué. Perdí mi diario de aquella época… Lo tenía ahí todo escrito, paso a paso. Todo era curiosidad, miradas, miedo, fascinación, novedad... Y él me gustaba mucho, muchísimo, desde el principio, con todo ese poder que él tenía dentro.

Yo le vi. Desde un principio le vi. Nos peleábamos, nos reconciliábamos, nos mandábamos a la mierda. Claro, yo era muy estrecha en aquella época, muy puritana, y él muy gilipollas. Pero no más que otros de su edad. Pasaron unos meses y yo lo pasé fatal, estaba coladísima, mi primer beso, mi primer enamoramiento. Pasó algún tiempo, quizá un año, tal vez menos; él tuvo alguna relación brevísima; en aquella época Hugo tocaba en un grupo, de nombre rarísimo… ¿cómo se llamaban? Recuerdo entrar en una sala del insti donde ensayaba… Algunas de mis amigas lo odiaban, lo detestaban… Recuerdo haberlo visto allí ensayando y yo fascinada, claro, un tío atractivo que encima tocaba el sintetizador, para mí era lo más. Una noche de verbena nos enrollamos. Él lo contó luego a los amigos con bastante detalle. A él le llegó que yo me había enfadado, y se me acercó en el instituto y me preguntó, qué te pasa, o podemos hablar, algo así. Yo fui muy dura con él, debía de ser complicado para mí serlo con quince años. Me había decepcionado profundamente y me sentía sucia y rebajada. Faltamos a clase y nos fuimos a dar un paseo; nos sentamos en unas escaleras y estuvimos hablando mucho tiempo, tal vez dos o tres horas. Yo le expliqué cómo me sentía, con mucha gravedad, ya sin esos miedos ni esa inseguridad que había tenido hasta entonces. Él me vio por primera vez y ya nunca dejó de quererme. No creo que nunca antes una mujer le hubiera hablado tan sinceramente como yo aquel día. Entre nosotros se forjó en ese

momento algo muy especial, como si hubiésemos tendido un puente hacia el otro. A partir de ahí empezó realmente nuestra historia, que tú en parte ya conoces.

Todo cambió. Me vio como persona, no solo como mujer. Nos hicimos inseparables. Vimos que éramos dos seres que se entendían y que tenían mucho que contarse. Yo también le vi a él. Hasta ese punto, él para mí, en parte, también había sido solo un estereotipo. Pero recuerdo que un día, mientras le observaba, pensé: ¿cómo una persona que se supone que es tan cínica puede componer estas piezas, puede tocar así el piano? En ese momento comprendí, entendí quién era él.

Creo que mucho de lo que yo soy viene de mi relación con él, siete años, es mucho tiempo, de hecho nunca he vuelto a estar tanto tiempo con ningún otro. Es verdad que era un momento en que mi vida era muy diferente, entonces era inmadura, me tragaba muchas cosas y había otras que soportaba muy mal. Hugo era muy posesivo, muy celoso, vivía encerrado en su mundo y yo tenía que orbitar siempre a su alrededor. Pero a la vez me dio muchas cosas, un amor incondicional, una admiración que de esa forma ya no he vuelto a sentir en la vida, y eso se lo voy a agradecer siempre. Le he querido mucho. Es una persona que ha sido muy importante en mi vida. Conversábamos durante horas sobre temas filosóficos y existenciales, éramos dos náufragos de la existencia, dos adolescentes viejos. A él eso le bastaba, a mí no.

Lo que ocurre es que él no escucha. Quizá no escuche yo tampoco, no lo sé. Si yo me hubiera quedado con él hubiera podido matizar, puede que no cambiar, pero sí matizar un poco su vida. Desde muy jovencitos hablábamos de tener un hijo. Creo que él me amaba profundamente. Bueno, no digo creo, lo sé. Estoy absolutamente convencida. Y yo también a él. Pero yo necesitaba explorar el mundo, habitarlo, es muy complejo. Eso me sucede siempre en las relaciones. Que doy tanto, tanto... Y por eso supongo que se alargan, pero al final yo necesito otras cosas, y si esa persona no transige se hace muy complicado, aunque me lo calle. Y al final esas necesidades salen. En la última etapa con Hugo yo estaba ahogada, porque él no quería más que estar conmigo. Solo existíamos su música y yo. Pasaron los años, y me fui a estudiar fuera. Ahí cambió un poco todo, me pude escapar del encierro que yo sentía que vivía con él. Pero seguía estando totalmente sometida a nuestra relación. No por él, sino porque yo quería. Le amaba mucho y no quería fallarle. Pero empecé a bloquearme.

Me costó mucho abandonarle. Muchísimo. Mucho tiempo después

continuaba bajo su influjo. Siempre habíamos sido él y yo. Ir al Cloro y pasarnos cinco horas escuchando música, hablar sobre el mundo, filosofarlo juntos. Fue una relación muy intensa, que sin embargo nunca se basó solo en el sexo o en la atracción física. Además, en aquellos años, siendo tan jóvenes, era difícil encontrar espacios en los que disfrutar de una intimidad en la que nos sintiéramos a gusto. Nos veíamos obligados a buscarnos en los entresuelos, en parques oscuros o en los reservados de bares y discotecas, una sexualidad triste y ansiosa de adolescentes, que no estaba a la altura de lo que sentíamos el uno por el otro. Hugo me contó que al principio no estaba convencido de salir conmigo, y que después tuvo que pagar su decisión, porque cuando se enamoró de mí, fue él quien acabó sufriendo. Aunque yo creo que sufrimos los dos, la verdad, porque a mí me costó muchísimo dejarle. Tuve una depresión clínica grave antes de dejar la relación. Él me apoyó mucho. Me sentía morir, no podía estar sin él. Pero la depresión me dejó muerta por dentro. Y él en aquella época tan dura me apoyó mucho. Mi padre y él fueron los apoyos más grandes que tuve durante la depresión, porque me la respetaron mucho, y eso siendo las personas que *a priori* menos podían comprenderla; acabaron siendo los que más la comprendieron. Cuando la superé, tiempo después, recuerdo quedar con Hugo el día de la ruptura definitiva, sentarme delante de él en un bar y no poder hablar. No fui capaz de tener una conversación con él. Y él me dijo, prefiero que no estemos juntos que verte así. Creo que fue una manifestación de amor increíble, decir eso. Prefería dejarme ir que verme así de mal. Lo recuerdo ahora y me emociono. Creo que no ha habido una persona en mi vida que me haya aceptado de una manera tan radical como me aceptó Hugo. Y en ese sentido le echaré de menos siempre. Hugo no es capaz de adaptarse, o no quiere. Se ha negado a vivir, y yo he querido explorar la vida, eso fue lo que nos separó. Yo sigo intentando adaptarme para poder seguir experimentando el mundo, aunque no me resulta nada fácil y a veces me pregunto si vale la pena las renuncias a las que me someto. No creo que él esté equivocado, ni yo tampoco. Cada uno lo resuelve de la mejor manera posible, o de la menos mala. No le puedo introducir en mi mundo, porque su mundo es otro mundo. Y tampoco quiero explicarle por qué no puede ser, porque me parece absurdo. A él no se le puede explicar eso, porque además tendrá razón con todos los argumentos que te dé".

6

En la página web del activista gráfico Banksy encontré un extracto del diario que escribió el teniente coronel Mervin Willet Gonin, en el que relata su llegada al campo de concentración de Bergen-Belsen tras ser liberado por las tropas británicas. El militar narra horrores sin cuento

a su llegada: cuerpos amontonados, muertos vivientes que deambulan sin rumbo, pronto definitivamente muertos, mujeres ahogándose en su propio vómito por no tener fuerza suficiente para darse la vuelta, hombres comiendo gusanos, cagándose en cualquier parte por los retortijones que les provocaba la disentería. Quinientos morían cada día, y así iba ser "hasta que cualquier cosa que nosotros emprendiéramos tuviera el más mínimo efecto". Gonin refiere que uno se acostumbraba rápido a la idea de que el individuo ya no contaba en un mundo obsceno de mierda y barro. Un día llegó un cargamento transportado por la Cruz Roja repleto de barras de labios. Gonin entonces hace un ejercicio de autocrítica; reconoce que en un principio se indignó; ante la precariedad reinante en aquel infierno de enfermedad y miseria, alguien había pedido un cargamento absurdamente desproporcionado de cosméticos. Inaudito. Sin embargo, acto seguido admite su error e indaga quién fue el que realizó aquel pedido. Lo califica sin dudarlo de genio, y su acción de "pura brillantez sin adulterar". Gonin afirma que nada hizo tanto por aquellos desahuciados que aquellas barras de pintalabios; se lanzaron literalmente a por ellos, cuasi-esqueletos vagando por aquel erial con tan solo una manta raída pero con sus labios brillantes y rojos. Vio una mujer muerta en la mesa *post mortem* con una barra entre sus dedos. "Al fin alguien había hecho algo por devolverles su individualidad, ahora eran alguien, no solo un número tatuado en su antebrazo. Por fin podían interesarse de nuevo por su apariencia. Aquel pintalabios empezó a devolverles su humanidad". Eso es el genio, algo indefinible que une lo bello, lo útil y lo inesperado. Llamamos genios a los individuos, pero lo hacemos por nuestro afán narcisista de perdurabilidad, por el desesperado intento de conceder soberanía y poder al creador; no obstante, tal vez solo las obras, o los actos, sean geniales.

Hay algo primordial en lo que narra Gonin, una verdad íntima acerca de lo que somos. En esa verdad indagábamos, campaña tras campaña, en esa voluntad del individuo de ser algo más de lo que biológicamente es. No importa que sean relojes, móviles, energías renovables o pintalabios. Se trataba de escarbar alrededor de esa verdad primigenia, hurgar en esa búsqueda de sentido contra la contingencia de un universo tan indiferente como los fenómenos meteorológicos. Nos convertíamos en psicólogos, sociólogos, dietistas, mesías, asesores fiscales, amantes de los animales, pero sobre todo éramos especialistas en dos cosas: inventar jerga con la que aumentar el monto de nuestras facturas y generar confianza. Éramos expertos en ocultar el lado negro, incomprensible y ambiguo de la vida. Generábamos eros y obviábamos el *tánatos*, o mejor, lo negábamos.

Hay una escena de la serie Mad Men, que trata sobre los primeros gurús publicitarios en el Nueva York de los años sesenta, en que su protagonista, Don Draper, inmerso en una vida llena de claroscuros y mentiras, afirma que la publicidad simplemente se basa en una sola cosa: la felicidad; *es liberarse del miedo, es un cartel enorme en un lado de la autopista diciéndote confiadamente que hagas lo que hagas, todo está bien*. Era exactamente eso. La publicidad es un bálsamo, un océano de la tranquilidad; ¿quién no ha visionado en algún momento de angustia series interminables de anuncios, saltando frenéticamente de un canal a otro buscando así escapar del drama y el patetismo de su propia vida? Es un anestésico, y si me hubieran criticado por ello, por esconder lo desagradable de la existencia, por repartir pintalabios en medio de la desolación, lo hubiera entendido y no hubiera tenido más remedio que reconocerlo. Pero se me criticaba por política y moral; había un resentimiento inherente en esa crítica porque la mayoría, cuando veía nuestro trabajo, lo minusvaloraba. Todos se creían capaces de hacer lo que hacíamos, tan fácil hacíamos que pareciera. Mi padre, mientras aún mantuvimos algún contacto en las cada vez más esporádicas comidas familiares, no se lo podía creer, me sermoneaba y no me perdonaba que inventando un par de frasecitas con gancho tuviera más dinero y comodidades que él a mi edad, cuando estudiaba un doctorado que le devoraba las horas libres mientras hacía una pasantía denigrante. Creía que me pagaban por jugar y así me trataba, como a un niño mimado al que le han regalado un juguete demasiado caro, y en cierta forma tenía razón. Yo no quería jugar en la liga de los mayores, donde todo era demasiado eclesiástico y victoriano.

Cuando mi prosperidad económica se hizo visible, cuando el antiguo traductor muerto de hambre empezó a invitar a cenas sin inmutarse, se compró el coche y el piso y empezó a viajar a São Paulo y a Miami por trabajo y a recibir regalos de los clientes, la envidia mal escondida se convirtió en crítica omnipresente y recurrente y se tradujo en murga anticapitalista. Los publicistas formábamos parte del gran Complot Capitalista Internacional. La soflama era insoportable; al final, en muchas ocasiones y según el ambiente en que me encontrara, evitaba cualquier referencia a mi trabajo. Me resultaba cansino tener que justificarme y casi disculparme una y otra vez, y al final decidí que ya no podía más. Era tal la inconsistencia y el oportunismo de los argumentos que acabé por cansarme. Me sorprendía la falta de sinceridad y el dogmatismo de aquellos censores moralistas, como si alguno de ellos pudiera vivir sin fútbol el sábado por la noche, sin televisor en HD y sin nevera para sacar docenas de cervezas bien fresquitas; con toda probabilidad sus novias les montaban una escena

si se quedaban sin bolitas *Friskies* con ingredientes *bio* para el perro. Pero en las reuniones de amigos parecía que toda la culpa la tenía yo por colaborar con el capitalismo de consumo, por provocar crisis financieras, por hundir *Lehmanbrothers* y lucrarme con ello. Me repugnaba la hipocresía de todos aquellos pseudomaoístas ignorantes, que olvidan o ni siquiera llegan a considerar el atroz sufrimiento que hemos tenido que pasar hasta llegar a esta salud y este bienestar, a este entumecimiento vital narcótico tan agradable, donde todo se da por hecho; las noches que empezaban a las cuatro de la tarde, los olores corporales hediondos por falta de productos de higiene o las caras en carne viva por la viruela parecen no haber existido nunca. Un buen experimento sería hacer pasar a esos censores un fin de semana tal y como se vivía en el neolítico, buscando bayas, pasando frío y limpiándose el culo con hojas de parra.

Ahora ya no soporto la demagogia; si hay culpables de la vorágine consumista lo somos todos y no solo los que medran en el epicentro; todos queremos trascender la única realidad verificable, la verdad biológica de tejidos sujetos a una descomposición progresiva e inapelable, y *luchamos* por ser alguien, individuos de un colectivo quimérico, por ahuyentar el miedo a la insignificancia. El trabajo extenuante de nuestros antepasados y la falta de expectativas les acercaban a la muerte y se la hacían íntima. Entonces fuimos los hombres verdaderos y después nos hicimos perezosos; en vez de regar inventamos el riego automático por aspersión en el jardincillo de amapolas del bienestar, y en vez de un solo gran miedo venerable creamos mil miedos incontrolables como pequeñas fisuras en nuestra colchoneta playera. Vanitas explota esa veta madre en la mina del narcisismo, explora nuevas galerías a través del mayor miedo, la soledad, y del principal anhelo, la pertenencia. Aunque nuestra agencia fue una perla entre las agencias independientes durante los años noventa y los primeros dos miles, el problema es que éramos demasiado pequeños. Róber y Toni se dieron cuenta de ello, cada vez tenían más problemas para convencer a grandes clientes; aunque triunfábamos en los festivales y no había año en que no nos trajéramos algún Sol de Oro o algún León de Bronce —preparábamos las campañas ya pensando en competir en los festivales y llamamos a esos anuncios competitivos *truchos*, no sé la razón— nuestro aislamiento elitista empezó a generar desconfianza. En 2001, tras la caída de las torres, llegó la histeria. Hubo un clamor global por una mayor seguridad en todos los niveles de lo que llamamos *sociedad*, lo que se tradujo en que todos los aspectos de la realidad (y del inconsciente colectivo) se fueron tornando mucho más conservadores, es decir, miedosos. En 2007, ante el riesgo de no facturar lo previsto,

los socios vendieron el ochenta por ciento de las participaciones de la agencia al tercer holding del sector en facturación a nivel mundial, lo que se reveló un acierto antes del estallido de la recesión que estaba a punto de sacudir la economía mundial. Salvo por algunas directrices políticas y empresariales inevitables, dejaron a Vanitas seguir trabajando como hasta entonces. Lo mejor fue que hubo más oportunidades y capacidad para competir a nivel internacional, lo que nos ayudó a disfrutar de una etapa de calma y de cierta rutina laboral. El trabajo se atemperó en el aspecto creativo (nos hicimos más previsibles y conservadores), pero ese ambiente de seguridad me permitió trabajar menos horas y disfrutar de mi tiempo libre.
7

Sabía o imaginaba algunas cosas de las que me relató Sofía en aquel audio; en cualquier caso no sabía lo principal y casi lo único que era importante conocer. Durante los años que mi hermano pasó con Sofía llegó a un equilibrio personal que sería el único del que disfrutaría y también el último, mientras mi familia se desintegraba en un aquelarre de egos tóxicos. Sabía que su relación con ella tenía un grado de intimidad que pocos llegaban a comprender. También que fueron sus años más productivos como compositor. Sabía que la actitud de mi hermano frente al amor era coherente con el resto de su personalidad intrincada, una rebeldía sentimental basada en el todo o nada, muy poco realista en lo que se refiere al flirteo o juego de seducción con las mujeres. Pero no sabía que Hugo había llegado hasta el punto de plantearse la posibilidad —aunque hipotética y vaporosa— de tener un hijo y, sobre todo no sabía que había sido capaz de querer a alguien con tanta intensidad; lo anómalo es que le dé importancia ahora, cuando él ya no está. Tampoco sabía que Sofía hubiera tenido una depresión tan grave, ni que su relación con él hubiera tenido tanta influencia sobre ella. Cuando Sofía terminó con su tortuosa relación Hugo no se encolerizó ni se deprimió. Comprendió su postura, aunque despreciara sus motivos, para él objetivamente banales. Se limitó a indicar que lo entendía, pero que se acababa para él. No volvería a tener otra experiencia amorosa. Lo cumplió. Yo no tardé mucho tiempo en irme de casa y dejar la ciudad, pero en ocasiones, cuando volvía, frecuentaba a la gente que había sido común a ambos. En una ciudad pequeña todo es un inmenso rumor, y la mayoría de ellos son ciertos; a la gente por lo general le cuesta mentir más de lo que le gusta hablar, lo que convierte a una ciudad como la nuestra en un microcosmos mezquino, indiscreto y miedoso. De la vida sentimental de mi hermano nunca nadie supo nada más. No tuvo relación con ninguna otra mujer.

Tras su ruptura Hugo abdicó definitivamente del mundo, por reducido

—y limitado a su relación con Sofía— que éste hubiera sido hasta entonces. Siempre que yo volvía algún fin de semana —normalmente cuando me aseguraba de que mis padres no iban a estar allí— me recibía en casa asomándose al pasillo fumándose un cigarro y enseguida me preguntaba si había comprado más tabaco. Yo siempre le llevaba uno o dos paquetes de Marlboro, dependiendo del estado de mi precaria economía, y nunca preguntaba ni por mis padres ni por nadie. Entonces él me dejaba escuchar alguna de sus últimas composiciones y hablábamos sobre cine, normalmente alguna película que yo hubiera visto esa semana en Barcelona. Algún viernes alquilábamos un par de deuvedés, Lynch, Carpenter, alguna antigua de Fritz Lang. Hugo nunca perdió del todo el interés por el mundo exterior, pero cada vez más era como si recibiera noticias de la Tierra en su estación espacial. Durante la semana bajaba a tomar un cortado de vez en cuando, me decía, luego volvía y componía o estudiaba, no solo temas relacionados con la ingeniería, también se imponía retos mentales relacionados con la ciencia. Fue como si, tras el tiempo invertido en la relación con Sofía, tuviera que hacer un sobreesfuerzo penitente para recuperar el tiempo y la energía desperdiciados en devaneos mundanos. Recuerdo que estudió a fondo la teoría de la relatividad y que empezaba a interesarse por la física cuántica, “de forma intuitiva”, me decía. Me explicaba cosas que yo, animal de letras, solo entendía literariamente o intuía vagamente, los pormenores científicos se me escapaban, pero él los estudiaba a conciencia; en ocasiones me mandaba sus reflexiones por correo electrónico, más para afianzarlas o corregirlas en su mente que para comunicármelas; “el problema es que en muchos ejemplos y analogías de experimentos físicos se mezclan la interpretación probabilística con la física, creando una gran confusión, y por eso parece que nada tiene sentido, pero ahora que lo sé espero poder avanzar un poco en el tema. Piensa que un modelo matemático-físico ya es una abstracción de la realidad, si además creamos otros modelos matemáticos basados en los primeros, este alejamiento es doble”.

Yo veía desde afuera su creciente cerrazón y su cada vez más prolongado aislamiento como quien observa a un reptil en un terrario. Mentiría si dijera que creía que solo se trataba de una mala época de la que mi hermano saldría tras —como se dice en jerga psicológica— “procesar el duelo” de la ruptura con Sofía, porque no pensaba nada parecido. No le daba importancia, principalmente porque en mis años universitarios no le daba importancia a nada que no fuera mi propio ombligo. Nuestra relación de alguna forma funcionaba, porque tanto él como yo sabíamos que el otro era el último bastión de un mundo familiar ya desmantelado y descompuesto, y porque el otro tenía algo

que el primero necesitaba. Yo era un periscopio en contacto con la realidad exterior. Él, un último hilo de cordura y coherencia, por extraño que pueda parecer, porque todo a mi alrededor era confusión y caos, salidas nocturnas, alcohol, drogas —las pastillas de éxtasis pegaban fuerte en aquella época— polvos borrosos y esporádicos con chicas o mujeres igual de perdidas que yo, tardes de chicha de hachís y aturdimiento, así que cuando bajaba en la estación de mi ciudad mediana y tranquila de un tren borreguero y atestado, tras un viaje de varias horas que se me hacía eterno, lo hacía para quedarme en casa unos días y así limpiarme, por lo que el eremitismo de mi hermano me venía al pelo. Estábamos cada uno a lo nuestro y comíamos las sobras que habían ido arrastrándose a lo largo de la semana, quedando depositadas en *tuppers* de la nevera; si por la noche había algún partido de fútbol lo veíamos juntos y yo pedía una pizza y cervezas —si era primeros de mes y mi sufrida cuenta corriente tenía fondos— porque a partir del día quince, si ya habíamos vaciado de tarteras la nevera, teníamos que aguzar nuestra inventiva en múltiples variaciones gastronómicas que solían ser burdas imitaciones; arroz con salsa de tomate y conserva de calamares en su tinta como remedo —o parodia— del arroz negro (unos cuatro euros), macarrones con salsa de tomate y conserva de atún como primo pobre y lejano de la pasta *tonno* (unos dos euros y medio) o alitas de pollo de Telepizza (cinco euros) que recordaban vagamente al pollo asado. Aunque nunca faltaban las cervezas ni el tabaco. Fueron cinco años de una rutina extraña. Por mis estudios podía pasarme la semana entera leyendo *La Regenta* o *Tiempo de Silencio* y cuando llegaba el jueves me metía en una vorágine de sustancias, juergas nocturnas y resacas atroces de las que no me recuperaba hasta la mitad de la semana siguiente, para volver a empezar el ciclo agónico al cabo de dos o tres días.

Durante uno de aquellos puentes en retiro monástico de recuperación mental y limpieza hepática, Hugo se mostró algo hosco a mi llegada, no hasta el punto de decir que estaba preocupado, pero sí algo irascible. Le pregunté si había discutido con mis padres durante aquella semana; no lo negó ni lo afirmó, solo hizo un mohín extraño, entre el hastío y el asco. Mi llegada pareció vivificarle; el sábado por la tarde planeamos incluso salir de casa, ver el partido en un bar, comer un bocadillo, tomar algo. Fue la tarde en que me habló de Hurbinek —el hijo de la muerte de Auschwitz— en el Cloro, entre muchos otros temas; curiosamente, algunos más mundanos que de costumbre. Fue la conversación más larga que recuerdo haber tenido con mi hermano, y acabó con él soltando un suspiro y susurrando un par de frases como el militar de rango que conjetura o anticipa los planes del ejército enemigo. “Me quieren echar”, me dijo. “En cuanto

tengan la oportunidad me van a echar de casa".

Pasaron unos meses y no ocurrió nada, o nada que yo recuerde. Mi hermano siguió enclaustrado en su habitación, componiendo, estudiando y dando algún paseo por la ciudad. Habían pasado ya tres años desde que acabó la carrera y —como había avanzado desde siempre— no había movido un dedo para encontrar empleo. En septiembre fui yo quien terminó los estudios de Filología y a partir de entonces ya apenas vi a mi familia. Descarté la docencia, así que empecé a trabajar de corrector y traductor autónomo para editoriales negreras que exigían los trabajos al cabo de plazos ridículamente cortos, por lo que la mayoría de fines de semana tenía que pasármelos surfeando entre diccionarios *online*, con la nariz entre las líneas de galeradas o compaginadas y el bolígrafo rojo entre los dedos. Solo bajaba a mi pequeña ciudad en contadas ocasiones. En una de aquellas ocasiones no me quedé en casa, salí con los viejos amigos a una cena insustancial. Aquel fin de semana ocurrió mi accidente y mi tiempo narrativo se detuvo.

8

Llevaba ya días sin apenas hablar cuando me dieron el alta, y cuando salí solo a la calle seguí sin hacerlo. Desde que me dieron la noticia, de alguna forma había conseguido que nadie se enterara de que iba a salir del hospital aquel sábado nueve de abril de 2004. El país estaba aún aturdido por los atentados terroristas ocurridos apenas hacía un mes en Madrid. Imagino que ni a la doctora que me había estado visitando desde la última operación, ni a las enfermeras, se les ocurrió que yo no iba a decir nada, así que cuando aquella mañana llegó, no me estaba esperando nadie. Hacía ya tiempo que las visitas eran cada vez más esporádicas, Hugo, Juan y algunos amigos vinieron a verme las primeras semanas; más tarde mis padres siguieron visitándome, pero cada vez con menos frecuencia; una vez se cercioraron de que sanaría y perseveraría en mi ser, les pudo la pereza o las obligaciones laborales dificultaron las visitas, y acabaron cumpliendo con el cupo mínimo de empatía, al que mi dosis alta de mal humor y silencios prolongados contribuía poco. Es algo normal, los hijos ya adultos recuerdan dolorosamente al niño que los padres cuidaron y que ya no existe, en cierta forma lo raptaste y lo fagocitaste, es un desapego sobrevenido muy animal, un destete de mamífero, si se quiere emplear un término en la línea de *National Geographic*. El día que salí del hospital, estaba bastante seguro de que no vendría nadie, en ningún caso hasta bien entrada la tarde, así que por la mañana me levanté temprano, metí la poca ropa que tenía, el móvil y los enseres del baño en la mochila, me enfundé un chándal gris de Adidas, me dirigí a la recepción, firmé los documentos y salí a la calle; sería alrededor de las

diez de la mañana.

Mi primera impresión fue de aturdimiento. Aquella sensación abrumadora no se debía a la luz excesiva, ni al tráfico ni al sonido, que me pareció ensordecedor. Se debía, creo, al contraste entre un mundo que me parecía impúdico y superfluo, en constante movimiento ciego y mecánico, en contradicción con mi debilidad y mi estatismo. No sentía miedo, era más bien una inmensa pereza de moverme, todo cuanto me rodeaba me irritaba. Me sentía como una medusa en medio de un tifón oceánico. Durante los últimos tres meses había perdido varios kilos, mi masa muscular estaba fláccida y mi piel blancuzca; las piernas me temblaban, y no era capaz de pensar en el siguiente paso que debía dar. Así que me quedé allí, sin moverme, durante no sé cuánto tiempo. No podía ocuparme de nada práctico; comprar un bonobús o ir al supermercado me parecían misiones extenuantes. Tardé en darme cuenta de que alguien se dirigía a mí, y en poder reaccionar. Era uno de los taxistas que estaban aparcados ante la puerta del hospital, ofreciéndome sus servicios. Con un automatismo animal entré en el coche. El taxista me dio los buenos días sin mirarme, aguardando las instrucciones con expectativa rutinaria. Al ir a decirle mi dirección, no pude abrir la boca. El taxista se giró con una expresión de extrañeza. Fingí con un gesto haber olvidado algo, salí del coche y me puse a andar en dirección a la estación con la intención de coger el primer tren hacia Barcelona, buscando el anonimato de sus calles y de rostros huidizos e indiferentes. No quería ver a mi familia, ni siquiera a nadie conocido, ni mucho menos mantener conversaciones acerca del futuro; ahora qué vas a hacer, a ponerse fuerte y a comer bien, llámame cuando estés mejor. No me veía capaz de ello, solo buscaba la soledad y el silencio.

Hacía ya un par de meses que había decidido no pagar más por la habitación que compartía con otros tres desharrapados en el barrio de Les Corts. Sabía que cuando saliera del hospital iba a necesitar la totalidad del poco dinero que había conseguido ahorrar, principalmente porque durante mi convalecencia no había tocado ni un céntimo de los últimos ingresos que me habían hecho varias editoriales; tuve suerte, porque antes del accidente había entregado un par de trabajos largos (la corrección ortotipográfica de una revista de historia y un manual de biología molecular). Temiendo tener que regresar a la casa familiar, le pedí a Néstor durante una de sus últimas visitas al hospital que escribiera en mi nombre un correo electrónico a Nico, un chico de Barcelona al que había conocido en un *hostel* durante un fin de semana en Berlín. Él comenzaba allí un viaje por Sudamérica que pretendía ser largo, “un año si me llega la pasta”, me

dijo, así que pensé que probablemente siguiera aún fuera. Sabía que Nico tenía un piso en propiedad en el Eixample. En el correo le explicaba lo que me había sucedido —no me importó lo más mínimo resultar lastimoso, lo consideraba un mal menor y en aquel momento no me podía permitir el lujo del orgullo— y le conté que había dejado mi apartamento; le mentí diciéndole que por trabajo debía regresar unos meses a Barcelona y que necesitaba un sitio donde quedarme. "No hay problema", me dijo, "mi amiga Fani tiene una llave, queda con ella. Lo único que te pido es que le des de comer a los gatos, así ella ya no tendrá que ir". Se despedía contándome algunas peripecias de su viaje que recuerdo muy vagamente; tenían que ver con desiertos, selvas y megalópolis enormes que me parecieron lejanísimas, como si un astronauta me hablase de un planeta nuevo más allá de la Vía Láctea. Imagino que no era el momento de leer novelas de ciencia ficción.

Llegué a la estación de Sants, cogí el metro hasta la Plaza Universidad y quedé con Fani en el portal de Consell de Cent cruce con Aribau, donde estaba el piso. Era una chica guapa, de unos veintilargos, menuda y morena; tenía una expresión algo ingenua, los ojos vivos, grandes y oscuros y el pelo cortado al estilo *mod*, con un flequillo que le cubría la frente. Desde el momento en que nos presentamos no paró de hablar (en realidad fue ella quien dijo mi nombre y me dio dos besos). Habló al entrar en el portal, al subir en el ascensor, al entrar en casa y mientras buscaba a los gatos; me dijo sus nombres pero no los recuerdo, aunque Fani los gritara varias veces sin conseguir que los animales dieran señales de vida. Soltaba una cháchara continua e insoportable en la que podía referirse a temas tan dispares como el funcionamiento de la caldera o su último fin de semana *muy loco* con sus amigos gais del barrio. Yo solo podía asentir con la cabeza mientras la seguía y trataba de entender sus instrucciones y comentarios, pero su velocidad de ametralladora ni siquiera me permitía discriminar unos de otros. A veces se reía inopinadamente, lo cual me confundía aún más de lo que estaba. Llegado un momento, cogió su bolso y a punto de irse, me preguntó algo. Tal y como me había pasado en el taxi algunas horas antes, no pude articular palabra. Entonces hice una de las cosas más extrañas que recuerdo haber hecho nunca, y que denota el estado mental un tanto dislocado en el que iba a estar el tiempo por delante, aunque me pareció muy natural entonces. Fui a besarla en la boca. Fani apartó ligeramente la cara y mi beso fue a dar en una de sus mejillas; por la forma en que ella había hecho aquel movimiento, podía pasar como una de esas situaciones en que los dos fingen que no ha ocurrido nada, y así actuamos, en la acepción escénica del verbo. Ella se azoró, aunque

intentó que no se notase, improvisó un par de instrucciones más, “el calentador es eléctrico, perdona el desorden”, o frases de ese tipo, nuevas risas, me dio las llaves y se fue. Cuando se cerró la puerta me sentí enormemente cansado, así que medio desmayado fui hasta el salón al final del pasillo sin apenas ver nada de lo que me rodeaba, me derrumbé en el sofá y caí inmediatamente dormido.

Lo que me rodeaba era el desorden más absoluto. Me despertaron las ganas de orinar y una presencia. Abrí los ojos, miré alrededor y allí estaba, sentada, con ojos muy abiertos y expectantes, como si deseara y a la vez temiera un movimiento mío. Estuvimos mirándonos fijamente hasta que uno de los dos rompió el hielo. La gata maulló, como recordándome que tenía una misión que cumplir allí que la implicaba directamente. Me incorporé, retrocedió y cuando me levanté para ir al cuarto de baño salió corriendo pasillo abajo. Al volver desde el lavabo pude ver el estado deplorable del piso de Nico. Tenía justo el aspecto que alguien espera de un piso cuyo propietario se ha ido de viaje varios meses. Olía a pis de gato, estaba lleno de pelos y de cacas resecas, desperdigadas por los lugares más insospechados. No había una sola superficie que no estuviera cubierta por una capa espesa de polvo. El cuarto de baño estaba inesperadamente en la parte central de un pasillo larguísimo, como si tras un olvido el arquitecto lo hubiera proyectado en cualquier sitio, y en el extremo opuesto estaba el dormitorio, la única estancia de la casa que tenía suelo de parqué y estaba mejor conservado que el resto de habitaciones, como si también lo hubieran embutido allí al haber sobrado de otro edificio; tenía una televisión enorme frente a la cama y en una de las paredes colgaba un póster de una banda que parecía de *heavy metal* donde aparecía una mujer morena muy guapa, vestida de cuero negro rodeada de cinco melenudos, llamada *Nightwish*. La cocina precisaba una limpieza de varias horas, empezando por los fogones, con restos de comida adherida que no supe si sería capaz de arrancar o si sería imposible porque ya se habían fusionado con el aluminio. Como primera medida higiénica decidí airear un poco el ambiente, así que me dirigí al balcón del salón y abrí las puertas. Salí. La luz del día era gris, no había nadie en la calle, el ambiente era húmedo y fresco. Sentí un escalofrío, entré de nuevo en el salón, cerré las puertas y corrí las cortinas. Fui hasta la cocina para prepararme algo de comer (ni se me ocurrió que la alacena estaría completamente vacía) y vi la hora en forma de pequeños palitos verdes luminosos sobre la pantallita negra del microondas. Las seis y dos. Entonces me di cuenta de que no tenía noción alguna del tiempo que había pasado desde que entré en el piso. No sabía si eran las seis de la madrugada o las seis de la tarde, si debía prepararme el desayuno o la merienda; fue

entonces cuando me di cuenta de que mi tiempo había sufrido una transformación, algo había cambiado en su naturaleza. Era como si hubiera desaparecido como entidad, como si hubiera perdido su sentido o su utilidad. Porque no me importaba en absoluto si eran las seis antes o después del meridiano. Y también me di cuenta de algo más. No me importaba lo que iba a hacer ese día, ni al día siguiente, ni la semana siguiente. Lo único que quería era quedarme solo en aquel piso oscuro y desvencijado del Eixample. Dar de comer a tres gatos me parecía poco precio por aquel privilegio de tranquilidad y de silencio. Había sido tan consciente de mi propio cuerpo durante tantos meses que ahora tan solo quería disfrutar de aquella apatía, de la ausencia de dolor y de molestias, de unos procesos fisiológicos que, aunque algo atrofiados, volvían a funcionar. Para mí la libertad absoluta ya no era ir adonde quisiera, sino poder decidir quedarme allí sin hacer nada. Así que estuve en ese estado ese día, el día siguiente, la semana siguiente y las que siguieron. Durante aquel periodo los días perdieron para mí su cualidad fechable y numeral; el sol salía y se ponía y yo me despertaba y me dormía bajo su cadencia indiferente, sin objetivos y sin ansias, siguiendo mis ritmos biológicos, flotando plácidamente fuera del tiempo durante mi año de la confusión.

## 9

No hablaba con nadie. Me sentía incapaz de articular palabra, así que me encontré de forma inesperada en una situación que la neurología describe como trastorno de lenguaje y que obedece a causas motoras o sensoriales, la afasia. Pero yo no padecía ninguna patología, o eso me parecía; sencillamente las palabras no salían de mi boca, y casi no discurrían en mi mente, por lo demás serena. Si no había un motivo neurológico entonces debía de ser psicológico; en cualquier caso la causa era a la vez oculta e inapelable. Esa desarticulación del pensamiento, en que lo visual y las sensaciones tenían mucha más entidad que las palabras, tuvo un efecto beneficioso en lo personal pero desquiciador en lo social. Las primeras semanas de mi estancia en el Eixample fueron tranquilas, es sorprendente lo fácil que resulta vivir sin recibir ni demandar interpelaciones de nadie, lo desapercibido que puede pasar uno entre los habitantes de una gran ciudad. Bajaba a la calle, paseaba despreocupado, compraba y volvía a casa sin que nadie esperara nada de mí ni yo de ellos. Uno no se da cuenta de lo asumida que tiene la comunicación hasta que renuncia a ella, así que intenté limitar mis salidas del piso a horas muy poco concurridas, y sin embargo tuve dos percances que me hicieron reconsiderar mi actitud hasta entonces. Uno de ellos me incomodó; el otro me puso en una situación de peligro. El primer encuentro

paradójicamente me sorprendió por previsible. Ocurrió así: una tarde, cuando bajé a depositar la basura en el contenedor, noté que una mujer se me acercaba. Sin tiempo para reaccionar me di cuenta de que ya se había situado frente a mí con expresión entre indagatoria y confundida. Tras disculparse, me miró a los ojos y me preguntó una dirección. Que alguien se dirigiese a mí tras tanto tiempo de nula interacción social me desubicó de tal manera que me quedé allí parado, frente a ella, y entonces iniciamos un juego de miradas un tanto ridículo. Ella me miraba expectante creyendo que dudaba, yo la miraba suplicante y confuso en la que imagino la mirada proverbial del quiero y no puedo, a lo que siguió —tras un tiempo que empezaba a ser excesivo para la gestión— una mirada suya con el ceño fruncido en una expresión que ya sospechaba o intuía la locura, mientras se iba alejando de mí lentamente, con cautela, como quien se aparta de un animalejo para no soliviantarlo con movimientos bruscos porque puede llegar a ser peligroso. El segundo incidente fue algo más turbador, pero al mismo tiempo me dio una solución posible a aquellos encuentros fortuitos. Esta vez fue una pareja joven la que, ya de madrugada, se cruzó conmigo cuando me faltaban apenas unos metros para llegar al portal. Habían bebido mucho, él andaba a trompicones y tenía el brazo sobre el hombro de la chica. Al pasar a mi lado, ella me hizo un comentario que yo no entendí pero que me hizo vacilar en mi paso y mirar en su dirección. “Que te animes, tío, que ya es viernes”, me dijo. El sujeto que la acompañaba se rio del estúpido comentario de la chica con demasiado entusiasmo, y al ver que yo no le respondía tal vez quiso contradecir lo que creo que consideró un resbalón en su virilidad. Me di cuenta de que era más bajo que yo y de que pesaría unos diez kilos menos, pero era un tipo enjuto y fibroso, y por su forma de hablar —además de la taja que llevaba— pude intuir una cazurrería arrogante, pertinaz y sobre todo peligrosa, además de una repelencia electromagnética a la razón. A medida que mi silencio se prolongaba él se mostraba más agresivo, “qué te pasa tío, no le contestas a mi novia o qué, qué pasa tío, que miras todo el rato, te gusta mi novia o qué”, me espetaba mientras le tocaba el culo y ella se partía de la risa. En un momento se acercó a mí e hizo ademán de ir a pegarme, alzó la mano abierta y se elevó un poco para contrarrestar la diferencia de estatura, como el gato que eriza la cola y se pone de perfil para parecer más fiero. Nunca he sido ni demasiado fuerte ni especialmente valeroso, pero no hui, me limité a seguir mirándole con expresión bovina y neutra. En ese momento la chica por fin dejó de reírse y dijo, “déjalo, Juaqui, creo que es sordo, vámonos”. “Que te den por culo, tarado”, dijo Juaqui mientras se alejaban. Aquel incidente me dio la solución. A partir de entonces, cada vez que alguien se dirigía a mí, señalaba con el índice la oreja y

luego lo dirigía hacia el mentón; es el símbolo internacional para indicar que eres sordomudo. Por conmiseración o por estupor culpable siempre me dejaban en paz.

No hablaba con nadie, y tampoco contestaba a las llamadas de familiares y amigos (era menos una cuestión de ánimo que una indiferencia extrema). Más tarde sentía remordimientos y vencía al fastidio; contestaba a los mensajes usando un patrón de texto casi invariable; estoy mejor, no te preocupes, vuelvo a trabajar, necesito tiempo, un beso o un abrazo (dependiendo de quién fuera el interlocutor). Rara vez contestaban una vez se habían cerciorado de que estaba bien, y si lo hacían era mediante una forma de cortesía análoga a la mía; es curiosa esa manera de calmar los ánimos, hace más por la tranquilidad de espíritu del que indaga que por la del consultado, que sigue ahí y cumple su función de perseverar en su ser como pilar de lo cotidiano; como si su bienestar y normalidad nos irradiara y contaminara; todo bien, nada ha cambiado, seguimos cada uno a lo nuestro. En inglés hay una expresión exacta y casi cómica para ese sentimiento tan entrañable e insólito, *no news, good news*. Es posible que lo tengamos tan asimilado que sea la causa de que las malas noticias —cuando alguien no está bien, todo ha cambiado y nada es ya como antes— nos las tengan que repetir dos veces, tras un *qué* incrédulo, un *no puede ser*, algo cortocircuita nuestra predisposición a lo que hasta entonces era tan ordinario que apenas reparábamos en ello.

Lo cierto es que de las cuatro afirmaciones que les escribía dos eran mentira, ni volvía a trabajar ni necesitaba tiempo para nada. Me encontré en un océano de la tranquilidad interior, disfrutando de la soledad y el silencio. Tras varios días en la más absoluta inactividad, creo que provocada por un cuerpo que aún necesitaba adaptarse a unos nuevos ritmos circadianos acordes con el mundo exterior, una mañana me desperté y me di cuenta de que físicamente volvía a parecerme al que había sido antes del accidente. Abrí todas las ventanas del piso y el balcón. La luz entró y sentí que me llenaba una energía repentina. Cogí las llaves, bajé a la calle, saqué cuarenta euros en un cajero y fui al chino de la calle Aribau (siempre iba a comprar a los chinos porque les importaba una mierda que ni siquiera les diera los buenos días o las buenas noches y además abrían hasta la una de la mañana). Compré todos los productos de limpieza que me pareció que me podían servir para adecentar aquel piso caótico y mugriento, subí y me puse a ordenarlo y a limpiarlo durante horas. Los gatos iban y venían, retaban a la escoba, descubrían objetos nuevos y jugaban con ellos y cuando llegó la hora de su siesta se tumbaron y vegetaron en letargo mientras me miraban con los ojos entrecerrados. Barrí, fregué,

froté, pasé el polvo, retiré mierdas de las cajas de gato y fuera de ellas, pasé mochos y restregué bayetas hasta que estuve satisfecho con el resultado. Limpié como si me fuera la vida en ello, como si me estuviera desinfectando a mí mismo; me recordaba a Norman Bates fregando afanoso el baño en *Psicosis* tras acuchillar a la chica: me salvaría, pero todo debía quedar limpio como una patena. Cuando acabé era ya de noche. Me preparé una sopa de tomate caliente, me tumbé en el sofá con uno de los felinos encima y por primera vez en mucho tiempo me sentí bien en mi pellejo.

Las primeras semanas no buscaba distracciones, no encendía el ordenador ni el televisor. Ni tan siquiera sentía aburrimiento. Me limitaba a levantarme a media mañana, prepararme el desayuno (un yogurt griego con miel y unas tostadas con mantequilla) y vegetar vagando por la casa. No había entendido sus nombres cuando Fani los berreó el día en que entré en el piso, así que rebauticé a los dos grandes como Rasca y Pica —que ya me habían tomado confianza— y Kitty, una persa de color gris que me observaba desde lejos, pero huía en cuanto quería acercarme a acariciarla, desapareciendo durante horas en alguno de los innumerables rincones llenos de trastos del apartamento. Algunos días lo único que veía de ella eran los mechones de pelo enredado que dejaba desperdigados a su paso. Comía por la noche, mientras yo dormía. Pica y Rasca eran gatos callejeros, atigrados y bastante gordos; insaciables, me pedían comida cada hora y media. Había dos o tres sacos de galletitas Friskies, así que estaba bien surtido. Cuando me levantaba enseguida venían a frotarse entre mis piernas. Les daba de comer y ahí se habían acabado mis obligaciones diarias. Sabía que aquella forma de vida no podía durar eternamente, pero no me preocupaba lo más mínimo. Mis pensamientos eran más abstractos; venían y desaparecían, pero no animaban a la acción.

En ocasiones salía al balcón y observaba durante horas a los transeúntes o a la gente que trabajaba en la calle. Vivía en el tercer piso de un egregio edificio antiguo del Eixample, lo que me daba una visión bastante detallada de la avenida y a la vez preservaba mi clandestinidad voyerista (es poco habitual que alguien mire hacia arriba sin motivo cuando pasea). En esos momentos mi yo desaparecía por completo, imagino que a eso se refieren los textos budistas o taoístas cuando hablan sobre convertirte en lo observado. Cuanto más cotidiana era la escena, más me perdía en ella. Había dos momentos radicalmente distintos, y la división era clara y cósmica: antes y después de la caída del sol. Durante la mañana y primeras horas de la tarde lo cotidiano teñía las actitudes, pero a mí me parecía todo nuevo. Me maravillaba la exactitud de los movimientos de un

repartidor al aparcar en un espacio que parecía impracticable, bajando de su furgoneta dando un portazo calculado, sacando el carro de la carga, descargando cajas de alimentos, anotando en la hoja de registros. Pero todavía me sorprendía más si surgía algo inesperado, una corta discusión con algún conductor despistado que le cerraba el paso, una chica con un buen culo que pasaba por su lado y que le llamaba la atención y lo distraía de sus tareas automatizadas por la rutina diaria. Los niños eran sin duda los especímenes más interesantes; su comportamiento era completamente imprevisible; su libertad de acción, amplísima. Era habitual ver situaciones en que los críos, sin avisar o pedir permiso, simplemente se apartaban de sus madres y se ponían a orinar junto a un árbol, sin ningún tipo de pudor, o las niñas se subían la falda ante otros niños desconocidos. Lejos de los asumidos candor e inocencia infantiles, podían ser capaces de comportamientos inmorales, crueles, incluso sádicos. En una ocasión pasó una mujer con sus dos hijos, el mayor tendría unos nueve años, su hermano un par menos. El motivo se me escapó, cuando la escena llamó mi atención ya estaban enzarzados a patadas, aunque se agredían de forma sistemática, como por turnos; uno daba un puntapié casi ya avanzando la fuerza con la que iba a recibir el siguiente. Sin embargo, el pequeño dio una patada con excesiva potencia en la espinilla del mayor, y éste se agarró la pierna con lagrimones de dolor nublándole los ojos. Pero la pelea no se acabó ahí. Cuando el chaval se recuperó y su dolor se hizo soportable, su semblante cambió y frunció el ceño en una expresión reflexiva y a la vez determinada; aprovechó una distracción de su madre y fue a por el hermano. Le agarró dos dedos de una mano y se los torció; casi pude oír el crujido de los huesos. Los gritos de dolor del crío me afectaron de tal forma que tuve que entrar y cerrar las puertas del balcón para no oírlos.

Solo de vez en cuando salía al balcón a última hora de la tarde o al caer la noche, aún no había llegado el verano y solía refrescar. Mi cuerpo todavía no estaba en forma y era sensible a los cambios de temperatura, aunque en los días cálidos de mayo empecé a salir más a menudo. Recuerdo a un indigente que siempre se sentaba a la misma hora en el mismo banco del chaflán, no siempre solo; en ocasiones le acompañaban otros dos o tres mendigos, entre ellos podía haber alguna mujer. A él lo recuerdo porque era el único invariable del grupúsculo (he leído que los *sintecho* son muy territoriales, el chaflán debía de pertenecerle) y porque llevaba a todas partes un carro de la compra con una cantidad de bolsas de plástico que no parecía posible que aquel cacharro pudiera contener, rebosando sus bordes y a la vez milagrosamente en equilibrio. Ignoro lo que había en las bolsas, desde

luego no parecía factible que pudiera acceder a las que se hallaban en el fondo del carro sin trabajar como mínimo una hora en vaciarlo. Cada día se sentaban, hablaban y bebían de botellas y cartones como si no hubiera mañana, porque seguramente para ellos no lo había. Las peleas a gritos eran habituales (y algún aspaviento de agresión imprecisa y torpe), pero a veces se profesaban un cariño que no he visto en otros grupos humanos, salvo entre los miembros de una misma familia. Se cuidaban y se consolaban entre sí, y cuando uno de ellos ya no podía mantenerse erguido por el exceso etílico, apoyaba la cabeza en el regazo de alguno de sus compañeros, y éste le acariciaba suavemente la maraña despeinada y sucia que tenía por cabello.

Los indigentes solían irse cuando abrían los locales nocturnos de la zona, a eso de las nueve. Esa zona del Eixample es zona gay, y muchos de sus locales eran de ambiente. En las entradas de las discos y garitos se anunciaban shows de *drag queens* y ofertas de chupitos variados. Al regresar a casa tras aprovisionarme en el chino de la esquina, muchas noches veía a hombres jóvenes que acudían a beber allí. En los ojos de algunos de ellos había algo perturbador. En ocasiones oía peleas y ruido de cristales rotos desde la habitación, mientras intentaba dormirme. El mundo gay tiene fama de ser alegre y festivo, pero nunca he notado en otros barrios de la ciudad un ambiente tan cargado de agresividad como en aquellas calles durante las horas nocturnas. Años más tarde se lo conté a un compañero homosexual tomando un café, un diseñador gráfico argentino con el que trabajé durante mis primeros años en la agencia. Ante mi extrañeza me dio la razón.

—Miraban así porque no querían estar allí —me dijo riéndose—. Son los *closeteros*, los que aún no salieron del armario pero no pueden reprimir su sexualidad, chupan y se emborrachan mal y llegan allí sin saber ni cómo, parecen zombis, boludo, imaginate su represión y su lucha interna, como para no tener bronca.

—¿Como los que van a que se la coman los travestis? —le pregunté.
—Esos no son gais —me dijo—. Solo les gustan las pijas, boludo.
Alguna mañana me despertaba muy temprano y al salir al balcón volvía a ver aquella luz tenue e inconcreta que emparenta el amanecer con el ocaso. La calle vacía y gris, el gorjeo de las palomas, los semáforos funcionando a intervalos regulares para nadie; se me revelaba una ciudad indiferente y natural como un paisaje rocoso y desértico. Durante esas horas la ciudad no tenía dueño y la calle era ajena a aquellos que la crearon; solo más tarde se llenaría de ruidos y de alicientes y la convertirían en coordenadas de GPS y en sitios adonde ir lo antes posible, pero en aquel momento se intuía un gran

malentendido, se sospechaba la falacia de los mapas, queriendo fijar en algo interpretable lo que nunca está firme; pero a mí se me escapaba el espacio y sentía que el tiempo se me escurría. No lamentaba que huyera para no volver ni todas esas estupideces topiqueras de poeta malo. Se me escapaba su concepto. No entendía lo que era, o siquiera si era algo más tangible que ese concepto que yo no hallaba. Sentía que estaba cerca de una revelación, pero se me iba al esperarla, como quien tiene algo en la punta de la lengua pero no da con ello. Entonces me daba cuenta de que la revelación, si la había, era ese mismo sentimiento indefinido, porque nada más iba a revelarse.

*Mi año de la confusión* me viene ahora a la cabeza; acabé con esa frase el capítulo previo refiriéndome a aquel no-tiempo límbico en el piso del Eixample, sin saber muy bien por qué escribí *año* en vez de escribir *época* o *periodo*, pero al ir a corregirlo he caído en la cuenta de que me sonaba de haberlo leído en algún lugar; qué debe de ser. Un año entero confundido, qué coño es eso, de dónde lo he sacado. Lo he buscado en la red. Fue el 46 antes de Cristo y duró cuatrocientos cincuenta y cinco días, noventa más de lo habitual, porque se sustituyó el calendario lunar por el de ciclo solar. Roma vivió su año de la confusión, y sus gentes, ahora materiales dispersos por el universo, siguieron las rutinas de la República romana durante los días no numerados de un calendario en blanco, como en aquellos mapas medievales donde el territorio inexplorado se dejaba vacío.

Los calendarios son convenciones, política. En rigor solo hay esferas en movimiento y meteorología. Noventa días sin número ni mes. Una laguna etílica, un lapso de prehistoria incrustado en la historia, un no-tiempo imposible de datar porque lo que falta son las propias fechas, indefinido como mi limbo en aquel piso del Eixample en una inopia de calendario, una laguna que no fue etílica, sino omnisciente y abstemia. La única época de mi vida en la que no bebí una sola gota de alcohol. Comía poco, bebía agua y zumo y no me preocupaba el día en que habitaba, daba de comer en silencio a dos gatos y una gata persa que siempre se escapaba, observaba un pedazo de la ciudad desde un balcón, dormía mucho. El accidente interrumpió mi tiempo narrativo o cambió su naturaleza; durante aquel periodo yo no era una entidad biológica ni mental mucho más complicada que los gatos, en cualquier caso mi actividad y la suya no diferían mucho, con la única excepción de que era yo el que les daba de comer a ellos, por lo demás hacíamos lo mismo, dormir, comer, beber, defecar y observar el mundo que teníamos ante nuestros ojos, sin juzgarlo demasiado.



*Cuando se habla se vive una vida distinta que cuando no se habla. Para vivir hablando, uno debe haber pasado por la muerte de vivir sin hablar. Jean Luc Godard. Vivir su vida*

A finales del verano por fin me encontraba bien y ya todo me molestaba. El piso del Eixample, los gatos, el lavabo en medio del pasillo, la morena del póster de *Nightwish*, las horas, el silencio. Empecé a detestar el cuadrante de ciudad que el balcón delimitaba. Perdí la curiosidad por la gente que pasaba; los niños me empezaron a parecer irritantes, las mujeres perdieron su misterio, el indigente del carro con su montaña de bolsas de plástico empezó a deprimirme. Ya no sabía qué hacer con mi tiempo, que súbitamente recobró su naturaleza narrativa, así que algunas tardes, por miedo claustrofóbico, empecé a alargar los paseos por la ciudad. A partir de mediados de septiembre no solo me limitaba a caminar por las calles que rodeaban el edificio, sino que me animaba a bajar hasta la plaza Universitat, seguía por Pelai y Fontanella hasta la Via Laietana y bajaba hasta el puerto, giraba a la derecha por el paseo de Colom y subía de nuevo por las Ramblas. Al llegar a la altura del Liceu a menudo me perdía por las callejuelas del Barrio Gótico, a esas horas de la tarde atestado de hordas de turistas en busca del Museo Picasso, árabes de paso decidido, hípsters alienados, carteristas cabrones al acecho de su presa y urbanitas absortos frente a los escaparates. El hormigueo constante conseguía hipnotizarme. Llevaba peor adaptarme a los ruidos —gritos, motos, músicos callejeros improvisados y estridentes— pero poco a poco, mi oído se fue insensibilizando al fragor de la ciudad. Empezaba el otoño y de regreso a casa ya anochecía. Al pasar por el chino, un lunes por la tarde decidí, además de las conservas, las galletas, la leche y los productos de limpieza que me llevaba habitualmente, comprar un *pack* de seis latas de cerveza para el resto de la semana. Me las bebí todas esa misma noche.

Aquella nueva rutina se repitió cada noche durante un par de semanas. Compraba el *pack* de seis Estrellas tras un paseo más o menos largo, cenaba cualquier cosa rápida y me disponía a bebérmelas una tras otra en la habitación, tumbado en la cama, viendo la televisión, haciendo *zapping* sin ningún criterio, hasta caer dormido. A la mañana siguiente me despertaba con una leve resaca, molesta pero soportable, les daba de comer a los gatos y pasaba el día leyendo, recurría de nuevo a la tele si me ganaba la pereza o simplemente vegetando si me sentía especialmente inoperante. Alrededor de las siete de la tarde volvía a empezar el periplo callejero, seguido de su colofón cervecero. Un sábado por la noche ya no fue suficiente. Tras beberme la última cerveza no me dormí, como de costumbre. Podría echar la culpa a la infame programación televisiva de los sábados por la noche (fútbol, *blockbusters* comerciales, documentales que no despertaban mi interés o debates histéricos alrededor de la política o el famoseo), pero la culpa la tuvo una

canción.

Durante todo aquel verano aparecía constantemente en *todos* los televisores del país (y creo que de Europa entera), a modo de gota china —como si no hubiera en el mundo más música que aquella— un videoclip inverosímil cuyo título recuerdo, *Dragostea din Tei*, cantada en su propio idioma por un trío de chavales imberbes rumano o moldavo, en cualquier caso de Europa del Este. Fue un éxito sin precedentes, cuya sorpresa general no hizo sino reforzar su efecto expansivo, una de esas bobas canciones del verano melódicamente oportunistas de las que todo el mundo se ríe y a propósito de la cual todo el mundo bromea, pero que todo el mundo ama en secreto. Aquella noche, tras ver un partido de inicio de liga soporífero que acabó sin goles, cambié de canal y volví a toparme con el videoclip de aquellos tres energúmenos y en ese momento, mientras les volvía a ver cantar y bailar por quinta o sexta vez ese día, abrazaditos sobre el ala de un avión, sentí algo emparentado con la furia asesina. Quise que se acercaran demasiado a la hélice de aquel aparato y los hiciera trizas, o por lo menos que decapitara a alguno de ellos. Para aplacar la bilis que comenzaba a infectar mis pensamientos, me vestí, me calcé y bajé a la calle. Sería alrededor de las once de la noche.

No caminé mucho tiempo. A la altura de la calle Aribau, a unos metros del chino donde me abastecía, entré en el primer local abierto que vi. Era el típico bar de viejos en el que Bukowski se hubiera sentido como en casa, el parroquiano más joven tendría cincuenta años. Me senté frente a la barra y le indiqué al camarero con el dedo sobre la carta de plasticucho viejo que me sirviera un jotabé con cola. Para disimular que mi único objetivo allí era beber, cogí un Marca destartalado de una de las esquinas de la barra y empecé a hojearlo. Los clientes me miraban curiosos; imagino que para ellos yo era una anomalía; demasiado joven para meterme en ese bareto impersonal un sábado por la noche. Mediado el segundo *whisky*, uno de ellos, el que parecía más joven, se dirigió a mí para comentarme algo acerca de una noticia de aquel periódico deportivo que yo manoseaba sin leer. Entonces, tras un silencio de meses, le miré a los ojos y hablé.

Me gustaría escribir que mi vuelta a la comunicación interpersonal fue algo más romántica, que fueron frases transcendentes y sentidas, pronunciadas tras desfacer algún entuerto y salvar a alguna bella joven de una situación de peligro; o tal vez, siendo más realista, me hubiera conformado con tener una simple conversación mundana con una chica mona y algo achispada en alguna discoteca, pero no fue así. Cuando volví a hablar lo hice sobre fútbol, en un antro cochambroso, con un hombre de mediana edad de calva de fraile y bigote lápiz, que

tan solo buscaba pasar el rato un sábado por la noche, tal vez para no sentirse igual de solo que yo. Continué durante al menos una hora y media, vomitando una ristra torrencial de frases que apenas dejaban intervenir a mi interlocutor, que empezó muy animado y jovial comentando los nuevos fichajes de la temporada liguera que comenzaba, pero que se fue desinflando poco a poco al darse cuenta de que poco importaba lo que él dijera; la expresión de su rostro ante mi farfulla pasó de la expectación e incluso el interés inicial a la estupefacción (boca levemente entreabierta y ceño ligeramente fruncido, que le daban un aire de batracio) para acabar en franco fastidio, que solo remitió cuando pedí unos chupitos de *whisky* en la barra, perspectiva ante la cual respondió vivificado.

Los temas futbolísticos apenas duraron unos minutos. Pasado ese tiempo, me extendí acerca de lo que había sido mi vida hasta entonces. Saltaba incoherentemente de un tema a otro. Le hablé de mi infancia, de mi familia, de Hugo, del accidente, de Nico y de su amiga Fani (me extendí un buen rato describiéndola y pareció que recuperaba el interés; se soliviantó, me habló de su divorcio y se cagó en su ex mujer, aunque yo apenas le presté atención). Le hablé del hospital, de Ian Curtis, del Barrio Gótico, del futuro que no lograba ver, de los gatos. No podía detenerme. Aprovechando uno de mis frecuentes viajes al servicio, el tipo desapareció. No me importó; seguí bebiendo *whiskys* con cola hasta que a eso de la una, el camarero, calmoso, me dijo que ya tenía que cerrar el local. El resto de la noche fue ya un borrón; deduzco que desde aquel bar volví a casa directamente, aunque tampoco puedo estar seguro.

Al día siguiente me despertó la luz del sol; estaba desnudo en la cama. Lo peor, una vez recordé la noche anterior, no fue el hecho de haber vuelto a pasarme con la bebida. Ni siquiera la pegajosa resaca que volvía a padecer después de tantos meses, sino el hecho de haber vuelto a hablar, y haberlo hecho de esa forma, largando intimidades a un tipo al que probablemente nunca volvería a ver, y a quien mis infortunios no le importaban lo más mínimo. Me sentí como una virgen prepúber a quien cincuenta desharrapados hubieran penetrado en un *gang bang*. Mancillado, derrotado y sucio. Pasé unos días sin salir de casa, de nuevo en silencio, hasta que recibí una llamada. Mi año de la confusión llegó a su fin en forma de onda de radio. Era Néstor.

—Hola David, ¿cómo estás?
—Bien.
—No se te oye demasiado bien. ¿Seguro que estás bien? —Vale, no estoy bien —siguió un silencio breve.

—¿Te puedo ir a ver?
—Mejor que no.
—Bueno, de todas formas, menos mal que me has cogido el

teléfono, estaba preocupado.
—Ya, bueno, aquí estoy. Sano y salvo.
—¿Qué has estado haciendo este verano?
—Dando de comer a unos gatos en Barcelona.
—Coño, ¿en serio? ¿Has trabajado de mascotero?
—Más o menos.
—Oye, me ha llamado tu padre, me ha dicho que tú no le cogías

el teléfono.
—¿Ha pasado algo?
—No, tranquilo. Te llamo porque la semana que viene es el juicio

por lo del accidente. Seguramente te van a dar una indemnización, pero tienes que venir a declarar.
TERCERA PARTE HIKIKOMORI BLUES 1
Me extrañó recibir una llamada de mi padre, tras meses de incomunicación absoluta.

—Vamos a vender el piso, David —me dijo—. Hemos apalabrado un adosado en la costa, al sur —así lo dijo, *al sur*, inconcreto y poético como un haiku.

—Vale —le digo—. Me pregunta por mi trabajo, por la última novia que conoció.
—Se fue, ya no estamos juntos —me dice que lo siente, que era buena chica, pero no indaga— al final, va al grano.
—Te daremos la nueva dirección cuando se concrete la operación —mi padre siempre con su jerga corporativa.
Podría haberme llamado tras haberse *concretado* la operación, pero lo hizo antes. Y si lo hizo antes fue porque esperaba que yo me ocupase de Hugo. Seguramente yo era el último en enterarme de la venta del piso. Juan y Magda habrían ya declinado cualquier responsabilidad. "Él se lo ha buscado, ha tenido tiempo más que suficiente" —habría dicho Magda, con su gusto por el lugar común y la frase hecha— pero ambos saben que la posibilidad de que Hugo encuentre un trabajo superados los cuarenta años y sin experiencia son nulas. Mi padre encaró la gestión con actitud política, como si tratara de evitar un inconveniente innecesario. Habla tú con él, ocúpate tú de él, era la directriz implícita en cada una de las frases que me dijo por teléfono. Al fin y al cabo eres el único que le ha comprendido, el único a quien no ha incomodado su existencia. Ocúpate tú si quieres. Nosotros nos

vamos. Pero empleó un lenguaje más ministerial.
Me llamó Néstor al cabo de un par de días. “Oye, me llamó tu hermano Juan el otro día, me preguntó si era posible ingresar a alguien en el centro donde paso consulta, en Malgrat. Me extrañó, le dije que no era tan fácil, que de quién se trataba. Hablamos un rato y me dijo que me volvería a llamar, pero no lo ha hecho”.
Até cabos.
—Te iré a ver mañana, ¿a qué hora te va bien? —le pregunté a Néstor.
—Pásate por la consulta, estoy hasta las siete más o menos, si vienes a las seis perfecto, así me escapo antes, luego te llevo al Nostromo a tomar un vinito, que creo que últimamente no sales mucho —me contestó.
Sabía lo que Néstor me iba a contar, así que conjeturé lo que más tarde solo iba a confirmarse. Vendían la casa y no sabían qué hacer con Hugo, o quizás la vendían para quitárselo de encima de una vez por todas. Seguramente le ocultaron las conversaciones acerca de su posible ingreso en una institución mental para evitar que tuviera tiempo de reaccionar. Hugo siempre ha sabido bien dónde está su sitio y cuáles son sus posibilidades de acción. Y de inacción. Imaginaron que estando solo, sin amistades ni medios económicos, no habiendo trabajado nunca ni llevado una vida independiente, podrían alegar que sufría una enfermedad mental. Su pasado de adolescente difícil, los ataques de ansiedad y agorafobia y sobre todo su negativa a entrar en el mundo laboral servirían de justificación o de prueba. Lo atribuirían a cualquier causa: autismo, esquizofrenia, psicosis. Lo importante es que lo admitieran; ante la perspectiva de verse en la calle, Hugo no tendría otra opción que aceptar el internamiento. La casa se quedaría vacía y podrían entregar las llaves.
“En cuanto tengan la oportunidad me van a echar de casa”, me había dicho Hugo aquella tarde, hacía quince años, en el Cloro. Tardaron, pero cuando se resolvieron no tuvieron ni siquiera la decencia de anunciárselo con tiempo. Lo que querían era deshacerse de la casa cuanto antes, y si hubieran podido hacerlo con él dentro, sin consecuencias legales, sin duda lo habrían hecho. Pero no podían. Si simplemente lo echaban de allí y lo dejaban a su suerte podrían ser víctimas de críticas si el asunto se torcía y se hacía público, o si mi hermano se veía obligado a vivir en la indigencia; en una ciudad pequeña sucesos así no pasan desapercibidos. Incluso con algo de mala suerte el caso podría llamar la atención de algún medio de comunicación local y emponzoñar la reputación de mi padre, y lo único que quiere mi padre ahora que se ha retirado es tranquilidad. El hecho de que pensaran que era posible y justificable recluirlo en un centro psiquiátrico indica un grado de desesperación rayano en lo ridículo; posiblemente estuvieran incluso dispuestos a compartir un

dispendio económico en forma de soborno para hacerlo posible, en un pacto aberrante; tal vez eran conscientes del despropósito, pero lo justificarían porque consideraban estar actuando de la única forma posible ante una situación que creían anómala desde hacía ya demasiado tiempo; tener a un hijo o a un hermano de cuarenta años, viviendo en casa sin trabajar, hacía que la responsabilidad de esa anomalía recayera solo en él, sin salvedades ni matices, y suponían que al ponerlo en una situación comprometida o incluso desesperada, estaban ayudándole a reaccionar y a *tomar las riendas de su vida*, por usar la expresión que probablemente Magda había empleado.

La última vez que había visto a Hugo fue en una ocasión trivial. Desde hacía ya un tiempo bajaba a mi ciudad solo cuando me apetecía ir a alguna cena con los viejos amigos, y aprovechaba esas cada vez más raras ocasiones para quedar con él. Incluso reservaba una habitación en el hotel NH, algo alejado del centro, esperando no encontrarme por la calle con mis padres, o con Juan y su familia yendo felizmente de compras a El Corte Inglés —que no cae lejos— lo cual, afortunadamente, no ocurrió ninguna de las tres o cuatro veces que viajé durante el año pasado; de hecho, puedo estar seguro de que yo no los vi, pero no de que ellos no me vieran; solemos obviar la posibilidad de ser vistos sin enterarnos, y seguramente sucede con más frecuencia de la que creemos. Tomamos un cortado en la neutra y funcional cafetería del hotel, con una espantosa decoración geométrica de color naranja y ventanales enormes. Salíamos a fumarnos un cigarrillo cada media hora. Me contó detalles de sus nuevas composiciones y sus avances y dudas en sus estudios en lógica y cosmología; pero ese día fui yo quien se extendió. Le conté mis últimos fracasos sentimentales, mi reciente recaída en el alcohol, mis visitas al psicólogo y mi pensamiento automático plasmado en las libretitas azules. Le conté mis frustraciones en el trabajo: que todo ha cambiado demasiado deprisa, que ya no se ve la tele como antes, ahora hay que contar con internet para todo, los *community managers* son más importantes que los creativos, ya no es solo *a qué huelen las nubes* o si *cueces o enriqueces* en la *república independiente de tu casa*, ya no ideamos un *spot* que todo el mundo ve y recuerda en la todopoderosa televisión, ahora hay que idear una campaña con cuarenta mil variantes en cuarenta mil plataformas distintas, todo son contactos con *influencers* analfabetos con una autoestima directamente proporcional a sus *likes* en Instagram, campañas interactivas *eco-friendly*; voy a Brasil y allí es lo mismo, niñatos *post-millenials* dando lecciones de comunicación a los que eran gurús de la publicidad hace solo veinte años, que además se ven en la humillante situación de tener que poner buena cara para dar el pego y simular que no están contra el progreso; no es la globalización, ésa empezó con el primer

McDonald's en Moscú, es la estupidez a escala planetaria, esa sí es global; ni siquiera Toni sabe ya hacia adonde vamos ni cómo va a ser esta industria el mes que viene, por muy optimista que se muestre. También le conté —siguiendo con mi soflama insufrible— que me siento vacío y cansado y que me gustaría dar un giro a mi vida laboral, yo que sé, le dije, trabajar con las manos, comprar un trozo de tierra y plantar algo, dándome cuenta nada más pronunciar esas frases de que es una estupidez, no he sido ni sería nunca capaz de hacer nada ni remotamente parecido ni de *reinventarme*, por usar una expresión arquetípica de libro bazofia de autoayuda.

Mientras vomitaba mi desencanto mediante aquellas quejas estériles, Hugo me miraba parsimonioso, con cierta condolencia pero sin desdén, dando pequeños sorbos a su cortado, sin decir nada o muy poco; imagino que en esta ocasión era él el herpetólogo observando curioso mis movimientos en el terrario, aunque paradójicamente Hugo nunca me ha juzgado por trabajar de puta del capitalismo, no me ha soltado peroratas políticas ni morales, y entiende mis tribulaciones y contradicciones de neoburgués malogrado y mis frustraciones, aunque para él sea de una lógica matemática que nunca haya sabido adónde ir y nunca haya podido quitarme el yugo de la convicción de que todo cuanto me sucede es por azar. Me he pasado la última parte de mi vida diciéndole a los demás mediante frases simples y con gancho que sean los dueños de las suyas y se *autoafirmen*, que vayan a por la chica seguros y confiados, escamoteándoles la alta probabilidad de que al cabo de unos meses la chica, ellos o ambos se decepcionen y quieran otras cosas y otra gente que no somos nosotros y que se irán entonces o nos iremos nosotros, y nos quedaremos solos y borrachos. Soy una marioneta del pensamiento débil y de la indefinición, esa es mi historia, y quién sino Hugo iba a comprenderla.

Él me contó que en casa todo estaba más o menos igual que siempre, pero que el paso de los años hace que todo empeore y se degrade, sin cambios drásticos pero sufriendo una corrosión gradual, un proceso lento y cuesta abajo como una enfermedad degenerativa. "En un mismo día puedo pasar de sentirme un genio a pensar que soy un anormal, eso es debido al desgaste al que somete la creación artística, la soledad y la incomprensión de todos —me dijo—. "Imagina que ahora tengo que aguantar también las impertinencias de los críos —se refería a nuestros sobrinos de doce y catorce años— que han aprendido muy bien el discursito social imperante".

Se hizo tarde, nos despedimos y le dije que le enviaría un correo electrónico cuando planease bajar de nuevo. Me dirigí a la recepción y lo vi caminar hacia la puerta de cristal automática con los brazos caídos, casi sin moverse, los pasos cortos y el ritmo pausado al alejarse. Hay quien intuye algo definitivo y se queda más tiempo del

habitual observando la que será la última imagen, pero yo no sentí nada parecido; me despedí de él como tantas otras veces y lo seguí con la mirada antes de meterme en el ascensor y subir a la habitación. No sospechaba que aquél encuentro en el hotel NH iba a ser el último. No he vuelto a ver a mi hermano.
—Le pregunté a Juan de quién se trataba —me dijo Néstor—, pero salió con evasivas, un amigo con esquizofrenia o algo parecido, o un amigo de un amigo.
—Es por Hugo —le dije—. Ante la expresión de incredulidad de Néstor, estuve una buena media hora explicándole la situación.
—No es tan fácil —me comentó—. No van a poder hacerlo sin más. Para un internamiento involuntario se necesita una autorización judicial que solo se emite si el caso reviste una especial gravedad; peligro para él mismo o para los demás. Peligro de verdad, no crisis de ansiedad o ataques de pánico. Riesgo real de suicidio, autolesión o de ataques repentinos contra otras personas. Y no es el caso de tu hermano, ¿no?
—No —contesté—. Seguí pensando. ¿Y si fuera voluntario? El internamiento.
—Tampoco —me dijo—. Requeriría de un dictamen pericial psiquiátrico serio, y me parece que Hugo, aunque sea algo peculiar, no tiene ningún trastorno grave, y no es ni mucho menos peligroso. Además, el internamiento en los centros psiquiátricos nunca es permanente, a no ser que se trate de casos extremos. Siempre se hace un seguimiento médico, no puede prolongarse a voluntad. Las antiguas casas de locos siniestras y goyescas son cosa de otra época. La mayoría de mis pacientes entran y salen; si la cosa se pone fea o tienen algún brote psicótico son ellos mismos, junto a sus familias, los que solicitan el ingreso, por su propio bien. Cuando la medicación hace su efecto y se estabilizan, salen y siguen con su vida; aunque sea complicada estando fuera, nadie quiere estar metido en un centro. De hecho, los ingresos suelen ser por olvidar o descuidar la medicación.
—Mira, Néstor, está claro que se lo quieren quitar de encima para poder vender el piso sin problemas.
—Pues por ahí no van bien —respondió—. Y más o menos así se lo dije a tu hermano Juan. Me dijo “vale, vale, entiendo, es complicado, ya veremos cómo lo solucionamos”. Estuvo un momento en silencio, me prometió que me llamaría, me dio las gracias y colgó. Tío, no tenía ni puta idea de que tu hermano se había convertido en un *hikikomori*.
—¿Qué es eso? —le pregunté.
—Japos —me contestó—. Japos que se encierran en su habitación.

## 2

Llegué a la casa vacía. No me había quedado claro quién vendría a

recoger las llaves que aún tenía. Tampoco me importaba. Solo quería acabar cuanto antes y salir de allí. Como esperaba, nadie me había dicho qué iba a pasar con Hugo, ni yo había intentado inmiscuirme. Hugo no había respondido a los últimos correos electrónicos que le envié, tal vez porque ya habían cortado la conexión a internet. Pensé que tendría tiempo de hablar con él antes de la venta, pero se me había echado el tiempo encima y el día de la entrega de llaves había llegado. Eso significaba que tendría que esperar a que alguien viniera y preguntarle dónde estaba Hugo, lo cual me irritaba enormemente.

El piso era un solar, un cadáver inmobiliario cubierto de polvo de la que había sido la casa familiar. Habían vendido o tirado los muebles, y yo era el último en ir a recoger sus cosas. Entré en la que había sido mi habitación y allí estaban las cajas, ya cerradas, repletas de libros, antiguos apuntes académicos, morralla, mi pasado en la mediana ciudad de Levante embalado y precintado. No tenía ni idea de qué iba hacer con todo aquello, ni si me cabría en el coche. Di una vuelta por el piso y llegué hasta el que había sido el cuarto de Hugo. Me quedé en el umbral, apoyado en el marco de la puerta, durante unos segundos. Cuando iba a volver a mi cuarto para empezar a bajar las cajas, me fijé en un detalle, una irregularidad en la pared diáfana, salvo por los cercos donde habían estado colgados los antiguos pósteres de The Cure y Orbital, al fondo. Era un disco compacto apoyado en la pared, en el suelo. Me acerqué a recogerlo. Sobre el fondo blanco, bajo la marca, se podía leer, en letras de imprenta: *Proyecto fallido*. Lo abrí. En la parte interior pude leer los títulos de las piezas musicales que mi hermano había seleccionado, empezando por una mozartiana que compuso a los once o doce años titulada *Preciosa*.

Metí el disco en el bolsillo posterior del pantalón y oí que la puerta de entrada se abría. Salí al pasillo y allí estaban mi hermano Juan y Magda. Nos saludamos. Juan se ofreció a ayudarme con los bultos, el comprador no tardaría mucho en llegar, me dijo. Acepté el ofrecimiento; no eran muchas cajas, pero las que estaban llenas de libros pesarían lo suyo. Entonces les pregunté dónde estaba Hugo.

—Lo vimos hará un par de días, antes de que se llevaran los últimos muebles. No ha dormido aquí esta noche —dijo Juan.
—Ya, imagino, si es que no quería dormir en el suelo. Aquí no queda nada. ¿Qué habéis hecho con sus cosas?
—Lo ha vendido todo por internet.
Me empecé a poner nervioso.
—¿Y qué ha podido vender? —les pregunté.
—Bueno, ha sacado un pico por el sintetizador y otro por el portátil. Con eso tendrá para empezar —dijo Juan—. Magda revelaba su

impaciencia fingiendo una atención exagerada en la pantalla de su teléfono móvil. Quería que acabáramos aquella conversación cuanto antes.
—¿Para empezar qué? ¿Su nueva vida? ¿Qué va a poder pagar con eso, una semana de hotel? —dije yo.
—Mira, David, le hemos avisado muchas veces de que esto iba a ocurrir. Hugo ya no es un crío. Ni los papás ni nosotros podemos estar pagando una casa para que esté él haciendo sus cositas.
—No será que no le avisamos, se lo dijimos por activa y por pasiva —dijo por fin Magda.
Odiaba que siempre usara frases hechas y lugares comunes. Empezaba a sentirme enfermo.
—¿Y sabéis adónde ha ido? ¿Dónde está?
—Ni lo sabemos ni nos importa —dijo Magda, glacial—. Nos da completamente igual lo que haga ese parásito. Se le ha acabado el chollo. Si tanto te importa mantenlo tú.

Me quedé callado. Mientras Juan intentaba apaciguar a Magda, o matizar lo que había dicho, noté que el calor me subía hasta las mejillas. Empecé a respirar más rápido. No sé si ellos lo notaron. Me acerqué a Magda, ella me miró sorprendida. Le puse una mano sobre el hombro derecho y la miré a los ojos. La acerqué hacia mí y la abracé; pude ver su ceño fruncido antes de perderla de vista. Noté que ella seguía con los brazos caídos. Un peso muerto e indiferente entre los míos.

No sé cuánto tiempo pasó.
—¿Qué hace? ¡Me hace daño! ¡Juan, quítamelo de encima!

Yo cada vez la abrazaba con más fuerza. Era incapaz de apartarme, noté, con mi mejilla pegada a la suya, que su temperatura corporal ascendía. Probablemente le estaba oprimiendo las costillas o el cuello con mi antebrazo, sería incapaz de precisarlo. Me daba igual. Continuaba abrazándola como si separarme de ella implicara caer al vacío.

—David, ¿qué coño te pasa? ¡Suéltala! —gritó Juan.

Magda empezó a dar sacudidas para deshacerse de mí. Nos tambaleamos, pero yo no cedía. Nos caímos al suelo.
—¡Hijo de puta, déjala! —exclamó Juan.
Creo que empecé a gemir por el esfuerzo. Ella empezó a patalear, notaba sus golpes de rodilla en los muslos y en la cadera. Magda resollaba de forma muy desagradable.
Entonces Juan empezó a golpearme. Primero me asestaba manotazos

con la palma abierta en la espalda, luego con el puño cerrado, pero una espalda en tensión muscular aguanta bien ese tipo de golpes. Luego empezó a darme patadas. Una me alcanzó en las costillas. En ese momento, la fuerza de mi abrazo cedió. Magda aprovechó para zafarse y apartarse de mí. Yo me quedé en el suelo, doliéndome del golpe, en posición fetal. Juan se fue hacia Magda, que se había retirado a la esquina del recibidor, intentando respirar. Me puse de rodillas, encorvado.
—¡Estás loco! ¡Estás como una puta cabra! —gritó Juan.
Pude incorporarme, aunque protegiéndome el abdomen con ambos brazos. Me quedé mirando a Magda. Los tres respirábamos muy rápido. Magda y yo por el esfuerzo físico, Juan por la rabia. No dije nada. Metí la mano en el bolsillo, saqué las llaves del piso y las deposité suavemente en el suelo. Salí de la casa y cerré la puerta suavemente. Mis pertenencias se quedaron allí. No sé qué hicieron con ellas.

Mi padre había vendido también la plaza de garaje. Anduve dos o tres manzanas, hasta donde había aparcado el coche. Al accionar el botón de la llave para abrirlo, noté que me temblaba la mano. Me senté tras el volante y el aire entró por fin en los pulmones. Sentí una punzada en el costado, pero no parecía tener ninguna costilla rota, en cuyo caso hubiera tenido dificultades para respirar. Pasó un minuto o minuto y medio; entonces, de pronto, me sentí relajado y hambriento. Opté por no mover el coche hasta más tarde, salí y empecé a andar. Al llegar a la bocacalle vi un Caffè di Roma y entré; me moría por un *cappuccino* y un *croissant*; no esperé al camarero, pedí en la barra. Me senté en una mesa apartada.

No sabía dónde estaba mi hermano, y si no lo sabía era porque él no quería que lo supiera. Desde que anunciaron la venta del piso, Hugo había tenido un mes para imaginar todos los escenarios posibles, y sin embargo evitó escribirme o llamarme por teléfono para comentarlos conmigo o sopesar sus opciones. Podía haber varias razones por las que optó por desaparecer sin avisarme. La primera y principal, que no quería causarme problemas. Si hubiera tenido un plan, si de alguna forma considerase que aquel cambio en su vida —aunque radical— fuera a ser pasajero, hasta que encontrase algo con que poder ganarse la vida, me hubiera pedido quedarse un tiempo en mi casa. Pero él sabía que si lo acogía sería indefinidamente, y no querría ponerme en el dilema de sentir la obligación de mantenerle. Por otra parte, estaba el disco que había dejado en la que fue su habitación; no lo hubiera dejado ahí si hubiera planeado verme de nuevo. Fue un gesto algo teatral, y Hugo nunca fue proclive a ese tipo de dramatizaciones. Si había hecho algo así es porque sabía dos cosas: la primera, que estaba

decidido a desaparecer. La segunda, que sería yo quien encontraría el disco, quien iría a su cuarto a echar un último vistazo, yo sí dado a los gestos teatrales. Hugo había desaparecido y no quería que nadie le encontrase. Aunque me lo propusiera, me sería muy difícil dar con él. La policía lo consideraría una desaparición voluntaria. No había frecuentado a nadie que no fuera yo durante años. No utilizaba redes sociales ni tenía teléfono móvil. Si había decidido esfumarse, no tendría muchos problemas para hacerlo. Llamé a mi padre, pero me dijo lo que ya esperaba, que estaban convencidos de que Hugo estaba conmigo, porque él les había dicho que ese era su plan. Les pregunté de qué hablaron, por si durante aquella conversación se le hubiera podido escapar algo sobre su futuro paradero. Nada. Fue una conversación escueta y Hugo no les dijo nada fuera de lo normal, solo que estaría en mi casa un tiempo y que allí podrían encontrarle.

Consulté el teléfono móvil y lo dejé sobre la mesa. Me quedé mirándolo hasta que la pantalla se apagó. Seguí pensando. Me figuré cómo debía de haber sido la escena en que Hugo se enteró de que lo echaban. Supuse una escena violenta pero al imaginarla la descarté; Hugo me había dicho que los años habían templado los temperamentos. No habría habido gritos ni recriminaciones; además, en familias como la nuestra paradójicamente se puede desatar el apocalipsis por el detalle, pero la gestión de la ruina suele tratarse con calma funcionarial. Solo veo a mi padre y a Hugo sentados uno frente al otro —mi madre no habría querido estar presente, puede que ni siquiera estuviera en el piso en ese momento—. “Hugo, tenemos que informarte de algo”, podría ser lo que dijo mi padre en la cocina; en mi casa ese tipo de conversaciones solían tener lugar alrededor de la mesa de mármol verde. Imagino un par de frases introductorias antes del “vendemos el piso, tienes que buscar dónde alojarte y ponerte a trabajar”. Supongo un silencio poco prolongado y a Hugo preguntado cuándo será la entrega de las llaves. Acepta tranquilo las aclaraciones de mi padre y vuelve a la habitación; piensa que no vale la pena luchar por quedarse, intuye que mis padres necesitan dinero, o un cambio de vida, o ambos, y que justifican la decisión con estar salvándolo de sí mismo. Lo da todo por perdido. Se había topado con el muro de las reglas sociales, y más allá solo está lo que esas normas llaman Ley, a la que mi hermano no recurrirá para intentar evitar el desahucio, porque sabe que mi padre no hubiera dado un paso así sin saber si era conforme a Derecho.

Activé el teléfono y busqué en internet *echar a un hijo adulto de casa*. Hugo no hubiera tenido ninguna posibilidad de evitar el proceso. El artículo 152 del Código Civil versa: *Cesará la obligación de dar alimentos*; en su supuesto 3: *Cuando el alimentista pueda ejercer un*

*oficio, profesión o industria, o haya adquirido un destino o mejorado de fortuna*. Mi padre podría haberse encontrado con dificultades legales si la edad de su hijo hubiera sido mucho menor, si Hugo no hubiera tenido una carrera universitaria o incluso si hubiera contribuido económicamente a los gastos familiares. No hubiera podido en absoluto desahuciarlo si mi hermano hubiera tenido cualquier tipo de discapacidad. Tal vez mi padre lo comentó con Juan, y fue el momento en que consideró y descartó la opción inviable del centro psiquiátrico, aunque ignoro si mi padre estuvo al corriente de la deliberación. Sin embargo, teniendo en cuenta la actitud de oposición terca de Hugo, inflexible ante la posibilidad de buscar un trabajo, mi padre hubiera podido iniciar un proceso de demanda judicial, y ganarlo. Si yo fui capaz de enterarme de todo eso en veinte minutos a través de mi teléfono móvil, mi padre, con seguridad, consultó meticuloso en la jurisprudencia lo que era y no era factible desde que tuvo la idea de vender la casa, y habló con jueces y colegas de profesión conocedores del Derecho Civil como los rabinos conocen las Escrituras.

Calculé que la suma por la venta de todas las pertenencias de mi hermano no debía de superar los quinientos euros. Con ese dinero no podía hacer mucho, pero era suficiente para comprar un billete de ida a casi cualquier lugar del mundo, exceptuando Oceanía, y más considerando que tuvo cierto tiempo para buscar ofertas *online* a buen precio. Eso es lo que yo haría, y nada más pensarlo supe que era un error, porque nadie sabe lo que es habitar la mente de otro. Confundir lo que yo haría en esa situación con lo que haría mi hermano no tenía sentido. ¿Comprar un billete de avión tras años de aislamiento? Improbable. Sería el primer vuelo que tomase, para él sería como un viaje espacial. ¿De tren, tal vez? ¿Adónde? Lo único que sabía con seguridad es que no se quedaría en nuestra ciudad de Levante. ¿Qué iba a hacer? ¿Vagar por las calles hasta que se le acabase el poco dinero que tenía y convertirse en un mendigo? Desde luego, esa era una posibilidad, pero si tenía que acabar así, estoy convencido de que prefería hacerlo en algún lugar donde nadie le conociera, donde poder ser un fantasma anónimo, como tantos otros cuyas vidas ignoramos. Sinceramente, ¿quién se pregunta la historia que hay detrás de los mendigos que vemos por las calles? Para los demás solo son pobres desgraciados sin suerte, pero todos y cada uno de ellos tiene una biografía. Entonces se me ocurrió por primera vez la posibilidad de que Hugo se hubiera planteado seriamente suicidarse. Nunca hablamos mucho sobre ese tema, solo recuerdo una conversación que tuve con él a propósito de unas palabras que escribió Kurt Cobain antes de pegarse el tiro, sugiriendo que su hija sería mucho más feliz

sin él. “Menudo gilipollas”, dije flemático. Mi hermano, entonces, soltó una de esas reflexiones que a veces me sorprendían en él: “la verdad es que Cobain estaba bastante enfermo y además era adicto a la heroína, así que quizás tuviera razón, no sé, no me atrevo a juzgar a la gente que sufre tanto”.

Todo eran conjeturas para intentar aclarar lo único indudable. Que mi hermano se había desvanecido, que no iba a pedirle nada a nadie y que, fueran cuales fueran sus planes, había decidido no contarlos. Solo se comunicó conmigo, y solo a través de la música. Fue su forma de despedirse.

3

*Proyecto fallido* , así había llamado al disco que dejó en su habitación. Llevaba ya un par de horas conduciendo cuando empecé a escucharlo. Era mi único equipaje. Tras aquel *cappuccino* y aquel *croissant* volví al coche, arranqué y conduje hacia la rambla que acababa en la plaza donde estaba el hotel NH donde había visto por última vez a Hugo. Lo bordeé y seguí conduciendo hasta llegar a una serie de rotondas, seguidas de carreteras que llevaban a la salida de la ciudad. Llegué a la entrada de la autovía, pero en vez de tomar la salida que me devolvía de nuevo al centro urbano, seguí adelante. No supe que iba en dirección sur hasta que vi los primeros paneles que indicaban las salidas a las poblaciones dormitorio del extrarradio. Circulaba por una autovía sin apenas vehículos y rodeada de descampados. Bolsas de plástico volaban entre las estructuras metálicas de las líneas de alta tensión y las vallas publicitarias donde se anunciaban grandes supermercados y superficies deportivas: brócoli a 0,65 euros; toda la semana, incluido el domingo; tres camisetas térmicas en tres colores diferentes por 10,95. Decidí no parar a echar gasolina, pese a estar en la reserva. Me sentía bien al volante; quería alejarme, aunque fuera solo unos kilómetros. Sonó la tercera alarma; tuve que parar en la siguiente gasolinera. Compré una Coca Cola de litro y medio y unas patatas fritas y llené el depósito. El sol estaba alto y hacía viento; me apresuré a volver a meterme en el coche y conducir hasta el peaje de la autopista, con la intención de volver a Barcelona. Bajé la ventanilla y recordé aquel *spot* que tanto envidié a la competencia, en el que solo se veía la mano de un conductor anónimo mientras su coche, del que solo vemos el volante y el retrovisor, circulaba por diversos paisajes. Me gusta conducir, y ahora podía respirar, me sentía por fin donde quería estar, encapsulado en ese no-lugar de transición y peligro envasado al vacío que es la carretera, aunque en la narración de mi vida ese peligro una vez pretérita se tradujera en punto y aparte. Tras pagar y cruzar la barrera, me equivoqué de entrada a la autopista. Llevaba ya un par de kilómetros circulando en dirección sur cuando

caí en la cuenta del error, pero seguí adelante. Sentí como si la carretera me aspirase, como si una fuerza desconocida me expulsara de la que fue mi ciudad. No iba preparado para el viaje y tampoco me importó. Compraría ropa cuando llegase; nunca se valorará lo bastante la libertad que da una tarjeta de crédito; viajar con lo puesto no tiene precio, *para todo lo demás, mastercard*. Lo que no sabía aún era adónde iba a llegar. Mientras siguiera conduciendo, todo iría bien.

Conduje muchas horas seguidas en una especie de trance, mientras escuchaba una vez tras otra el *Proyecto Fallido* de mi hermano. Bordeaba la costa mediterránea circulando por la autopista A7. A mi izquierda iba viendo pasar las poblaciones turísticas interminables de Levante —que en realidad son una sola— con sus complejos de aparthoteles mastodónticos junto al mar. Me entró hambre y entré en Sagunto, una de las poblaciones más horrendas que jamás haya visitado; me perdí por arrabales flanqueados por descomunales almacenes repletos de mercancías chinas, hasta que encontré la dirección al mar y llegué a la inevitable Avenida Mediterráneo, donde comí solo la mitad del plato de una paella infame.

Volví a la ruta. El calor y la luz remitían y conducir se hizo más agradable. Al atardecer divisé la silueta de un peñón enorme recortarse sobre un cielo rojo. Me quedaba un cuarto de depósito. Seguí adelante. Tras la caída del sol me sentí exhausto; tomé la salida 494 Carboneras Cabo de Gata-Níjar, en la provincia de Almería. Reduje la velocidad y continué por un camino lateral hasta que pude leer el nombre del lugar donde pasaría la noche: la Venta del Pobre. Me sorprende la persistencia del lenguaje en el tiempo, en el sur siguen llamando venta a lo que a mí me suena a siglo diecisiete, llanura polvorienta, vino fuerte en la mesa, potaje, parada y fonda. Seguramente para contrarrestar el atavismo del nombre, se puede leer sobre la puerta de entrada al establecimiento, simplemente, La Venta (año 1965), y al lado “La tienda de Lola”. Lejos de la imagen quijotera, la venta era un hostal y restaurante funcional y renovado, con suelo de linóleo, máquinas modernas de tabaco y tragaperras y varios televisores siempre encendidos —en lugares privilegiados y estratégicos—, para combatir el aburrimiento de la autopista y los parajes yermos circundantes, el sitio tenía algo de oasis. Me atendió un camarero muy joven, con el pelo rapado y un tatuaje en su mayor parte oculto, que acababa en el cuello, y que parecía igual de cansado que yo. Pedí un plato combinado y una Cruzcampo y le pregunté si había habitaciones disponibles para pasar la noche. “Claro que sí, aquí siempre hay”, me contestó, con su acento andaluz y su tonito, entre el gracejo y la ironía. Hice las gestiones necesarias y me dio una habitación; pregunté a dónde dirigirme, perdone, se olvida el

equipaje, no, no llevo, gracias. Llegué a la habitación, me tumbé bocabajo en la cama y me dormí al instante, derrotado.

Me despertó el fragor de los coches en la autopista. Era muy temprano y ya hacía calor. Desayuné en la cafetería aún vacía y pedí un último cortado para darme un chute de cafeína. Curiosamente, el mismo camarero del día anterior estaba tras la barra.

—¿Con hielo? —me pregunta.

—No, gracias. Dicen que si lo tomas caliente luego aguantas mejor el calor —le contesto.
—Sí, pero refresca que no veas —me dijo. Su ocurrencia me desarma. Sonrío.
—Con hielo —Le digo.
Tras llenar el depósito de gasolina no tardé en volver a la A7. Aceleré hasta los ciento treinta kilómetros por hora y mi estado de ánimo inmediatamente volvió a sosegarse, solo me sentía determinado en movimiento; la velocidad me vigorizaba, como en el mecanismo de una dinamo. El paisaje a un lado y otro de la autopista era extremadamente monótono, una llanura parda donde se alzaba algún invernadero gigantesco bajo el cielo sin nubes. El día se preveía muy caluroso, pero había dormido profundamente de un tirón; si me detenía para tomar café cada dos horas confiaba en evitar el sueño. Pasé por Almería, El Ejido, Motril, Almuñécar, Nerja, Málaga. Letras blancas sobre fondo azul, lo único que me atraía era la carretera. Paré en una estación de servicio cerca de Málaga y comí algo, pero a la media hora volví a la autovía; era como si me alimentase de kilómetros, el asfalto como una forma de meditación.

Me detuve cuando ya no quedó más carretera. Llegué a Sagres, en el extremo meridional de la costa portuguesa, a media tarde. Aparqué el coche. Era lunes y la zona estaba prácticamente desierta, solo había alguna pareja o grupo de turistas paseando y protegiéndose del viento. Mis piernas estaban entumecidas tras tantas horas al volante, así que eché a andar hasta que llegué a los acantilados. Según los paneles informativos, el faro del Cabo de San Vicente no quedaba lejos de allí. El océano estaba algo movido. Encontré una vereda escarpada y pedregosa que me llevó hasta una playa de arena fina, flanqueada por despeñaderos de roca donde a veces rompía alguna ola agresiva. El paisaje era agreste, de una naturaleza áspera, primigenia. Era algo hermoso. Anduve por la playa, solo. Me quité la ropa y me senté en la orilla. Las olas llegaban hasta mis pies, luego se retiraban dejando su cerco de espuma en la superficie mojada y brillante. Innumerables burbujitas se formaban sobre la arena para desaparecer en un instante,

las oía estallar como si fueran una bebida gaseosa, mientras llegaba la siguiente ola. No pensaba en nada. Miraba mis pies descalzos. Quería quedarme allí.

## 4

*No sabes nada de alguien hasta que no le amas Milena*

Su mundo es otro mundo, había dicho Sofía en aquel audio. Oí a Hugo alguna vez compararse a sí mismo con Samsa: "no seré yo la cucaracha de *La metamorfosis*, mírame, estoy encerrado en mi cuarto, mi familia se avergüenza de mí y me esconde", puntuando su ocurrencia con su risita aguda; la sátira autoinfligida nunca le fallaba. Yo ensayaba media sonrisa al oírlo, la otra media ya no era sonrisa, era rictus agridulce porque sabía que seguramente había algo de verdad en lo que decía. "Milena y Kafka", decía. "Él no aguantó la presión, solo la vio dos veces; Sofía y yo aguantamos siete años, el bueno de Franz no quiso ni empezar, fue todo platónico". Pero intuyo que Hugo sabía que las similitudes eran íntimas, no epidérmicas, y sabía que eran muchas. Milena se desesperaba porque lo mismo que la enamoraba en Franz era lo que lo hacía inasible. "Yo sé que él no se rebela contra la vida, sino en contra de este tipo de vida"; Milena explica anécdotas de Kafka como quien habla de un extraterrestre recién llegado a nuestro planeta, y aun así está fascinada por su personalidad y por su prosa, como a Sofía le fascinaban la independencia y la música de Hugo. Lo físico quedaba en un segundo plano, la relación se fundamentaba en lo espiritual. "También yo debo parecer a veces un corrompido defensor de mi angustia, justificándola en lo más profundo, ya que es parte de mí mismo, y es tal vez mi mejor parte. Y precisamente porque es lo mejor de mí, es tal vez lo único que tú amas", escribió Kafka. Pero no solo Milena sentía algo tan profundo. Kafka la adoraba como se venera a una diosa, veía en ella un ente demasiado puro para las corrupciones del mundo. Tal vez por eso carecieron de vida sexual, lo físico contradiciendo lo espiritual. Sofía recuerda aquel primer beso con lengua húmedo e hiperreal, como si los olores y los efluvios, el sudor y la actividad frenética y animal no pudieran mezclarse con lo espiritual que les unía, o como si ceder ante la inevitable obscenidad que el sexo requiere, fuera a separarlos, a corromper sus almas y a despertarlos de un sueño; *no sabe vivir, no tiene la facultad de vivir*, escribió Milena; *se ha negado a vivir*, dijo Sofía en el audio que me envió; al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías, escribió Borges, siempre Borges, en todo, para todo.

El amor destrozándonos de nuevo, una vez, y otra, y otra. Está todo en sus letras. Ian Curtis se destrozó a sí mismo, autoflagelándose y

viviendo carcomido por la culpa y las dudas entre su amor sacro y su amor profano. Seguramente también dudaba de si era merecedor de alguna de las dos mujeres, Debbie y Annik, hasta que no pudo más con su sentimiento de culpa y su desgarro. Joy Division compuso *Love will tear us apart* en tres horas; sacaron el *riff* enseguida, a veces parece que las obras maestras estén esperando impacientes a ver la luz, y más que componerse, explotan. Cuando la melodía inicial empezó a tomar forma en el sintetizador, Ian le dijo al resto de la banda, "oh… yo tengo una letra para eso". Peter Hook comenta en un documental que no imaginaron que aquella letra tratara de los desgarros amorosos de Curtis, aunque sabían que estaba varado y perdido entre la maternal y hogareña Debbie y la sofisticada Annik; solo pensaron, "joder, esto es de puta madre". Aquella canción acabó convirtiéndose en un mito moderno. "Tenían la luz, el espíritu", dijo Annik en otra entrevista, y escuchándola uno intuye que se refería a la conjunción perfecta entre forma y fondo; es tan solo una canción pop en realidad, pero expresa con una fuerza desesperada y trágica lo que significa la imposibilidad del amor y su estrepitoso fracaso.

Quizá intuyendo cerrar un círculo, Joy Division grabó el videoclip en la nave industrial donde habían tocado en sus primeros ensayos. Cuando se oyen los acordes iniciales de guitarra y entra la percusión, el vídeo comienza con la cámara subiendo unas escaleras desvencijadas y acaba enfocando una mano anónima que entorna una puerta que se abre al espacio vacío. Entonces se oye la melodía del sintetizador y ya dentro, la puerta vuelve a cerrarse; en su superficie pueden apreciarse talladas con una navaja las iniciales de los miembros de la banda, como gamberradas de instituto. Pero en las imágenes posteriores, en las que aparecen ellos tocando, sucias y de colores saturados, ya no hay rastro de adolescencia. Contrastando con la batería frenética de Stephen Morris, Curtis apenas se mueve, como si por fin hubiera encontrado la paz después de aquellas convulsiones epilépticas; la boca muy cerca del micrófono, concentrándose en modular su voz profunda, con los ojos entrecerrados. Aparece con barba de tres días, el pelo canoso en sus sienes, adulto, desgastado, paradójicamente más vital que nunca. El vídeo acaba con la mano volviendo a abrir la puerta, revelando el espacio ya vacío de la nave industrial, como si mediante esa imagen el grupo dijera: eso es todo. Esta fue nuestra música. A partir de aquí, el silencio. Esa imagen se rodó en abril de 1980. En mayo Curtis ya estaba muerto, colgado de aquel tendedero.

En el diccionario, la palabra amor tiene catorce acepciones. Uno escribe y divaga y se pregunta por qués que no se pueden responder. Por qué a Hugo no le fue bien en el amor sacro, por qué yo he

fracasado en el profano. Don Draper, el publicista torturado de Mad Men, le dice a una cliente a la que corteja, sagaz —en una cena que se supone de negocios— que lo que ella llama amor no existe, que fue inventado por tipos como él para vender medias de nailon, mitología barata para crédulos adictos al sentimiento. Y, sin embargo, más adelante en la serie, la seduce y se enamora, cayendo en su propia trampa como un novato; como he caído yo ingenuamente en una trampa con apariencia de publicista *cool*, libertino y urbanita.

Con la lucidez que regala el fracaso sospecho mi error. Veo a Róber vivir con su mujer y su hijo, íntegro y responsable, y a Néstor pasando los días y viviendo las rutinas con su mujer y sus dos hijas siendo razonablemente feliz, tan solo aspirando a verlas crecer sanas y razonablemente felices; y pienso ahora que el amor tiene más que ver con unos calcetines tirados entre la ropa sucia —aquellos de deporte blancos con raya roja y negra cuyas gomas siempre se daban de sí, pero que siempre volvías a ponerte— que con unas medias negras de nylon en cuya superficie, por cualquier roce, se rasga una carrera y hay que tirarlas a la basura. Tal vez el amor sea una prebenda solo concedida a las buenas personas, de las que ni yo ni Hugo formamos parte. Me pregunto si alguna vez fue posible para nosotros formar parte de eso.

A mi hermano el amor solo le desgarró una vez; *una vez ya es demasiado*. Tal vez supo que su desgarro era ya irreversible, o que su amor por Sofía nunca se desvanecería del todo, y optó por dedicar su vida a otra de las acepciones del diccionario: *esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella*. No creo que fuera casual que decidiera dedicarse a la música y la ciencia. Acaso Hugo necesitaba ocuparse con la totalidad, exigía un arte no contaminado por espectros ni mitologías, un sentimiento puro que solo le ofrecía la música y una objetividad en el análisis de la realidad que solo encontraba en las matemáticas y en la física; aquello comprobable, seguro, lo que no defrauda y tal vez siga existiendo cuando todos seamos solo materiales dispersos en el universo. Era muy consciente de la decisión que había tomado. En uno de nuestros intercambios de correos electrónicos, me escribió: "... hoy he recordado por qué estoy donde estoy, desde niño me di cuenta del empequeñecimiento de la vida que suponía la reglamentación del trabajo, la obligación, el intercambio de tiempo y energía vital por dinero, la renuncia al arte, a la conciencia individual en pos de un supuesto bien común… Querían que empezase a trabajar y toda esa mierda, pero yo ni quería ni podía, ya que no pensaba renunciar a la música, y además la ansiedad no tolera la rigidez de un trabajo". Él sabía que lo iban a tratar de holgazán, que lo iban a despreciar por asocial y a tildar de aprovechado; sabía también que

renunciaba a lo que se suele llamar los “pequeños placeres de la vida” —amigos, familia, diversiones, estatus, ego— pero no sucumbió ni a las presiones ni al miedo a la soledad. Es el único individuo del que tengo la seguridad que la publicidad no provoca absolutamente ningún efecto; y hablo de la publicidad en un sentido amplio, del más amplio posible. Un anuncio dirigido a la especie humana en su totalidad para promocionar un producto que se llama vida y cuyo eslogan podría ser la última frase de la película *Seven*: el mundo es un buen lugar por el que merece la pena luchar.

Nos enseñan desde niños que las historias tienen principio, nudo y desenlace, pero no nos avisan de que tenemos la obligación de creernos lo que nos cuenten, no nos hablan de lo que en narrativa se llama suspensión de la incredulidad y que nos impone que, por disparatado que parezca, nos traguemos todo lo que nos van a contar, porque esa es la verdad. Y se nos escapa que en la vida hacemos lo mismo, nos creemos lo que nos cuentan, despreciamos la duda y al disidente, o lo convertimos en camiseta cuando muere y ya no molesta, y damos la espalda a la posibilidad de encontrar el horror o lo incomprensible a la vuelta de la esquina, porque no queremos creer que una bolsa de pan pueda convertirse en algo siniestro. Curtis, Cioran, Ligotti, Hugo, son parientes de una selecta saga, que viene desde los antiguos cínicos griegos, y que han ido exponiendo la tramoya detrás del escenario, como en esos videoclips en los que inesperadamente se ven las cámaras que los ruedan, y han ido renovando lo que unos llaman pesimismo, otros nihilismo y algunos lucidez. Ellos son la piedrecita en el zapato para los que dicen que vamos camino del futuro y que todo está bien. Ellos dicen: no. No todo está bien.

Su mundo es otro mundo, su tiempo es otro tiempo. Si me creo las estadísticas, la edad de emancipación del europeo medio son los veintiséis años. Si se toma esa edad como referencia, mi hermano llevaba encerrado más de quince. Recuerdo a los *hikikomori* de los que me habló Néstor, leo sobre ellos en internet, japoneses jóvenes pudriéndose en casa de sus padres jugando a la *PlayStation* y pasando masturbatoriamente el rato, pero no concibo lo que eso tiene que ver con Hugo. Solo encuentro estadísticas y especulaciones sociológicas como causa del fenómeno; el Japón postindustrial, la competitividad salvaje, la tecnología alienante que permite encerrarse, recibir en casa todo lo que uno necesita y mandar al mundo exterior a tomar por culo. Teorías muy elaboradas que no explican nada. También leo sobre lo que los japoneses llaman *honne* y *tatemae*, los verdaderos sentimientos y deseos frente al comportamiento y opiniones expresados en público, que en los *hikikomori* parecen irreconciliables.

Bienvenidos al asombroso mundo de Freud. Llevamos intentando conciliar esas dos cosas desde que se creó el primer símbolo, desde que se dijo la primera mentira.

Los jonases posteriores a la muerte de Dios se quedan en su habitación, en su vientre de la ballena, pero no quieren ser expulsados de ella y por eso no duermen, están bien despiertos y se cuidan mucho de salir, no vayan a acabar colgándose de un tendedero. Yo no veía a mi hermano como un *hikikomori* ibérico, yo solo veía a mi hermano. No lo juzgaba, como él nunca me ha juzgado a mí. Estoy convencido de que su tiempo, concentrado en su música y sus investigaciones, no ha sido igual que el nuestro, transcurría con una cadencia diferente, pausada, como la de un *adagio* lánguido.

Expulsaron a Hugo del vientre de su ballena, y no nos permitió saber qué fue de él, si acabó varado en una playa o se ahogó, como Ian Curtis. ¿Su obra? Ahí queda, yo ni quiero ni soy capaz de valorarla. A Kafka no le reconocieron valor literario alguno en toda su vida. Pero se dedicó a escribir de todas formas en su cuartucho de Praga; para él eso más que importante era vital, así que lo hacía de todas formas, porque sabía que el éxito es en realidad contingente, azaroso y hueco. Si Max Brod hubiera cumplido su deseo de quemar toda su producción —que era lo mismo que quemarse a sí mismo, que borrarse del todo— no hubiera quedado ni rastro de él, ahora sería solo materiales dispersos por el universo. Pero no creo que Kafka se considerase a sí mismo un completo fracaso, porque ni siquiera creo que pensara en esos términos. Más bien creo que para él todo se reveló como un gran malentendido, un desbarajuste ontológico colosal, y quiso actuar en consecuencia. Seguramente ha habido otros que consiguieron su propósito. Borrarse y quemarlo todo. No lo sabremos.

Construimos narraciones y buscamos cuentos de hadas. Pronto en la vida queremos que el cuento acabe bien y el héroe venza; de adultos ganamos en realismo y nos basta con que las historias acaben bien o mal, pero que acaben. Podría inventarme un final para Hugo, aunque fuera trágico, o podría hacer que venciese en el cuento de hadas, imaginarlo en una isla griega, como a Ulises, o en las Bahamas, porque resulta que durante sus años confinado ha amasado una fortuna con el *trading online* o con el bitcóin y ahora recibo una postalita con palmera, daiquiri y hamaca y una sonrisa de *que os jodan*. Tal vez sería más verosímil un relato, el vacío asusta. Pero nadie sabe nada, Hugo se esfumó y negó la narración, fue lo que dijo toda su vida a quien le quiso escuchar y que luego le oí a Cohle en *True Detective*; *there is no closure, nothing is ever fulfilled, nothing is ever over*. Por eso no le cuento a nadie que Hugo ya no está. No quiero

ofrecer vacío, mi trabajo es contar a la gente cuentos de hadas, y solo escribiendo este libro me redimo y me lanzo al abismo lúcido. Tras sentarme estos meses a escribir la historia de mi hermano, que es mi historia, ahora sé que no voy a huir de nuevo. También sé que voy a acabar esto que escribo, y me pregunto por qué lo hago. Por qué escribo acerca de Hugo, de Curtis, de Cioran y de Ligotti y en vez de eso no me dedico a vivir, a tener amigos, a formar familias, a buscar diversiones y a conseguir estatus; por qué no me centro en moldear mi ego. Y creo que es porque un día mi hermano me dijo, mira, David, aquí está la tramoya. Éstas son las cámaras que graban el *videoclip*. Y me pregunto si tal vez solo gracias a él aprendí a ofrecer a los demás los engaños que necesitan para poder seguir viviendo como lo hemos hecho durante todos estos años.

*Un libro debe ser el hacha que rompa el mar de hielo dentro de nosotros Franz Kafka*

Agradecimientos

A Jordi, por coger el hacha y romper tu mar de hielo.
A Sara, porque no hubiera sido posible ni hubiera sido lo mismo sin ti.
A Judy, por tu ayuda en temas médicos.
A Miguel Ángel, por abrirme los ojos y por las conversaciones literarias frente a unas cervezas.
A Ernesto, Álex y José Luis, por vuestras valiosas lecturas del texto. A Boti, por tu generosidad y tu talento en el diseño gráfico. A Katalin y Rebeca, por aguantarme.

A los autores, vivos o muertos, que me han ayudado sin saberlo a escribir este libro.